BIANCA™

HARLEQUIN



LELA MAY WIGHT

EL DESEO DE AURORA

Portadilla

BIANCA™

LELA MAY WIGHT

EL DESEO DE AURORA



Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Lela May Wight
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
El deseo de Aurora, n.º 3181 - agosto 2025
Título original: Kidnapped for Her Secret
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370007683

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Todas las miradas estaban sobre ella, pero solo la suya le hizo sentir como una impostora.

Aurora Arundel no debería estar en Nueva York. Ni para la subasta ni para el baile de máscaras. No estaba invitada. Solo sus padres. Pero los muertos no podían prohibirle asistir.

Solo ella sabía que la invitación no era suya cuando cruzó las puertas de hierro negro y subió por el camino de piedras hasta la entrada de la Eachus House.

Agradeció a los dioses poder mantener la espalda recta y la cabeza erguida mientras la conducían por los pasillos de techos pintados y paredes ornamentadas hasta la escalera flotante de roble y el salón verde, transformado, por esa noche, en sala de subastas.

Un atril de roble con el nombre de una famosa casa de subastas estaba colocado frente a una gigantesca chimenea de mármol, magistralmente elaborada con enredaderas plateadas.

Todos tomaban asiento, ocultos tras sus máscaras. Aurora recibió una paleta dorada y el subastador la invitó a sentarse frente al atril. Las patas de madera del caballete asomaban bajo una tela negra.

Solo el personal sabía quién estaba detrás de cada máscara, porque conocían los nombres asignados a las paletas numeradas.

Era uno de esos juegos a los que jugaba la élite. La noche empezaba así para crear la anticipación, pero a los ricos les daba

igual que esa noche fuera supuestamente benéfica, qué causa apoyarían.

A sus padres, desde luego, nunca les había importado. Pero a ella sí.

Aurora subió y subió la puja por un cuadro que nadie vería hasta que terminara la subasta.

Y la mirada de él se intensificaba con cada puja, con su cabeza ladeada, mirándola desde la primera fila de sillas. La máscara curva de pan de oro que cubría sus mejillas, nariz y labio superior intensificaba sus ojos verdes y ambarinos.

Aurora era consciente de lo diferente que era su vestido de los demás. Su madre no lo habría aprobado. El color, el corte, las lentejuelas. Relucía bajo la lámpara de araña. Llamaba la atención.

Su madre, *lady* Arundel, esposa de *lord* Arundel, tampoco habría aprobado las delicadas perlas que brotaban de la máscara azul y dorada. Las conchas agrupadas en el lado derecho, entrelazadas con los diamantes más puros y los exclusivos zafiros.

Parecía una sirena. Había elegido un vestido asimétrico con un hombro al aire y una abertura hasta el muslo derecho. Esa noche le apetecía mostrarse atrevida. Sin concesiones.

Sin embargo, bajo la mirada del hombre, el lazo en su hombro izquierdo parecía demasiado grande, el hombro derecho demasiado desnudo. Se sentía demasiado brillante, colorida, sin aliento.

El corpiño del vestido aguamarina le apretaba. Sus pechos tensos, los pezones endurecidos.

Aurora tragó saliva, preparándose para continuar la puja. Por ella. Por su hermano.

El dolor se instaló en su pecho. Tan visceral como la noche en que se había ido.

–Cincuenta millones. –Se cuadró de hombros. Ganaría por Michael. Por todas las veces que le había defraudado, que no había luchado por él.

La sala, abarrotada, dio un respingo. Pero él no. Los ojos que la mantenían cautiva ni parpadearon.

–¿Quién ofrece cincuenta y uno? –El canturreo de la subastadora se coló en su conciencia, pero ella posó la mirada en el sutil

movimiento de la boca del hombre–. ¿Nadie? –continuó la subastadora.

Ella esperó a que el desconocido moviera la boca. A que pujara contra ella. Quería oír su voz, saber si coincidía con la intensidad de su mirada. Pero él no habló. Su barbuda mandíbula inmóvil, hermosa, definida por un vello castaño mezclado con hilos de fuego rojo y fragmentos de hielo.

–Cincuenta millones a la una…

Aurora levantó la mirada hasta sus ojos y lo encontró mirándola todavía.

–¿Hemos terminado?

–Adjudicado por cincuenta millones de dólares… –El martillo cayó–. Vendido.

El desconocido apartó la mirada y Aurora soltó el aliento retenido. Había ganado.

Él le dio la espalda mostrando su pelo castaño, moteado de gris, recogido en la nuca en un moño bajo, asentado sobre el cuello blanco de la camisa.

Aurora admiró su magnífica estatura. Era un gigante. Casi dos metros. Un vikingo. Sus anchos hombros se tensaron con una energía apenas contenida dentro del esmoquin negro.

Sin volver a mirar en su dirección, salió por una puerta lateral. Llevándose el aire con él.

La habitación se volvió sofocante, como si le hubiera arrancado a Aurora su capacidad de respirar.

–Gracias por sus pujas. ¿Y enhorabuena…?

Aurora se volvió hacia la subastadora y levantó su paleta, mostrándole el número.

–Enhorabuena, 265. –La subastadora se acercó al caballete, agarró la tela negra y todos contuvieron la respiración–. Le entrego *Divinity* –anunció mientras tiraba de la tela. Los asistentes aplaudieron.

Aurora posó su mirada en la obra de arte que había obtenido. Los más pequeños detalles de la cara del niño, pintada con líneas gruesas y atrevidas, eran visibles, hasta el pequeño grupo de pecas en su mejilla derecha. Conocía al artista. Sebastian Shard. Su

método tosco y el uso de una variedad de medios lo habían convertido en un artista conocido, junto con su vuelo a la fama desde las calles.

Era una obra hermosa, inquietante. Los ojos verdes ambarinos miraban al público, pidiendo algo que ella había visto en los ojos de su hermano mientras suplicaba a sus padres que no lo repudiaran, suplicando su ayuda, no su desheredación.

«Deberías haberlo ayudado». Aurora sintió un nudo en la garganta.

Los cincuenta millones de dólares que había pagado por la obra de arte se donarían a los sintecho.

Aurora esperaba sentir la alegría. Pero no sintió nada. No sintió alivio. Ni redención. Empezaba a comprender que ese acto altruista no borraría todas las veces que había permitido que sus padres pisotearan su conciencia. Y había algo más. Sintió asco. Había necesitado tan desesperadamente su amor, su aprobación…

«Niña de oro», la había bautizado Michael, y ella había desempeñado su papel de forma impecable. Había sido la hija perfecta y, aun así, ellos le habían negado ese amor.

Esa noche no la redimiría. No le devolvería a su hermano. No detendría la sensación de culpa por seguir siendo la niña de oro de sus padres mientras Michael, la oveja negra, había muerto.

Pero esa noche se había liberado de sus cadenas y pagado una enorme suma a una organización benéfica que ayudaba a gente como su hermano. Gente que no tenía, o no podía, volver a casa.

Entonces, ¿por qué no se sentía… bien? «Porque es demasiado tarde. Ya no puedes salvarlo».

¿Qué sentido tenía todo eso? ¿El vestido? ¿Los zapatos?

No debería haber ido allí. Esa noche no significaba nada. Ni para su hermano ni para la gente de la calle a la que su dinero iba a ayudar. Porque el evento, la gente en la sala, sus padres, incluso la propia Aurora, estaban muy lejos de lo vivido por su hermano. De lo que había muerto soportando.

Respiró hondo y contempló los extravagantes cuerpos que entraban en el salón de baile. Sonreirían y asentirían, encantados con ellos mismos por asistir a un evento que ayudaría a personas a

las que jamás conocerían, que ni siquiera reconocerían como humanas. En un minuto, quizá una hora, olvidarían por qué estaban allí. A quién debería beneficiar la velada. Olvidarían a la gente que hacía cola para recibir ropa limpia y mantas cuando llegara el invierno.

¿De verdad creía que una donación mejoraría algo? Ella no era mejor que ninguno de ellos.

Cegada por la pena y el remordimiento, se abrió paso entre la multitud, se apresuró por los pasillos y bajó por la escalera flotante. Al pie de la escalera, se quitó las sandalias de tacón.

Descalza, corrió por el pasillo hasta llegar a la primera puerta que daba al exterior. Tiró de las manillas de plata y abrió de un empujón las puertas francesas. El aire fresco acarició su piel enrojecida mientras contemplaba el cielo sin estrellas. Dejó caer los zapatos en la terraza. Ante ella se extendía un césped perfectamente cuidado, con árboles que tapaban el horizonte de Nueva York. Y siguió corriendo. No importaba adónde, solo que siguiera tan rápido y tan lejos como pudiera.

Sintió un hormigueo en las plantas descalzas de los pies al pisar el césped húmedo, pero no se detuvo. Ni siquiera cuando la hierba se convirtió en piedra. Siguió el camino suavemente iluminado, a través del túnel de altos abetos y sauces llorones, hasta llegar a un callejón sin salida.

Unas puertas de hierro negro le cerraban el paso. Alcanzó el picaporte y empujó, entrando en un jardín amurallado lleno de flores silvestres. La puerta crujió al cerrarse.

El dolor y la culpa le oprimían el pecho, urgiéndola a liberar la horrible verdad que la consumía.

¿Cuánto frío había pasado su hermano? ¿Cómo de asustado estuvo antes de que el frío se lo llevara?

Ella nunca lo había superado. Ni su arrepentimiento ni la pena. La culpa era suya para siempre, porque necesitaba el perdón de la única persona que nunca podría dárselo. Levantó el rostro hacia el cielo y cerró los ojos. No sería digna de él, aunque estuviera vivo. Lo que había hecho era imperdonable. Su silencio, su complicidad, su miedo a enfrentarse a sus padres lo habían matado.

Aurora abrió la boca y gritó.

Oculto en las sombras, Sebastian Shard la vio acurrucada entre las flores silvestres. Y la oyó gritar. No a la mujer de la sala de subastas, sino a la criatura oculta en su interior. Una criatura en pena.

Una máscara de oro y el tono perfecto de azul oceánico ocultaba su rostro y lo adornaba con conchas y perlas marinas. Parecía una sirena sin su cola. Varada en tierra, con los pies descalzos, húmedos y sucios. El vestido se le pegaba al cuerpo como una segunda piel y ella resplandecía.

Su largo cuello se alzaba hacia el cielo. Hacia los dioses, rogándoles que escucharan su canción. Que la recogieran y se la llevaran. Pero ellos no escuchaban. Nunca lo hacían. Por desgarrada que fuera la plegaria. Por sincero que fuera el rugido. Los dioses los habían olvidado a todos.

Él debería saberlo. Reconoció el sonido, que desbloqueó un recuerdo profundamente enterrado, un tiempo, solo en la oscuridad, rogando a los mismos dioses que se lo llevaran a él también.

Era demasiado íntimo, demasiado peligroso, escuchar esa voz rota, porque lo conmovía. Lo suficiente como para salir de las sombras y entrar en el espacio iluminado suavemente por una docena de farolas discretamente colocadas en el interior de las plantas.

Se acercó a ella con paso silencioso. Se dijo que no quería acercarse más. No quería saber por qué cantaba al cielo oscuro. Quería que se fuera. Quería alejarse de su presencia.

Pero aun así se acercó. Atraído por su canto de sirena.

Estaba a menos de medio metro de ella cuando dejó de gritar. Pero su respiración era entrecortada. Cada vez que respiraba, su corpiño apretaba sus pequeños pechos, tensos contra la tela.

–¡Tú! –Sus ojos, oscuros y profundos, se abrieron de par en par bajo la máscara.

–Yo. –Él asintió. Era el hombre que la había mirado en la sala de subastas. Le recordaba a alguien. Deseó que ella fuera esa otra persona, que su hermana ocupara su lugar y estuviera allí con él.

–¿Te gusta mirar? –preguntó ella, la voz entrecortada.

–Sí –admitió él. Le gustaba. Era lo que hacía. Su único propósito: observar y transcribir lo que veía al lienzo que tuviera a mano, en el medio que tuviera más a mano. No se avergonzaba.

–¿Y quién te ha dado permiso para mirar? –Ella apartó la mirada.

–¿No te gusta que te miren?

–No. –Volvió a clavar su mirada en la de él–. No de la forma en que me miras.

–¿Y cómo te miro? –Él se acercó, tirado por un hilo de acero invisible.

Su hermana habría sido mayor de lo que claramente era esa mujer. Pero su hermana nunca conocería el placer de agitar la mano y conseguir el objeto de su deseo simplemente porque lo deseaba. Nunca se pondría un vestido de baile ni bailaría en una sala llena de gente que habrían pasado junto a ella por la calle e ignorado sus penurias. ¡Su sufrimiento!

Esa mujer no era su hermana. La hermana de Sebastian estaba muerta.

Esa mujer estaba viva. Respirando el mismo aire que él.

–Como si lo supieras –susurró ella.

–¿Saber qué?

–Que no pertenezco aquí.

–No perteneces –reconoció él. Los despreciaba a todos, y más a ella. Pero se había equivocado. Ella no era uno de ellos. La élite enmascarada que no sentía dolor ni empatía. Ella sufría.

–¿Es tan fácil de ver? –preguntó ella–. ¿Tan evidente?

–Sí. –Él tragó saliva.

–¿Qué me ha delatado? –Ella puso las manos en las caderas–. El vestido –concluyó–. Mi madre también lo habría odiado. Nunca me habría dejado elegirlo.

Él encajó la mandíbula. No lo odiaba. Era una elección perfecta. Le gustaba demasiado.

–Yo no estaría aquí si ella estuviera viva. –Agitó las manos en el aire–. Seguiría en los Cotswolds, sonriendo y asintiendo a cosas que me repelían. –Su garganta se tensó–. Me daban ganas de…

–¿Gritar?

–Sí. –Ella se sonrojó, y él quiso ver debajo de la máscara–. Pensé que gritar me haría sentir mejor.

–¿Funcionó? –A él no le había hecho sentirse mejor. Lo había agotado hasta derrumbarse en la calle y permanecer allí durante una década. Pero ella estaba de pie, y eso le intrigaba.

–No. –Ella sacudió la cabeza–. Tampoco venir aquí. –Se llevó la mano a la máscara–. Ni esta máscara.

–Déjatela puesta –le ordenó él. No quería ceder a la tentación de verle la cara.

–¿Por qué? Ves a través de ella. ¿Sabes quiénes son mis padres? ¿Lo que hicieron? ¿Lo que hice yo?

–¿Qué hiciste? –No quería conocerla, pero esa criatura lo fascinaba.

–Dejé morir a mi hermano. –Ella arrugó la nariz.

Igual que él había dejado morir a su hermana. Desprotegida. Sola.

–Vine aquí –continuó ella–, a pesar de la opinión de mis padres de que los que acaban solos y en la calle, de alguna manera… –se encogió de hombros–, se lo merecían. Como mi hermano.

–¿Tu hermano? –preguntó él–. ¿Era un vagabundo?

–Pensé que invertir el dinero de mis padres ayudaría. –Ella asintió y se mordisqueó el labio inferior con unos dientes perfectamente blancos–. Pero no es suficiente. Es demasiado tarde. Mi rebelión, contra el punto de vista de mis padres sobre el mundo, no sirve de nada. No para Michael.

–¿Cuándo murió? –preguntó Sebastian con un nudo en la garganta por la similitud de sus destinos.

Había donado ese cuadro, y todo lo recaudado iría a la comunidad con la que había vivido durante una década. Pero ella tenía razón. No era suficiente. No para la gente de la calle. O los muertos.

–Hace un año –confesó Aurora–. Lo dejé morir, en la calle, porque mis padres dijeron que tenía que ser así. Que no podía salvarse. Que lo habían intentado. Pero no lo intentaron. Lo desheredaron. Le dieron la espalda. Y yo… debería haber estado allí para él. –Cerró los ojos–. Pero no estuve.

–¿Por qué no? ¿Por qué no estuviste para él? –preguntó Sebastian, haciéndose eco de las preguntas que se había hecho a sí

mismo demasiadas veces. Él tampoco había estado allí para su hermana–. ¿Por qué no estuviste para tu hermano? –insistió. Quería oír su justificación. Él nunca lo había podido justificar. Su culpa era su merecido castigo. Y no quería libertad condicional. Quería cadena perpetua. Para permitirse solo dolor, sin tregua.

–Quería creerlos –admitió Aurora.

–¿Creer a quién?

–A mis padres. Quería creer que su mano dura lo despertaría, lo traería de vuelta, al viejo Michael. Pero no fue así. Lo devolvieron en un ataúd.

A Sebastian se le formó un nudo en la garganta. Amelia no había tenido ataúd. Ni tumba.

–Había roto tantas promesas –continuó ella–, y la noche que mis padres lo echaron a la calle, no lo creí cuando dijo que cambiaría. Pero si lo hubiera defendido, si lo hubiera respaldado, y él hubiera roto otra promesa a mis padres, a mí… Mis padres, ellos habrían…

–¿Tus padres habrían qué?

–Me habrían bajado del pedestal –confesó Aurora–. Me habrían echado a la calle a mí también. Y tuve miedo. No soy valiente. Me escondo detrás de esta máscara, con este horrible vestido.

–No es horrible.

–¿No lo es?

–No. –Él tragó saliva–. No sé quiénes son tus padres. No sé quién eres tú. Cuando dije que no pertenecías aquí, me refería a aquí, conmigo. Porque no puedo ayudarte –concluyó.

–¿A quién has perdido tú? –preguntó ella.

–A todos –confesó, frunciendo el ceño, la palabra pesada en la boca. En la lengua. ¿Tanto se notaba?

–¿Todos? –balbuceó Aurora.

No se lo contaría. No descargaría el peso sobre ella. Lo había guardado para sí durante tanto tiempo que no sabría cómo contarlo. El fuego. La cuna. Amelia.

–Fue hace mucho tiempo. –Las palabras arañaron su garganta–. Hoy hace veinticinco años.

–¿Todavía duele?

–Todos los días.

–¿Cómo lo superas?

–No lo haces –contestó él con sinceridad–. Lo aceptas.

–¿Aceptarlo? –preguntó Aurora con el ceño fruncido.

–Vives con ello hasta que forma parte de ti como la sangre de tus venas –le explicó. Él sabía cómo manejarlo, ella aún no–. Pero nunca lo olvidas. Te dejas puesta la máscara. Te blindas contra tus sentimientos. Nunca te apegas a nadie, y no te vuelven a lastimar.

–Es un consejo horrible. –Ella hizo una mueca–. No quiero vivir así. Nadie debería tener que hacerlo.

–Es mi consejo. –Sebastian se encogió de hombros–. Tú decides lo que haces con él.

–¿Yo decido? –Ella bajó la mirada hacia sus manos–. Me he pasado la vida tomando decisiones equivocadas. –Tragó nerviosamente–. Decisiones que en realidad no quería tomar, decisiones que mis padres querían que tomara. Y me hicieron creer que, si las tomaba, me querrían. Pero no lo hicieron. Solo se amaban a sí mismos. Llamaban «amor» a su fría muestra de afecto, porque yo me convertía en el pináculo de la bondad, la niña de oro que solo deseaban exhibir por respetabilidad pública.

Un rugido creció en el pecho de Sebastian. Respetabilidad. Era lo único que le importaba a la élite en sus comunidades cerradas, sus altísimas mansiones. Pero todo era mentira, una tapadera, porque la podredumbre ya estaba dentro de sus comunidades, de sus mansiones, y aun así la ignoraban, hasta que se derrumbaban. Y ella era el producto de su egoísmo por mantener una falsedad.

«Como tú».

–Busca tus zapatos y vuelve dentro. –Sebastian dio un paso atrás. No podía ayudarla.

–¿Y si no quiero volver dentro? –Ella bajó las manos.

–No es una opción. –La máscara se clavó en sus pómulos.

–No quiero volver dentro con ellos. –Aurora se acercó más a él. Demasiado–. No quiero estar en una habitación llena de gente que no me conoce, a la que no le importa si estoy sufriendo.

–A mí tampoco me importa –contestó él, porque no le importaba. Al menos, eso se decía a sí mismo. Ni sus pies descalzos, ni su piel de gallina. No quería llevarla de vuelta al refugio, al calor.

–¿De verdad quieres estar solo? –preguntó ella–. ¿En el aniversario de todo lo que perdiste?

–Sí. –Sebastian se tensó.

Ella sacudió la cabeza. Su moño alto de seda negra retorcida se aflojó. Los dedos de Sebastian ansiaban soltarlo y verlo caer sobre sus hombros.

–Vete. –Él apretó el puño.

–No deberías estar solo esta noche. Y yo no quiero estar sola –admitió ella–. Nunca había mantenido una conversación tan franca con alguien. Estamos conectando. Y… –Lo miró–. No quiero que acabe.

–¿Por qué iba a importarme lo que tú quieras?

–Si quisieras estar solo –susurró ella–, no habrías revelado que me habías visto.

–Pero te he visto.

–Y aquí estamos. –Aurora se acercó hasta que su aroma, su suavidad, lo bañaron–. Juntos.

–Geografía –aseguró él con desdén.

–Bésame –espetó ella, dejándolo sin aliento.

–¿Besarte?

–Un beso. –ella entreabrió los labios–. Luego, si sigues queriendo estar solo, me iré.

–No. –No quería besarla. Y para demostrárselo a su cuerpo, a su cerebro, agachó la cabeza.

–Ni siquiera tenemos que quitarnos las máscaras.

–No –repitió él, aunque con menos firmeza.

–Quiero que esta noche sea algo más que un recuerdo doloroso. –El aliento cálido y dulce de ella acarició los labios de Sebastian–. Necesito que sea… más.

Él se apartó.

–Por favor –insistió ella, y las palabras que brotaron de sus labios lo golpearon en el plexo solar.

Los dioses no lo habían escuchado hacía veinticinco años. Era demasiado viejo. Tenía demasiadas cicatrices. Pero ella era joven.

¿Y qué era un beso? No había nada de malo en darle eso. Un poco de ayuda. Un poco de suavidad, cuando su dolor era aún tan nuevo, tan crudo, y el mundo no le ofrecía más que soledad.

No era por él, se dijo. Era por ella, y por el chico que no había recibido la misma amabilidad.

Empujó hacia arriba el borde dorado de su máscara. Lo justo para descubrir sus labios.

–Un beso –aceptó Sebastian.

Capítulo 2

El corazón de Aurora se aceleró, pero titubeó al dar un paso adelante y abrazarlo. Era demasiado íntimo. Real. El espacio entre sus labios era demasiado y, a la vez, demasiado poco. Su boca era hermosa. Una boca hecha para besar.

¿Y si se equivocaba? ¿Y si eso tampoco le hacía sentir mejor? ¿Y si lamentaría su atrevimiento? ¿Su conciencia del cuerpo, de lo que necesitaba en ese momento?

¿Pero qué era un arrepentimiento más? Estaba llena de ellos. ¿Y no sería peor tener la oportunidad de tomar algo que realmente quería, que estaba a su alcance, y marcharse?

Alzó la mirada hacia él. Si se resistía, si dudaba, no sabría si su beso era tan intenso como su voz.

Sus ojos no eran los mismos que había visto en la Eachus House. La mirada era más profunda. Y a su cuerpo le gustó. Respondía a ello, a él. Le gustaba que posara sus ojos en los suyos, manteniéndolos cautivos con su intensidad. Sentimientos preferibles a los que él le había visto gritar a los árboles.

No le avergonzaba que la hubiera visto. No se sintió juzgada. Se sintió vista. Comprendida.

Tragó saliva y dio un paso adelante, el aire se volvió pesado y caliente, erizándole el vello.

Solo era un beso fugaz.

Aurora lo necesitaba para conectarse a tierra. Para canalizar la electricidad que la recorría. Observó la inclinación de su nariz dorada, el labio superior descubierto. Clavó los ojos en el labio inferior, el labio de un desconocido que esperaba a que ella lo besara.

Un desconocido al que no había tocado, y que no la había tocado… físicamente. Pero sí la había tocado. Había hundido la mano en su interior, aflojado los nudos que le hacían arder los pulmones.

Sabía que sería más que un beso. No se mentiría a sí misma esa noche. Su beso sería el principio. Convertiría esa noche en algo más. Algo solo suyo. Algo que ella había elegido porque lo sentía bien y lo quería. Quería los labios de él sobre los suyos.

Sebastian deslizó una mano hasta la parte baja de su espalda. No aplicó presión. No la atrajo, sino que esperó a que ella se acercara. Listo para acoger su cuerpo contra el suyo.

Tenía que hacerlo ya. De lo contrario, sería una traición a sí misma, a la mujer que quería ser. Una mujer que tomaba decisiones y se aferraba a sus convicciones. Una mujer valiente.

Aurora posó las manos sobre sus hombros y utilizó la masculina fuerza para sujetarse mientras se ponía de puntillas. Las puntas de sus pechos sin sujetador lo rozaron. Aurora jadeó cuando su contacto acarició su cuerpo y la hizo desear un abrazo más fuerte.

Le acarició la nuca y luego deslizó las manos por su firme mandíbula. Se estiró cuanto pudo, inclinó la cabeza y le ofreció su boca. Él la levantó ligeramente para que se encontrara con él.

Ella rozó su boca con la de él. Poderosa, embriagadora. Su boca sobre la de ella para saborearlo por fin. Para deleitarse con el poder y el control que él irradiaba. Luego introdujo la punta de la lengua en su boca. Acariciando el interior de las cálidas y húmedas paredes.

Él le supo a todo lo que ella no reconocía, lo que no podía describir, pero que sabía que deseaba.

–Ahh –gimió en su boca.

El gruñido de él vibró contra su pecho, dentro de su boca.

Ella hundió más la lengua. Y allí estaba la suya, moviéndose con firmeza, bailando una melodía que solo ellos conocían. Y su cuerpo empezó a doler. Su piel. Sus pechos. Más abajo.

Aurora necesitaba más. Pero sus labios no se movían. Su cuerpo, de acero rígido. Tenso. Anhelante.

Ella se detuvo. Abrió los ojos. Y allí estaban los suyos, mirándola fijamente. Ausentes. Vacíos.

Aurora se apartó. La mano de él, fuerte y ancha, abandonó su espalda. Dejándola sin timón.

–Nunca había besado a nadie. –Ella sintió la necesidad de explicarlo–. Hasta esta noche. Contigo –balbuceó, intentando corregir el error que había hecho que él se detuviera. No sabía cuál era ese error, solo que lo había cometido–. ¿Lo…? –Ella inhaló–. ¿Lo he hecho mal?

Aurora se apartó del hombre que la observaba con una expresión que no entendía. Miró por última vez al desconocido enmascarado que le había permitido besarlo. Y se sintió de nuevo sola, el arrepentimiento muy cerca de proclamarla a ella, y la noche, como un desastre.

–Adiós. –Se dio media vuelta.

Unos dedos firmes, pero ligeros como plumas, le sujetaron la muñeca. Ella se giró y levantó la mirada hacia él. No sabía qué había en sus ojos, pero la hizo jadear con su intensidad visceral cuando dijo:

–Quédate.

Los ojos de Sebastian se posaron en la pequeña y delicada muñeca, que había rodeado con sus dedos para mantenerla junto a él. A pesar de que su instinto gritaba que la dejara ir… no podía.

–¿Por qué? –preguntó ella–. No me quieres aquí.

Él percibió cómo los hombros de ella se ponían rígidos. Y entonces la miró a los ojos. Vio el dolor. El rechazo. Algo extraño se extendió por la piel de Sebastian. Algo que no le gustaba.

–No querías besarme. –El dolor se reflejó en sus palabras–. Siento haberte obligado.

–No me obligaste –masculló él–. Me lo pediste –le recordó, se recordó–. Dije que sí porque quería.

–La única razón por la que me dejaste besarte –tartamudeó ella– fue porque te compadecías de mí. No necesito tus besos de compasión. No necesito que finjas que te gustó. Puede que no tenga experiencia, pero hasta yo sé que un hombre no se queda congelado ante el contacto con una mujer.

Sebastian podía hacer que ella lo odiara. Hacerla sentir peor. Podría permitirle culparlo por la resaca de arrepentimiento y pérdida con la que se despertaría por la mañana… Pero no podía.

–Me gustó –aseguró con voz ronca–. Demasiado.

–Mentiroso –susurró ella.

–Yo no miento –aseguró él. Él había permitido el beso. Había decidido poner la mano en la espalda de ella. Y le había gustado. Su sabor. El gemido embriagador que ella había emitido contra él.

Debería haberla dejado marchar. Pero una vez había sido como ella. Solo, sin nadie a quien culpar excepto a sí mismo por los fracasos de su madre y su padrastro.

Se le revolvió el estómago. Solo podía culparse a sí mismo por la muerte de Amelia. Solo él podía cargar con ese peso. Y esa mujer también cargaba con el suyo. Una carga demasiado pesada para alguien tan joven. Ella no tenía la culpa de la muerte de su hermano. Sus padres sí, por no proteger a su hijo de las calles, de la frialdad, de la soledad.

–Lo estás haciendo ahora mismo –insistió ella, interrumpiendo sus pensamientos–. Un hombre que quiere besar a una mujer no reacciona como tú.

Sebastian tragó con dificultad, sintiendo la garganta demasiado seca. Ella se equivocaba. Toda su interacción había sido sincera. Demasiado. Y le debía esa sinceridad.

–He tenido muchas oportunidades de besar… –empezó.

–Y la mía no se puede comparar.

–No tengo ni idea.

–¿Tan malo fue que no hay base para la comparación? –Ella tiró de la muñeca.

Sebastian dejó caer las manos. Cada hueso de su cuerpo le pedía abrazarla, calmarla, cambiar la expresión confusa en sus ojos y devolverle la acalorada mirada de placer que había visto antes.

–No necesito que finjas. No necesito que me hagas sentir mejor –continuó Aurora–. No me siento mejor. Me siento estúpida por pensar… –Exhaló pesadamente–. Me siento tan estúpida por pensar que percibía una conexión contigo. Que podía tener algo que fuera mío, aunque solo fuera por un momento. –Se irguió–. Quiero volver a Inglaterra. Quiero…

–¿Quieres saber la verdad? –preguntó él–. ¿Sentirla? ¿La verdad de mi deseo?

–Sí –susurró ella.

Aurora le permitió tomarle la mano. La suya pequeña, delicada, la de él grande y áspera.

Sebastian no sabía por qué era importante hacerle entender que era deseada. Pero lo era. Era una verdad que ella necesitaba, que él necesitaba demostrar. Le llevó la mano a su ingle y la soltó.

–¿Quieres que te toque? –preguntó ella–. ¿Ahí?

–Entiendo por qué me pediste que te besara –aseguró–. Probablemente más que tú. Y si me tocas, no es para seducirte, sino para demostrarte que no eres estúpida ni estás equivocada. –Se obligó a respirar lentamente–. Pero soy el hombre equivocado al que besar. –Se irguió y esperó.

Y suavemente, tentativamente, Aurora lo tocó y jadeó. Y él palpitó por todo el cuerpo.

Ella abrió los ojos desmesuradamente y retiró su mano. La dura erección dolía de un modo que él había olvidado que fuera posible.

–Mi cuerpo disfrutó besándote –admitió él con brusquedad.

–¿Pero tu cerebro no? –preguntó ella, mirándola con ojos entornados.

–No.

–Entonces te quedaste helado –supuso ella–, ¿a propósito?

–Sí.

–¿Por qué?

–Que surja la oportunidad de besar a alguien no obliga a hacerlo –contestó él–. Implica tocar, sentir.

–Y tú no quieres sentir, ¿verdad? Emocional o físicamente. No quieres encariñarte.

Él asintió. Ya se lo había dicho. No necesitaba darle más explicaciones.

–Te hice sentir, ¿verdad? Te hice…

Sebastian alzó la mirada hacia su cara, su boca. Y el calor lo inundó en lugares que no creía que pudieran calentarse. No quería necesitar su boca. Pero la necesitaba.

–Desear –gruñó él–. Y no he deseado nada ni a nadie durante más tiempo del que tú has vivido.

–¿No has deseado a nadie? –Ella frunció el ceño.

–No.

–¿No has tocado ni besado a nadie?

–No –respondió Sebastian. Su cuerpo estaba tenso, rígido–. Soy virgen.

–¿Eres virgen? –Ella parpadeó rápidamente.

–Sí –respondió él. Había sido, era, necesario. Su cuerpo estaría intacto, pero él había visto demasiado, roto sin remedio incluso antes de llegar a la pubertad–. Soy tan inexperto como tú.

Siguió un silencio reflexivo. La mirada de Aurora era demasiado amable. Y él la dejó mirar. Sabía que ella lo entendería. Era un hombre con necesidades. Era inexperto porque no quería necesitar esas cosas, sentir su pérdida. El contacto humano. El tacto. Había decidido abstenerse.

–¿Por qué viniste aquí?

–Por la misma razón que tú –respondió él–. Para estar solo.

–Pero ¿por qué a una subasta? ¿Por qué en el aniversario de la muerte de tu familia?

No le había dicho que había perdido a su familia. Había dicho «a todos». Todos los que le importaban, a los que debería haber protegido. Y ella lo sabía, porque vivía lo mismo.

Y él sabía que, al final, esa pérdida la vaciaría. Y el fuego que había visto arder dentro de ella se extinguiría. Su deseo de empujar el dolor, la oscuridad, hacia el cielo nocturno y llenar ese lugar con esperanza, con luz, moriría dentro de ella. Como había muerto dentro de él.

–¿Por qué no?

–Viniste aquí para no estar solo, y te retiraste a los jardines cuando fue demasiado. Cuando estabas rodeado de demasiada gente que no te entendería. Pero yo te entiendo. No soy la persona equivocada con la que estar esta noche. No eres el hombre equivocado al que besar. Tú me entiendes –continuó Aurora–. Y nos encontramos el uno al otro.

–Encontrar algo significa que lo habías perdido –observó él con dureza–. Yo no era tuyo para que me encontraras. Yo no te busqué.

Pero sí lo había hecho. Se había revelado a ella sin necesidad de hacerlo. Podría haberse tapado los oídos, cerrado los ojos. Apartarse de la visión, de esa mujer llamándolo, cantando su nombre.

–No nos hemos encontrado –siseó, porque ella lo hacía sonar romántico. Como si hubiera ocurrido a propósito. Como si su encuentro hubiera sido obra del destino.

–Sí, lo hicimos –le corrigió ella.

–Esto no es un cuento de hadas. Esto no es el destino.

–¿No lo es?

Cayó una gota de lluvia, una sola salpicadura en la mejilla adornada con la máscara azul y dorada. ¿Se convertirían sus piernas en una cola al mojarse? ¿La lluvia la devolvería a casa?

–Somos barcos que se cruzan en la noche. Nada más –añadió con una voz demasiado grave, demasiado jadeante, carente de seguridad. Debajo sonaba una pregunta que no quería formular, mucho menos oír la respuesta. Haría realidad sus palabras. Ella no lo convertiría en un mentiroso.

–Pero aún no hemos pasado –protestó Aurora–. Todavía estamos aquí, anclados. Y esta noche podría ser más que fugaz, para ambos. Si permitimos que lo sea. –Ella lo provocó con lo que se guardó.

–Explícate –pidió Sebastian.

–Los dos somos vírgenes. –Aurora retorció las manos. De nuevo el rubor se apoderó de sus mejillas.

–¿Qué tiene eso que ver?

–Todo. –Ella suspiró, irguiéndose, con su metro y medio de estatura, contra el silencio entre ellos–. Yo soy tu despertar –declaró–. Y tú eres el mío.

Sebastian soltó una carcajada, no para burlarse de ella, sino de sí mismo y de los pensamientos que esa criatura tomaba de su mente sin su permiso. Porque sus palabras estaban muy cerca de lo que él pensaba. Ella lo provocaba con todo lo que se había negado a sí mismo durante veinticinco años.

–No estoy dormido. –Sin embargo, se preguntó si no sería una pesadilla. Si su mente la había conjurado para él. Para castigarlo.

–Yo tampoco –contestó ella, pinchándole con su realidad, con todo. Conexión. Comprensión.

–Tampoco soy tu despertar. –El corazón de Sebastian se detuvo.

–Pero lo eres, ¿no lo ves?

–No. –Porque no quería verlo–. Confundes la bondad con otra cosa. Me has malinterpretado…

–Hazme el amor –lo interrumpió ella con palabras que atronaron en sus oídos hasta que lo único que pudo oír Sebastian fue a ella repitiéndolas en bucle–. Déjame hacerte el amor –añadió, tentadora.

–Tú –la acusó él– no has oído nada de lo que he dicho.

–Lo he oído todo. –Ella puso su pequeña mano sobre su torso–. Sé que te lo has negado todo.

Aurora se acercó, silenciosa, hasta situarse frente a él. El cuerpo de él reconoció su forma. Su calor. Y respondió sin su permiso, endureciéndose de nuevo.

–No tienes por qué negarte a mí –aseguró ella.

La tentación separó los labios de Sebastian, preparado para un beso. Para ella. Nunca había tocado a una mujer. Se había sentido atraído hacia algunas, pero no con tanta intensidad. ¿Qué sentiría si la reclamara esa noche? ¿Si bajara la guardia y olvidara todo lo pasado?

Ella levantó las manos y él se preparó para el contacto. Un contacto que deseaba más que el aire para respirar. Más que cualquier necesidad de mantener su juramento.

Aurora le tomó una mejilla con la mano ahuecada, y él no pudo evitar inclinarse hacia ella. Era tan suave. Tan cálida. Le acarició el pelo. Suavemente. Demasiado suave. Él necesitaba… más.

–Déjame quitártela. –Los dedos de Aurora juguetearon con la máscara.

–No. –Sebastian le agarró la muñeca–. No quiero ver tu cara, y no quiero que veas la mía.

Allí eran iguales. Ambos inexpertos, solos y llenos de dolor. Si él le quitaba la máscara, si ella le quitaba la suya, sabría quién era él. A pesar de su éxito, seguía siendo el chico criado en las calles.

–De acuerdo. Nos las dejaremos puestas –prometió ella.

–Si hacemos esto… –Él le soltó la muñeca.

–Si hacemos esto… –repitió Aurora, lamiéndole la piel con cada palabra.

–Solo será esta vez. –Necesitaba que ella entendiera las reglas–. Sin nombres, sin ataduras –continuó–. No quiero una amante. No quiero encariñarme con nada ni nadie. Viviré siempre solo. No sentiré nada por ti. Jamás.

–Solo esta noche. Solo una vez. –Los grandes ojos marrones se clavaron en los suyos, y él supo que se había perdido en la noche, en ella. Seducido. Arrullado hasta la muerte por una sirena.

«Eres un idiota fantasioso».

Ella lo había seducido con sus jugosos labios. Sus palabras. Lo había convertido en un mentiroso, y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Le hacía necesitar. Desear.

Sebastian agachó la cabeza y aceptó que, esa vez, el beso… era para él.

Capítulo 3

La excitación recorrió a Aurora. La boca de él estaba sobre la suya. Y quería más. Quería que la poseyera, que la reclamara como suya. Porque ella era suya. En ese momento en que se habían encontrado, contra todo pronóstico, en un punto muerto en sus vidas.

El cielo se abrió y, sin mediar palabra, él despegó su boca de la de ella.

–Ven. –Él le agarró la mano.

El fuego estalló en la palma de la mano de Aurora, extendiéndose por la muñeca y el antebrazo.

–Tus pies –observó él mientras corrían, la lluvia tan intensa que le goteaba de la nariz.

–Están bien. –Tenía los pies cubiertos de briznas de hierba mojada. Pero él la soltó y, rodeándole la cintura con los brazos, la levantó. Aurora se aferró a él. Rodeó su cuello con los brazos. Hundió la cabeza en su garganta. Estaba caliente. Seguro.

Sebastian subió por el sendero de piedra, marcado por flores rosas y blancas y altos juncos verdes.

Subió a la terraza entre dos ornamentadas columnas de piedra, cobijándose bajo un balcón.

Aurora levantó el rostro y se encontró con sus ojos. Las pupilas de él eran discos negros que sobresalían del ámbar y el verde. Sintió el martilleo de su corazón, reflejo del suyo, y lo reconoció por lo que sentía en su interior.

Deseo. Una llamarada estalló en su pecho. Sus pezones se endurecieron contra el sólido torso.

–¿Estás bien? –preguntó él.

–Sí. –Ella asintió.

Acercó una mano a su cara y el aire se detuvo, al igual que su corazón. Ella inclinó el cuello y él agachó la cabeza. Los labios se encontraron, las bocas se abrieron y las lenguas se unieron.

¿Cómo había podido querer negarse a sí mismo, a ella, eso? Esa conexión entre ambos.

Era algo más que superficial. Era el destino. El despertar de ambos a la carne. A los sentimientos.

Aurora no sabía quién era, en quién se estaba convirtiendo, pero sabía quién no quería seguir siendo. Un pináculo de bondad. Una chica dorada. Por la mañana sería otra. Nueva. Valiente.

–Espera –murmuró él contra su boca, apartándose de ella.

–¡No pares! –exclamó ella.

–No lo haré –le aseguró él, sus palabras cargadas de tensión–. Quiero tocarte –admitió.

–Yo también lo deseo. –Aurora se estremeció.

Sebastian respiró hondo y retrocedió hasta que sus piernas chocaron con un banco de piedra. Se sentó, con ella a horcajadas sobre él.

Ella dio un respingo cuando su núcleo íntimo entró en contacto con la dura longitud de él.

–Te deseo –dijo ella, sintiéndose poderosa al verbalizar su deseo con palabras.

–Te… deseo. –Él tragó nerviosamente, la voz cruda de deseo. Levantó la mano de su cintura y acarició la costura de las lentejuelas del corpiño–. Quiero saborearte.

Ella asintió y observó los dedos de él, ligeramente temblorosos, dejar al descubierto sus pechos.

–Hermoso. –Sebastian deslizó un dedo por la mejilla de ella, siguió por su garganta y llegó a la clavícula–. Qué piel tan suave. –Cerró la palma de la mano sobre un pecho y lo masajeó.

–¡Sí! –exclamó ella, sintiéndose hermosa. Echó la cabeza hacia atrás y le ofreció más.

Y él la besó y saboreó. Lamió. Chupó. Y el deseo dentro de ella creció hasta que empezó a jadear. Empujó su pecho con más fuerza contra su mano. Porque era lo que necesitaba.

–¡Oh! –jadeó Aurora, balanceándose, apretando los muslos, su cuerpo, contra él–. Más –le pidió.

–¿Más? –preguntó él.

–Te deseo. –Ella tragó saliva, lubricando sus cuerdas vocales–. Dentro de mí.

El pulso de Sebastian se aceleró. Abrió la boca, pero ella no le dejó hablar.

–No quiero ir despacio. No quiero esperar. Quiero sentirte. Todo tú, dentro de mí.

–Ponte de rodillas –le ordenó él, sujetándole las caderas.

Aurora apretó las rodillas contra la piedra y se mantuvo encima de él. Sebastian desabrochó la hebilla plateada del cinturón negro y el botón del pantalón. Luego bajó la cremallera y se liberó.

–Si duele, si quieres que pare –farfulló él–, pararé.

–No –aseguró ella–. No pares. Había elegido eso. Lo había elegido a él.

Las manos de Sebastian se dirigieron al centro de ella. Acarició el núcleo entre sus muslos y apartó el trozo de tela. Levantó las caderas y se encontró con ella allí donde ella necesitaba. Solo la punta.

Esa noche ambos se estaban despojando de su ser para vivir el momento juntos. Dos vírgenes entregándose el uno al otro. A la desesperada necesidad de tener ese momento que no podía repetirse. Que no se podía pausar. No se podía negar. Dos almas dañadas, acobardadas por la vida, pero incapaces de esconderse de eso. De esa conexión. Y se sentía bien. Casi demasiado bien.

Aurora comprendió que, después de que hubieran tomado lo que querían, tendría que elegir el camino. Sentiría lo que los primeros veintiún años de su vida le habían negado.

–Ahora –le suplicó–. Hazlo ahora. –No volvería a ser quien era antes de él.

Sebastian hundió los dedos en sus caderas. Ella basculó las caderas contra los dedos, hacia abajo. Pero él la mantuvo a

horcajadas sobre el calor, presionando su núcleo. La punta de su hinchado ardor entró en ella. Lentamente. Aurora sintió la tensión en él. El pulso de su resistencia.

–¿Te duele? –preguntó ella. Sabía que no había nada que pudiera hacerle daño físicamente, pero sintió su cuerpo expandirse bajo sus dedos, y comprendió que la batalla del hombre era interna.

–No –masculló él, pero ella oyó la mentira.

–¿Quieres parar? –insistió Aurora con la voz tan tensa como la de él.

–No.

–Pues no lo hagas.

Sebastian la penetró. Ella echó la cabeza hacia atrás. Dolía. Pero era un dolor caliente. Y cerró los ojos ante la intensidad. Él estaba… En todas partes.

Sebastian sabía que iba a llegar. Contuvo el gemido en su garganta y apretó los dientes.

Era tan cálida, suave, apretada. Como si perteneciera allí, y él dentro de ella. El ajuste perfecto…

Era dolor. Era placer. Era todo.

Se mordió el interior de la mejilla. Bloqueó las caderas y luchó contra el impulso de empujar décadas de negación dentro de ella, sin cuidado.

Aurora abrió los ojos, y solo entonces él la movió. La levantó, aliviando la presión envolviéndole, prometiendo el olvido, el éxtasis. Ella llegaría primero. Sebastian volvió a hundirse dentro de ella.

–¡Oh! –Aurora apretó las caderas y lo rodeó con más fuerza.

Él metió la mano entre sus cuerpos y presionó con el pulgar el bulto hinchado.

Aurora cantaba una canción que ninguno de los dos había oído, ni sentido, antes.

Estaba tan duro dentro de ella que dolía. No tardaría mucho en rendirse, aunque su mente no quería. Todavía no. Quería verla disfrutar. Ella lo había pedido, y él le había dado sus manos, su boca, su cuerpo. Su entrega al destino. A ella. Embistió de nuevo.

Aurora echó la cabeza hacia atrás y él quiso enterrar el rostro en su cuello. Deleitarse con su piel.

–Mírame. –Necesitaba sus ojos sobre él para recordarlos mientras ella se deshacía con él dentro.

Sus ojos se clavaron en los de él. Y ya no hubo dolor en su mirada. Solo deseo. Solo él.

–¡Voy a llegar! –exclamó ella.

Él también, pero luchó contra ello. Embelesado, vio cómo aumentaba su placer.

La máscara de Aurora resbaló.

El corazón de Sebastian se aceleró. Debería volver a colocársela. Pero no podía moverse. Si lo hacía, si cambiaba el ángulo de su cuerpo, llegaría demasiado pronto.

La máscara cayó y él quedó sin aliento cuando la vio. Su rostro de líneas de ébano teñidas de oro. La nariz pequeña y redondeada, los labios carnosos, sus grandes ojos marrones, muy abiertos, sombreados por largas pestañas negras. Ese rostro era todo lo que él sabía que sería.

Ella lo apretó con fuerza. Y él ya no pudo negarse su propia liberación.

Soltó un gruñido tan feroz que le dolieron los oídos. No podía derramarse dentro de ella. El riesgo era demasiado grande, por mucho que su cuerpo le pedía que se quedara donde estaba.

La levantó, y el calor de su cuerpo, su estrechez, le arrancó la liberación. La levantó más alto. Se separó de ella y eyaculó en el suelo.

Sus miradas se encontraron, la de ella llena de asombro y placer.

–Yo…

–Calla. –Él la abrazó, y Aurora se hundió en su cuello. Jadeaba con fuerza. Tanto como él.

Sebastian se quitó la chaqueta del esmoquin y se la echó a ella sobre los hombros. Acarició su espalda arqueada, permitiendo que su suavidad lo bañara, que su cuerpo se amoldara al de ella.

Cerró los ojos. Apretó la nariz contra los mechones de pelo en la nuca y se impregnó de ella.

Aurora apoyó las manos en sus hombros y levantó la cabeza.

–Otra vez –murmuró, con la respiración todavía agitada, acercándose a su boca.

Él le sujetó la cara para detenerla. Le acarició los pómulos altos y esculpidos. Notó el calor de sus mejillas. Sus labios hinchados. Y la necesidad de volver a saborearla, de estar con ella, lo abrumó.

–Ya no más. –Sebastian apartó la boca. Seguía duro. Seguía deseándolo. Sería tan fácil volver a enterrarse dentro de ella. Su cuerpo se lo pedía. ¿Lo había olvidado? Él no necesitaba.

Vio cómo los ojos de ella se cerraban. El asombro se desvanecía.

–¿Eso es todo? –preguntó ella.

Él asintió.

Aurora se bajó de su regazo y cubrió su pecho. Y él agradeció que lo hiciera antes de atraerla hacia él de nuevo y enterrar su carne aún dura dentro de ella. Romper su promesa y tomarla de nuevo.

–Gracias –dijo él con voz ronca.

–¿Gracias? –Respirando aceleradamente, ella le sostuvo la mirada–. ¿Es todo lo que tienes que decir?

Él apretó la mandíbula y asintió. Y apartó la mirada. Se había aprendido todas las líneas de su cara. Ella estaba grabada en su retina. Se abrochó el pantalón. Solo entonces volvió a mirarla.

–Es hora de irse –anunció. Le había dado lo que le había prometido, había tomado lo que necesitaba.

–¿Irse? –repitió ella.

–Márchate –insistió él con la voz impregnada de una necesidad que no reconocía. Necesidad de permanecer entre sus brazos. Escuchar su respiración entrecortada. Sentirla, suave y caliente.

–Pero quiero abrazarte –protestó Aurora–. Quiero que me abraces.

Él ignoró el dolor en su mirada. La confusión. Ella no era suya para abrazarla.

–No –contestó–. Una vez. Lo prometido. Está hecho. Se acabó. Vete –repitió, a su pesar.

Él no era ese hombre. Podría haberlo sido alguna vez, pero ya no tenía nada que dar u ofrecer. No necesitaba a nadie. No la necesitaba a ella.

–Por favor –suplicó–. Márchate.

Algo se le encogió en el pecho. Sebastian cerró los ojos. Dejó fuera lo que podría haber sido. La dejó fuera a ella. Esa criatura enviada para torturarlo con su suavidad, su coraje para cambiar las cosas. Era demasiado viejo para aprender nada nuevo. Para cambiar en lo que se había convertido: un hombre que no era amable, al que no le importaba nadie. Al que nadie podía importarle ya.

Así que hizo lo que había hecho durante décadas. Se cerró en banda. Porque ella le hacía sentir demasiado. Ella no era suya para calmarla. No era suya para protegerla.

La oyó moverse. Sus pies pisando la piedra mientras hacía lo que él le había pedido. Y solo cuando dejó de oírla abrió los ojos. La buscó con la mirada y la encontró al pie del sendero de piedras rotas. La vio cruzar las puertas negras y perderse de vista.

Él se inclinó hacia delante y recogió la máscara. Sus manos temblaban violentamente.

La lluvia se la había llevado a donde debía estar. Lejos de él.

Capítulo 4

Seis meses después…

El teléfono sonó en el bolsillo trasero de Sebastian. Se limpió las manos en los muslos, la pintura extendiéndose en vetas negras sobre la tela oscura.

Sacó el teléfono y suspiró. Pensó en cortar la llamada, pero volvería a sonar hasta que llamara a la puerta. Y si no abría, ella treparía por una ventana abierta o una puerta sin cerrar.

–Esther –saludó.

–¿Ya lo has visto? –preguntó su agente–. Sé que lo entregaron esta mañana.

–No. –Él sonrió. Sin parloteo. Sin suavizar su tono irritado. Siempre directa al grano.

Esther resopló, y él se la imaginó en su despacho de Londres, los rascacielos a su espalda, sentada en su escritorio, pequeña y formidable, en la galería de arte más grande que el mundo había visto.

Había estado allí una vez, y había osado rechazarla. Con sus manguitos y su gorro de lana, se había acercado a su escritorio, le había devuelto el cheque que ella le había dado y se había marchado.

–¿Has mirado alguno? –preguntó ella, devolviéndolo al presente.

Sebastian miró el montón de periódicos apilados en un rincón del estudio. Todos llevaban un clip con una nota de Esther, exigiéndole

que la llamara cuando los hubiera leído. No los había mirado.

Su mirada recorrió las paredes del estudio. Cuando compró el castillo, le había parecido el lugar ideal para trabajar. El muro exterior se había derrumbado y lo había restaurado, sustituyendo la pared por cristal, y parecía como si nada se interpusiera entre él y las Highland escocesas.

Había caballetes en todos los rincones. El estudio era un caos. Había probado todos los medios: arcilla, espuma, pintura. Incluso había ido a los páramos, hundiéndose hasta las rodillas en las tierras bajas, para recoger brezo y barro para construir una escultura. Nada había funcionado.

Hasta que había vuelto a la pintura en *spray* barata con la que había empezado. Incluso entonces, el trabajo parecía algo que ya había hecho antes. Un cuadro diferente con el mismo lienzo. La misma pared de la calle donde por primera vez se había permitido ser lo que era, quien era. Un artista.

–No.

–Sé que eres tú.

–¿Y qué si lo soy? –preguntó él, tomando el primer periódico del montón.

–Hay equipos especializados para rastrearlos, para rastrearte –añadió ella, ignorando su pregunta.

Sebastian gruñó. Su intimidad era suya. No tenían ningún derecho…

–Si aparecen más sin que yo lo sepa… los retirarán antes de que aparezcan en los periódicos –continuó Esther–. Se los llevarán antes de que los ayuntamientos puedan precintarlos.

Sebastian se sentía furioso. Era para ellos. El público. Los invisibles. Su arte no era para los ricos.

–¿Qué has hecho para detenerlo? –preguntó él.

–¡Nada! –siseó ella–. No puedo hacer nada si no me dices dónde están.

Sebastian desplegó el periódico. La primera página, y allí estaba su nombre. «¿Sebastian Shard o imitador?». Había un mapa del Reino Unido en la portada, debajo de su nombre, con todos los

lugares que había visitado en los últimos seis meses marcados en rojo. Como si fuera un criminal.

Supuso que lo era. Alterar una propiedad pública era delito. Pero sabía de primera mano que cuando los pobres no tenían una salida encontraban la manera. Como él. Aunque ya no era pobre, aunque era más rico de lo que jamás había soñado ser.

«¿Estás preocupado?».

No lo estaba. No la había comprometido. No la había puesto en peligro. No había llegado demasiado tarde. Se había soltado a tiempo. Su cuerpo palpitaba. No se trataba de ella.

Solo quería regresar a algo familiar. Encontrar un camino de vuelta a lo que siempre había sido natural para él. Su arte. Pero lo había perdido. Desde aquella noche. Desde ella.

Ella lo había arrojado al infierno. Desde que había puesto sus manos sobre ella, usándolas como nunca antes las había usado, como no debería haberlas usado, ya no funcionaban. Estaba roto.

No había tenido más remedio que volver a las calles y hacer lo que no había hecho durante años. Había pintado una serie de criaturas. Criaturas míticas, como ella, por todo el Reino Unido, en paredes tan altas como el castillo en el que vivía y suelos tan agrietados como el camino de piedra rota por el que ella había corrido descalza. Huyendo de él.

«La enviaste lejos».

No quería recordarla, pero cada vez que cerraba los ojos, allí estaba. Su sirena. Sus grandes ojos marrones dolidos y confusos.

La vergüenza lo estrangulaba. Había sido cruel. Innecesariamente. Ella era virgen y él se lo había arrebatado. La había utilizado y desechado.

–¿Los estás mirando ahora? –adivinó Esther–. Mira el de hoy. Página diez. Es un pliego entero. Sebastian, tu trabajo vale millones –le recordó Esther–. Y todo el mundo lo sabe.

Sostuvo la página en alto y se le encogió el estómago. Lo habían encontrado y arrancado el ladrillo del muro lateral de una tienda de comestibles, en la población más pobre que pudo encontrar. Se lo habían llevado y dejado un agujero en la comunidad donde debería

haber brillado la belleza. Sabía cómo su trabajo hacía sentir a la gente. Sabía que les hacía sentir lo que él no podía. Esperanza.

–Deberías haber acudido a mí –continuó Esther–. Yo podría haberlo protegido, a todos. Podríamos haberlo convertido en un espectáculo. Una búsqueda del tesoro para el público. Pero no acudiste a mí. No sabía dónde aparecerían. No los has reclamado como tuyos, y sin tu nombre…

–No son míos –gruñó él–. Les pertenecen a ellos, al pueblo.

–Lo sé –contestó ella con una suavidad que él no merecía.

Sabía que ella lo quería. De un modo maternal, porque lo había descubierto. Esther lo había visto crear una escultura en una calle detrás de un teatro una noche. Lo había visto crear arte a partir de espuma blanda, esculpiendo una cara con una navaja, la única que dibujaba o esculpía entonces. La de Amelia, viva a través de su arte.

Esther la había vendido. Y luego lo había encontrado bajo el puente, había entrado en su tienda, siempre intrépida, le había entregado un cheque y su tarjeta de visita y se había marchado.

Él le había devuelto el cheque al día siguiente, afirmando que no le servía de nada un papelito con números, por obscena que fuera la cifra. No tenía cuenta bancaria. Ninguna identificación para cobrarlo. No lo había hecho para ella ni para gente como ella. Y se había marchado.

Al día siguiente, Esther había vuelto con una bolsa llena de dinero. Dinero de verdad. Él lo había rechazado, pero ella lo había dejado. Era suyo. El pago por su trabajo.

Por supuesto, necesitaba el dinero. Pero esa bolsa…

Esther había regresado una semana después. Esa vez con comida. Lo había intrigado, y le había permitido quedarse. La había observado mientras le ponía la comida delante. Una bolsa de comida para llevar llena de envases calientes. Ella se comió la suya, a su lado, en silencio, y se marchó.

Lo repetía cada día, aunque él nunca comía con ella. Se limitaba a mirarla comer con su pequeño tenedor blanco de plástico, cómodamente sentada en su tienda. Y no lo habría admitido entonces, probablemente ni siquiera en ese momento, pero había llegado a desear su compañía.

Al décimo día, le había hecho una pregunta. Varias. ¿Por qué no había tocado el dinero? ¿Por qué no lo había utilizado para mudarse a un hotel o a un hostal? Pero él no respondió a sus preguntas, a ninguna. Ella no necesitaba saber que se merecía esa cama de cemento. Excepto su última pregunta.

Le había preguntado para quién pintaba, si no era para gente como ella. Si no era por dinero.

Sebastian le había contado la verdad: pintaba para los que necesitaban ver esperanza, sentirla. Creaba arte para la gente que se sentía invisible.

Ella le había prometido que, si trabajaba con ella, lo ayudaría a llevar su arte, y los beneficios, a los que lo necesitaban. Y así habían empezado.

Esther Mahoti, renombrada agente, había rescatado de las calles a un vagabundo que había alcanzado cotas nunca vistas por ningún artista moderno.

–Si estás pensando hacer alguno más –insistió ella–, los protegeré.

Sebastian sabía que lo haría. Esther cumplía sus promesas. Lo había hecho cada día desde hacía quince años. No la quería, ya no quería a nadie, pero le gustaba. La respetaba.

–Dejaré de hacerlo –le aseguró mientras doblaba el periódico.

–Sebastian…

Pero él no oyó nada más.

Tenía la mirada clavada en el pequeño artículo de la parte izquierda de la primera página.

Estudió la fotografía desenfocada. El cuello del abrigo *beige* subido. Los cabellos recogidos en un moño, con algún mechón negro suelto besando su mejilla. Una mano se levantaba para apartarlo, la mirada fija en el fotógrafo.

Desvió la mirada hacia la otra mano, apoyada sobre el abultado vientre. Y se olvidó de respirar.

Era ella. La mujer que lo había despertado. Que le había hecho sufrir hasta olvidar sus juramentos.

Leyó el título: «La heredera, *lady* Aurora Arundel, embarazada. ¿Quién es el padre?».

Sebastian cerró los ojos. El recuerdo que estalló en su mente fue un ataque físico a sus sentidos. Su sangre ardió al instante. El recuerdo era visceral. Su olor, la suavidad de su cuerpo, la estrechez envolvente, arrancándole un fugaz éxtasis. Abrió los ojos y encontró de nuevo la foto. Esos enormes ojos… Y su sangre se heló.

Él era el padre. Ambos habían sido vírgenes. No habían usado protección.

También era posible que no fuera el padre. Habían pasado seis meses. Ella podría haber conocido a alguien… No quería, no podía pensar en eso. No examinaría cómo la idea de otras manos acariciándola lo enfurecía, le hacía querer romper cosas.

Ella no era suya, pero el bebé que llevaba dentro… Un recuerdo le atenazó el corazón con fuerza.

Cómo había acariciado suavemente la frente de Amelia, arropado su cuerpecito con la manta y, tras darle un beso de buenas noches, cerrado la puerta. Girando la llave para mantenerla a salvo.

Pero no la había mantenido a salvo. La muerte se la había llevado en su ausencia.

Y en ese momento tenía una decisión que tomar.

¿Estarían su hijo y ella mejor sin él?

¿No había aprendido nada? Hacer las cosas porque le apetecía tenía consecuencias. Había dejado a su hermana sola para escabullirse en la noche y pintar, y ella había muerto.

Y de nuevo su egoísmo había tenido un coste. Hacía seis meses había deseado una noche, un momento, con esa mujer. Y ella estaba embarazada y sola. Su bebé creciendo dentro de ella.

«Tal vez».

Tenía que asegurase. Y si ella estaba embarazada de él, no volvería a cometer el mismo error. No podía. Los protegería. Como no había protegido a Amelia.

–¿Esther? –graznó.

–¿Me has estado escuchando?

–La subasta. –El recuerdo tensó su cuerpo como había jurado que nunca volvería a hacer. Pero cumpliría su promesa. Solo una vez. No era por ella ni por él. Era por el bebé que llevaba dentro–. Eachus

House, hace seis meses –gruñó mientras salía corriendo de su estudio–. Quiero la dirección de la oferta ganadora. Ahora mismo.

Si él era el padre del bebé… No se detendría ante nada para asegurarse de que estuvieran a salvo.

Aurora acarició orgullosa las hojas verdes de la col, aún mojadas por el chaparrón de la mañana. Nunca había cultivado nada. Nunca le habían permitido hundir las manos en la tierra, dejar que una semilla germinara ni preparar la tierra para lograrlo. Pero ahí estaba el fruto de su trabajo.

–¿Los corto, señorita Aurora? –preguntó el jardinero–. La señora Arundel se pondría furiosa si dejara que se extendieran tanto –continuó con las tijeras preparadas.

Aurora se apoyó sobre la hierba húmeda y suave en la que estaba arrodillada y se levantó.

–Déjeme ayudarla. –El jardinero dejó caer las tijeras y se acercó a ella.

–Estoy bien, Dennis. –Ella sonrió. Por primera vez en mucho tiempo, estaba… bien. Más que bien.

Dennis le soltó el codo.

–Gracias. –Ella se acarició el vientre. Y juntos contemplaron la maleza salvaje–. Déjalos –decidió ella.

–¿Dejarlos?

–El acebo, las zarzas. Construye un enrejado. Los contendremos, pero los dejaremos crecer.

–Buena idea. –El hombre asintió y sonrió–. El alumno se convierte en maestro.

–¡Lo dudo! –Ella rio. Últimamente reía a menudo. Porque podía, le apetecía. Le gustaba hacerlo.

–Lo construiré –añadió él–. ¿Quiere ayuda para entrar en casa?

–Estoy embarazada, no inválida –lo reprendió ella con ligereza.

–Será bueno tener a alguien joven por aquí. –El hombre se volvió hacia la mansión.

–Desde luego. –Ella asintió. Arundel Manor. Una casa, nunca un hogar. Al menos, no lo era antes.

Aurora se acercó al muro de las frutas invasoras. Pellizcó una jugosa mora y la arrancó. Estaba casi negra. Madura. Sintió el impulso de metérsela en la boca, apretar los dientes y lamerse el jugo de los dedos. Pero primero debía lavarla.

Se recogió la falda y contempló el bulto que no podía, no quería, ocultar bajo la tela verde.

Al descubrir que estaba embarazada, supo que debía tomar las riendas de su vida, ser independiente. Y lo había hecho. La cocinera le enseñaba a preparar la comida, el jardinero a cultivarla.

Era algo primario, lo sabía, y lo aceptó. La necesidad de poseer las habilidades para darle a su bebé todo lo que ella no había tenido. Libertad para cavar un agujero en la tierra.

Arrancó otra mora y la dejó caer en su falda. Probablemente dejaría mancha, pero se había comprado muchos vestidos nuevos. Vestidos que su madre habría odiado, pero que ella adoraba.

«Él adoraba tu vestido». No debería pensar en él. Pero lo hacía. A menudo. Demasiado a menudo.

En momentos como ese, cuando el mundo se sentía tan bien, recordaba que no había cambiado por ella. No del todo. Sino por él. También lo recordaba, a altas horas de la noche, cuando sus dedos encontraban el camino entre sus muslos y deseaba la plenitud que había sentido con él.

Él era la razón por la que tenía ese regalo dentro de ella.

Un bebé. Un bebé concebido por su desesperación por tener más. Y ya tenía más.

Una leve vergüenza calentó sus mejillas, pero la ignoró. El porqué o el cómo ya no importaban. Estaba embarazada. Iba a ser madre. Pero no pudo ignorarla. No del todo.

Aquella noche, sus palabras, su desesperada necesidad de estar cerca de un extraño, eran embarazosas. Cuánto había insistido. Cómo la había rechazado él sin darle la oportunidad de recuperar el aliento, cuando aún lo sentía dentro de ella.

Aquella noche no había regresado a Eachus House. Había corrido descalza hasta el aparcamiento, encerrándose en el capullo de la limusina, con una chaqueta de hombre. Empapada y descalza.

Avergonzada, había tardado semanas en no estremecerse al recordarlo. En que su corazón sanara de un rechazo tan devastador. Pero se había curado. Y sus pies también.

Recogió más bayas. Suficientes para un pastel, o un *crumble*. Le pediría a la cocinera que la enseñara a prepararlo. Cocinar no era algo natural para Aurora, pero estaba mejorando.

Subió por el sendero hasta la casa, y entró por las puertas francesas del salón. Las cortinas blancas ondeaban. De pequeña, escondida detrás de esas mismas cortinas, fingía que eran un velo y que llevaba un vestido de novia. Pero ya no se imaginaba atada a otro. Solo se imaginaba responsable de sí misma. Estaba sola, y se conformaba con ello. Por su bebé. Por su nueva familia.

–Aurora.

Ella giró sobre sus talones al oír su nombre. La conmoción la envolvió.

Frente a la chimenea había un hombre vestido con vaqueros oscuros. Llevaba una camiseta negra de manga larga y unas gafas de sol colgadas del cuello de pico del que asomaba un rizo. Su pelo castaño caía sobre sus hombros, el grueso cuello, los ojos verdes y ámbar. Lo reconoció. Era él.

–Tú. –Aurora soltó un respingo y dejó caer las moras a sus pies.

–Yo –confirmó él.

–¿Cómo has entrado? –El corazón de Aurora martilleaba en los oídos con ritmo ensordecedor.

–La puerta estaba abierta –contestó él antes de caminar hacia ella con pasos largos y sigilosos.

Ella sintió el impulso de retroceder. De huir. Pero Aurora ya no huía.

Él se detuvo y la miró mientras ella hacía lo mismo. Su corazón seguía latiendo con fuerza y su respiración se aceleró al recordar un momento parecido entre ellos hacía tantos meses.

Pero no se permitiría recordar lo bien que se había sentido. Solo el dolor de su rechazo.

–¿Qué quieres? –Lo miró con los ojos entornados. Un destello de ira ardió en su pecho.

–El bebé, Aurora –gruñó–, ¿es mío?

Sabía su nombre. La realidad regresó en rápidos golpes de ansiedad. No debería estar allí. Eso no formaba parte de su plan. Iba a hacerlo sola. Ser madre. Ella no lo necesitaba.

–El bebé es solo mío.

–Respóndeme. –Sebastian se acercó más.

–¿Qué más te da que sea tuyo? –Ella puso ambas manos sobre su estómago, protectora.

–Porque, si lo es, deberías habérmelo dicho –masculló él–. Deberías haber encontrado la forma.

–Dejaste claro que no compartías tu vida con nadie –le recordó ella–. Ni siquiera con una amante que momentos antes temblaba por la fuerza de todo lo compartido. No querías compartir tu vida ni un momento más de lo necesario. No te importó que yo necesitara que me abrazaras. No te importa nada ni nadie, ¿recuerdas?

–Lo recuerdo –respondió él.

Ella también. Lo recordaba todo. La sensación de él. Lo bueno que había sido. Lo bien que podría haber terminado. Cómo la había despedido con la carne todavía ardiendo, jadeante.

Había tomado la decisión correcta por su bebé. Ni siquiera intentó buscarlo. Intentó olvidarlo.

–¿Por qué iba a decirte que estaba embarazada? –continuó ella, deseosa de oír su respuesta. Saber por qué creía él que estaba bien estar allí, preguntándole si era el padre de su hijo, cuando no le importaba–. ¿Por qué iba a pensar que te importaría? ¿Por qué un bebé iba a ser diferente?

–¿Así que es mi hijo? –Sus ojos buscaron los de ella.

–Sí. –Aurora no podía mentir.

–Mi bebé. –Sebastian bajó la mirada al abultado vientre y posó una mano sobre él.

El tono posesivo de su voz, su tacto, envolvió a Aurora. Su cuerpo reaccionó, inclinándose hacia él.

Pero ¿por qué iba a hacerlo? Volvería a apartarla. Dio un paso atrás y él apartó la mano.

–¿Tenías intención de buscarme alguna vez? –preguntó él en tono de acusación–. ¿Has intentado siquiera averiguar quién fue el hombre que te arrebató la virginidad y puso un bebé dentro de ti?

–No –admitió ella con firmeza–. No iba a decírtelo, aunque hubiera podido encontrarte –se sinceró.

–Pero ahora lo sé.

–Eso no cambia nada. –Aurora cerró los puños.

–Lo cambia todo, Aurora.

Ella tragó nerviosamente, tratando desesperadamente de humedecer la garganta cada vez que él pronunciaba su nombre, acariciándolo con la lengua, con delicadeza, con suavidad.

–Para mí no. –Ella sacudió la cabeza.

Apartó la mirada de la de él, incapaz de soportar tanta intensidad. Mirando hacia abajo, vio las moras aplastadas. Todas menos unas pocas. Y se agachó para recoger una superviviente.

–Están arruinadas –observó él, arrodillándose y agarrándole la muñeca.

El corazón de Aurora galopaba, pero se obligó a mirar su rostro… demasiado cerca del suyo.

–¿Como nosotros? –acusó ella–. Tú… aquella noche… lo arruinaste.

–Así es –admitió él, acariciando la delicada piel del interior de la muñeca de ella con el pulgar.

–¿Piensas en aquella noche? –Aurora tragó nerviosamente–. ¿Piensas en mí?

Necesitaba saberlo. Creía que no volvería a verlo nunca, pero allí estaba.

–Yo sí pienso en aquella noche –admitió ella, llenando el silencio–. Pienso en ti todo el tiempo, y…

–¿Y qué?

–Si pudieras cambiarlo –el calor inundó lugares que no debía–, cómo lo terminaste, ¿lo harías?

Algo brilló en los ojos de él. Y ella lo reconoció: necesidad, deseo.

Había imaginado todas las formas en que podría haber terminado su noche, y las había deseado todas. Ser tomada en sus brazos. Llevada a su cama… pero había acabado rechazada. Rota.

–No. –Él le apretó la muñeca, pellizcándola–. No lo cambiaría.

–¿Por qué no? –Ella se levantó sin demasiada elegancia, incapaz de disimular el dolor.

–En la vida no hay vuelta atrás –contestó Sebastian–. No he venido para repetirlo, sino por el bebé.

Aurora se sonrojó violentamente. ¿Por qué deseaba a un hombre que obviamente no la quería?

¿Eran las hormonas del embarazo? ¿Feromonas? ¿O algo más básico? ¿Algo más primario que inundaba su cuerpo con la necesidad de estar cerca de él porque el bebé era suyo?

–El niño –siseó– está creciendo dentro de mí. Somos un maldito lote.

–Entonces tú y el bebé vendréis conmigo. –Los ojos de él se encendieron–. Ahora mismo.

–No –se negó ella. No lo haremos.

–No es una opción.

–¿Quién te crees que eres? –espetó Aurora–. ¿Vienes aquí con exigencias? –Lo miró fijamente–. Ni siquiera sabía tu nombre, aunque ahora sí lo sé –continuó ella–. Eres Sebastian Shard.

–¿Saber quién soy cambia algo? –Sebastian entornó la mirada–. ¿Porque soy rico y famoso?

–Soy rica –afirmó Aurora–. Probablemente no tanto como tú, pero… claro que eso lo cambia todo.

–¿Por qué? No cambia los hechos. Te vienes conmigo –insistió él, con voz grave.

–Eres Sebastian Shard. Regalas tu arte, donas obras millonarias a causas que ayudarán a miles.

–Conocer hechos públicos sobre mí –gruñó él– no significa nada.

–Claro que sí. –Aurora asintió–. Eres el ídolo de los desvalidos. Un vagabundo convertido en multimillonario. Un artista. Un… ermitaño que se escondía del mundo. Y, sin embargo, en el aniversario de una muerte que seguía doliendo veinticinco años después, había buscado compañía, y la había encontrado.

Ella le había hecho desear y necesitar cosas que se había negado a sí mismo durante toda una vida.

Aurora recordó la tensión en su cuerpo. Tanto que había pensado que estar con ella le causaba dolor físico. La intensidad de su conexión lo había abrumado. Tanto que se había alejado de ella y se había encerrado en sí mismo. De vuelta a su vida solitaria.

¿Qué significaba que estuviera allí cuando podría haber permanecido lejos? Aurora nunca habría sabido quién era el padre de su bebé. ¿Merecía una oportunidad de demostrar que podía ser el padre que su bebé necesitaba? ¿Podía negárselo?

–Nos vamos. –Él la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí.

Sebastian era poco convencional. Su llegada, sus exigencias. Pero a una parte de ella le gustaba.

¿No se había jurado a sí misma, después de Nueva York, hacer solo lo que quisiera?

Y quería ir con él. En parte se alegraba de que él quisiera formar parte de la vida de su hijo.

–Iré contigo –decidió. Sabría si su determinación de formar parte de la vida de su hijo era sincera.

–Nunca fue una elección, Aurora. –Sebastian la tomó en brazos y salió con ella por la puerta.

Quizá tuviera razón, quizá ninguno de los dos tuviera elección en todo eso.

Quizá el destino ya había elegido por ellos.

Capítulo 5

Mientras el helicóptero volaba sobre los árboles, Sebastian encontró la luz que había perdido desde hacía meses. Estaba en sus ojos. «Aurora», tarareó su cerebro.

El piloto persiguió el sol de la tarde sobre las montañas, y Sebastian lo vio brillar en los ojos de ella. Ya no había sombras en las profundidades marrones. Y su luz fluía a través de él en oleadas.

Sus manos ansiaban plasmar los contornos de su rostro en arcilla. Esculpir cada línea y crear una versión de ella que pudiera conservar, tocar cuando le apeteciera. Porque a ella no la tocaría.

Controlaría ese impulso nuevo e indeseado que lo había inundado cuando la había visto entrar en el salón. Redondeada. Vibrante con la semilla que él había plantado dentro de ella.

Sebastian no había planeado llevársela lejos de su mundo. Pero saber que Aurora no había superado su aventura, que pensaba en ello, en él… En el momento en que ella le había preguntado si habría cambiado el final de su noche de haber podido, él había sabido que se la llevaría.

Era demasiado ingenua, vulnerable, romántica para estar sola sin él en ese mundo feo y cruel.

Era su deber. Eso era todo lo que podía dar. Todo lo que daría para mantenerlos a salvo.

Su casa apareció a la vista.

–Sebastian. –Con los ojos muy abiertos, ella se apartó de la ventana y lo miró–. Es un castillo.

Él asintió.

–Es precioso –añadió Aurora.

Ella también. Sentada regiamente, haciendo honor al título heredado. *Lady* Aurora Arundel.

Su piel morena brillaba bajo el holgado vestido verde. Calzaba unos zapatos color canela que él ansiaba quitarle. Quería inspeccionar esos pies que habían corrido descalzos en la oscuridad.

–Así es –admitió. Cada músculo de su cuerpo le urgía a acercarse a ella y besarla. «Contrólate».

Sebastian se puso las gafas de sol que colgaban de su camiseta.

Ella se volvió hacia el paisaje, asimilándolo todo. Los muros de artillería. Las altas torretas. Los premonitorios muros de piedra negra.

El helicóptero se posó en la pista de aterrizaje situada frente a las murallas del castillo.

Sebastian se desabrochó el cinturón de seguridad y se levantó para desabrochar el de Aurora. Pero ella se le adelantó. Y el movimiento hizo que un torrente de su calor, de su olor, lo inundara.

–¿Listo? –Ella sonrió.

–Sí. –Él no le devolvió la sonrisa. Estaba listo para cumplir con su deber.

El piloto abrió la puerta y, sin dudarlo, Aurora aceptó la mano tendida y dejó a Sebastian atrás. Avanzó hacia la entrada. Al llegar se detuvo, se protegió los ojos del sol y arqueó el cuello hacia arriba, su vientre redondeado adelantándose. Él quiso abalanzarse sobre ella, sentir de nuevo a su bebé dentro de ella. Pero se obligó a ir despacio. No se precipitaría. Le tendió sus gafas de sol.

–¿Por qué? –Ella se volvió hacia él con el ceño fruncido.

–Para protegerte los ojos del sol –contestó él.

Ella se las puso, y Sebastian agradeció que amortiguaran la fuerza de su mirada.

–¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

–Desde… –él no esperaba su curiosidad, no sabía qué responder–, después.

Resistió el impulso de agarrarla. Llevarla a donde no había invitado nunca a nadie. Ni a Esther. Solo él. Sentía un cosquilleo en la piel ante la idea de estar a solas con ella. Pero no flaqueó.

–¿Después de vivir en la calle? –preguntó ella.

–Sí –respondió él.

–¿Y elegiste un castillo en las Highland escocesas? ¿Lejos de cualquier ciudad? ¿De la gente?

No le gustaba la gente. La noche en que se habían conocido, Esther lo había organizado todo para que permaneciera anónimo entre la multitud. Para que no le hicieran preguntas. No le gustaban las preguntas. Y, sin embargo, Aurora había preguntado más que nadie.

Le resultaba demasiado íntimo explicarle por qué había elegido un lugar decrépito, con goteras. No quería explicarle que había esperado que reconstruir ese lugar, piedra a piedra, arreglaría algo en él.

Y le había devuelto su antiguo esplendor. Mucho más. Pero a él no lo había arreglado.

–¿Cuántos empleados tienes? –preguntó Aurora, observando las piedras grises recubiertas de musgo.

–Ninguno.

–¿Ninguno? Pero si es enorme.

–Las despensas se abastecen cada mes –contestó él–. No necesito más.

–No es mucho –observó ella.

–Tengo pocas necesidades –le recordó él–. Solo tomo lo necesario para sobrevivir. Para crear mi arte.

–¿Por qué vives así?

–Porque quiero. –Su riqueza le permitía lujos, pero solo utilizaba lo que necesitaba. Empleaba al personal que necesitaba–. Pero eso cambiará ahora que estás aquí –le aseguró. Lo cambiaría por ella. Por el bebé–. Contrataré a un equipo para atender todas tus necesidades físicas y las del bebé.

«¿Y sus otras necesidades? ¿Sus deseos?». Él no satisfaría esas necesidades.

–¿Un equipo?

–Un chef, un cocinero… lo que quieras, *lady* Aurora Arundel. –Su nombre le calentó la sangre.

–Es un título heredado. Ya no tiene significado.

–Lo significa todo –la corrigió él–. Un nombre de nobleza. Una historia de riqueza y privilegio.

–Mira quién habla. –Ella rio–. Con o sin empleados, vives en un castillo.

–No siempre fue así –le recordó él. No sabía por qué era importante que ella supiera que él no era uno de ellos. Los ricos. La élite. Los privilegiados. Los ignorantes.

–Lo sé. –Aurora se mordisqueó el labio inferior–. Lo siento. Debe haber sido muy duro ahí fuera.

–He conocido cosas más duras.

–¿Cuando tu familia murió?

Él se puso rígido.

–La prensa nunca habla del antes. –Aurora se quitó las gafas de sol y lo miró a la cara.

–¿El antes? –gruñó Sebastian. Nadie lo sabía. Nadie, excepto Esther, lo sabría nunca.

–Antes de vivir en la calle –aclaró ella.

–La prensa no tiene nada de qué hablar –la rechazó él tajante–. Nada que saber sobre… antes.

–A mí me gustaría saberlo.

–No hay nada más –repitió él–. Soy Sebastian Shard. Artista callejero. Vagabundo convertido en multimillonario. –Utilizó las mismas palabras que ella había pronunciado para resumir quién era.

–¿Y quién eres debajo de los titulares? –preguntó Aurora en voz baja.

–Soy el padre de tu bebé. Es lo único que importa ahora –aseguró él, zanjando el asunto porque no quería sus preguntas. Esa parte de su vida era su historia. Su carga. Y nadie la conocería.

–¿Quieres saber si es niño o niña? –Los ojos marrones buscaron intensamente los de él.

–¿Lo sabes? –La mirada de Sebastian se posó en el abultado vientre.

–Sí. –Ella acarició con ternura ese vientre.

El recuerdo de un puño regordete acercándose a su mejilla, tocándolo con amor, lo golpeó de lleno en las costillas. Un recuerdo de amor incondicional. Sin cuestionar. Sin excepción.

«Y la dejaste morir». A Sebastian se le cerró la garganta. Sacudió la cabeza. El sexo no importaba.

–¿Está sano? –preguntó.

–Es perfecto. –Ella sonrió con fuerza.

–Es todo lo que necesito saber.

Aurora apretó los labios, volvió a ponerse las gafas y cruzó la entrada sin él. Siguió por el camino de tierra, que se convirtió en piedra. No se detuvo. Atravesó el patio hasta detenerse en la entrada.

–¿Por aquí? –Ella tocó los tiradores de hierro negro de las pesadas puertas de madera.

–Sí –respondió él.

Aurora empujó la puerta y entró. Se quitó las gafas y, con las manos en la cintura, se volvió hacia él.

El corazón de Sebastian latía con fuerza. Allí estaba ella, en su santuario. No parecía asustada, pero él sí lo estaba. Asustado de su proximidad, y de la determinación de su cuerpo a acercarse.

–¿Y ahora qué? –preguntó Aurora.

Sebastian cerró la puerta y giró la llave. Sabía lo que debían hacer. La había llevado a su casa para mantenerla a salvo, protegerla de los monstruos de ahí fuera. Y solo había un modo de hacerlo.

–Te quedarás aquí, conmigo. –Se volvió hacia ella–. Para siempre.

Le daría a Aurora y al bebé lo que su madre y su hermana no habían conocido. Su compromiso de protegerla.

–¿Para siempre? –Un escalofrío recorrió la espalda de Aurora–. ¿Qué significa eso?

–¿Qué no entiendes? –Él se acercó. La intensidad de su mirada la clavó en el sitio–. Para siempre es para siempre. Te quedarás para siempre. Te protegeré, a ti y al bebé que llevas dentro.

El cuerpo de Aurora respondió a la innegable verdad de que en su interior crecía una parte de él.

Miró la puerta cerrada, la llave aún en la cerradura. Solo tenía que girarla, abrirla y marcharse. Pero él quería mantenerla allí dentro. Para siempre. Y el compromiso de sus palabras, la seguridad de que ella no se negaría, de que se quedaría, encendió en su interior un anhelo por hacer precisamente eso.

–¿Voy a ser tu prisionera? –Ella levantó la mirada hacia la suya con el corazón acelerado.

Su cuerpo vibraba con la imagen que su mente dibujaba. La de permanecer junto a un hombre que le hacía sentir cosas que no debía. Pero ¿por qué no debía? Era el padre de su hijo.

–Vas a ser la madre de mi hijo –replicó él–. No eres una prisionera.

–Entonces, ¿qué pretendes hacer conmigo? –Ella se ruborizó.

–Cumpliré con mi deber, contigo y con el niño. –El pulso latió frenéticamente en su mejilla.

–¿Tu deber? –Aurora frunció el ceño.

–Os proporcionaré cobijo. Comida. Mantendré el fuego encendido. Os mantendré calientes, y al frío mundo lo mantendré fuera. Os mantendré, a ti y al bebé, a salvo, cueste lo que cueste.

–Nunca he estado en peligro.

–En Nueva York, fuiste imprudente.

–Tú también –replicó ella–. Pero esa noche fue diferente. Fue… la noche que lo cambió todo.

El calor de él. La dureza. Su plenitud dentro de ella. Pero también recordó la suavidad de la mano de él reclamando su muñeca. Recordó el roce de su palma abierta en su espalda cuando se sentó a horcajadas sobre él. El calor de su chaqueta sobre los hombros.

–Te cambió la vida –terminó él.

–Sí. –El calor se acumuló en el abdomen de Aurora–. Pero nunca he sentido frío, Sebastian. Siempre he tenido comida. Refugio. Seguridad. Puedo darle todo eso al bebé. Yo sola. Así que esas cosas que me ofreces… –Se encogió de hombros–. No significan nada para mí.

–Y, sin embargo, para mí esas cosas lo significan todo –gruñó él.

La imagen de Michael, solo bajo un cielo invernal, hambriento, frío y solo, golpeó a Aurora.

–¿Fue muy duro? –preguntó ella–. ¿Cómo sobreviviste? Solo. Sin comida, refugio, calor.

–El cómo no importa. –Los ojos de Sebastian se llenaron de sombras oscuras–. Estoy aquí. Sobreviví. Pero nunca permitiré que las dificultades de la vida –respiró hondo– dañen a un hijo mío.

–Yo tampoco permitiré que esas cosas dañen a mi hijo.

–¿Cómo puedes proteger a un niño de peligros que nunca entenderás porque no los has sufrido?

–No necesito experimentar un incendio para entender que está caliente. No necesito golpearme contra una esquina para entender que debe estar a prueba de bebés.

–Criar a un bebé es mucho más que redondear los bordes.

–Sé lo importante.

–Y ¿qué crees que es importante, Aurora?

–Nunca permitir que se sienta indeseado –respondió ella–. Ni pedirle que sea otra cosa de lo que es. Nunca lo echaré porque me moleste o decepcione. No lo despreciaré si se equivoca.

–Todas estas cosas tienen que ver con sentimientos. Los sentimientos no protegerán a nuestro bebé.

–He estado protegida toda mi vida. –Aurora lo resumió–. Alimentada. Vestida. Pero con eso no basta.

A Sebastian se le hinchó el pecho, y ella quiso tocarlo. La fuerza apenas contenida bajo la fina tela se amoldaba a cada músculo contorneado de su pecho.

–Pero eso es lo único que necesita el bebé.

–No lo es –susurró ella–. Siempre he tenido las necesidades cubiertas. Pero siempre necesité más.

–¿Y qué es ese más?

–No lo sé –admitió Aurora–. Pero no es un deber desapasionado.

–El amor –Sebastian le sostuvo la mirada durante demasiado tiempo– no protegerá al bebé.

–No he mencionado el amor.

–Lo insinuaste. Yo nunca te amaré –sentenció él, como una amenaza a su propia existencia.

–No te pedí que me amaras –aseguró ella.

Toda su vida había pedido, suplicado, amor. ¿Y adónde la había llevado? A jugar un papel en una familia donde solo decía las palabras correctas. Palabras que ellos querían oír. Nunca más diría palabras que no pensara, sintiera, creyera. Nunca más suplicaría por amor. Nunca más.

–Bien –respondió él–. El amor no es un precursor para hacer lo necesario. El deber desapasionado es lo único en lo que podemos confiar.

Tal vez tuviera razón. Ella había amado a Michael y no había bastado para mantenerlo a salvo. Su necesidad de ser amada por sus padres la había cegado ante el deber que tenía para con su hermano.

–Tu habitación está al final del pasillo –le informó Sebastian. La conversación había terminado.

Ella también necesitaba un minuto para pensar, aclimatarse a su nuevo entorno, a su nueva vida.

–La chef llegará a las cuatro, junto con tus pertenencias de la mansión Arundel.

–¿Cómo lo has hecho? –Aurora frunció el ceño.

–Soy Sebastian Shard. –Él se encogió de hombros, respondiendo sin ego.

Pero ¿quién era Sebastian Shard? ¿No tenía ella el deber de averiguarlo? Lo había visto en Nueva York, ¿verdad? Era un hombre empático. Apasionado. Un hombre de palabra.

–Se reunirá contigo para conocer tus necesidades dietéticas. También tendrás a tu disposición una doncella y un ama de llaves. Explora el terreno –añadió él–. Haz una lista de cualquier cambio que requieras o cosa que necesites, y yo te lo proporcionaré. Contrataré a todo el personal que necesites.

Aurora se ruborizó. Él estaba dispuesto a cambiarlo todo, su forma de vivir, por ella y su bebé. Una lección de humildad.

La vida de Sebastian había sido dura. Había vivido en el límite de la sociedad. Solo sabía sobrevivir. Había construido muros tan altos a su alrededor que eran infinitos. Pero la vida era algo más que sobrevivir. Ella había vivido segura entre muros demasiado altos y,

aun así, había estado sola y protegida de la vida que deseaba vivir. Sin compromisos. Pero Sebastián también había estado solo.

Aurora lo vio alejarse sin mirar atrás. Y la verdad la golpeó.

Lo había acompañado porque no quería estar sola. Y él la había encerrado allí por lo mismo.

Capítulo 6

Los muros del castillo vibraban con ruidos que Sebastian había olvidado. El parloteo y los susurros del nuevo personal, el arrastre de cajas sin abrir, de pisadas que entraban y salían de habitaciones.

Y el olor de ella en cada rincón. En todas las habitaciones que habían permanecido cerradas.

Durante siete días, la había visto invadir su casa y llenarla de… vida. Era demasiado brillante. Demasiado ruidosa. Demasiado interesante. Sus pies lo llevaron más cerca del ruido. De ella.

No ordenó a sus pies que se detuvieran, que dieran media vuelta, que siguieran observándola desde la distancia. Sentía una compulsión de verla, porque durante dos días ella se había encerrado en una habitación, lejos del dormitorio asignado. Quería saber por qué se había encerrado allí.

Se acercó a la puerta y se detuvo. El ruido del interior era demasiado suave para oírlo.

Al agarrar el picaporte, lo asaltó otro recuerdo. Él, más joven, abriendo una puerta para encontrar a su madre. Sintió una opresión en el pecho al recordar qué había encontrado.

No había vuelto a buscar a su madre. Se había quedado en el sótano con los demás.

Se tragó el recuerdo del sabor, demasiado real, caliente y amargo. Cerró los sentidos al pasado que se infiltraba en su presente con los

sonidos lascivos que sus pequeños oídos nunca deberían haber oído. De imágenes que nunca debería haber visto.

El picaporte se le escapó de las manos y la puerta se abrió. Y ella le robó el aire de los pulmones.

–Sebastian. –Su sonrisa era demasiado amplia, demasiado inocente, para saludar a un hombre que la había llevado a su castillo y abandonado a su suerte. Y, sin embargo, ella había decidido quedarse.

Había encontrado el camino sin él. Reclamado su lugar lejos de él. Y se sentía como en casa.

«¿La habrías dejado marchar si te lo hubiera pedido?».

No.

Su mirada se elevó desde la boca sonriente hasta sus ojos, brillantes y fijos en los suyos.

Había hecho bien en llevársela. Era demasiado pequeña, delicada, inocente, con sus grandes ojos y cálida sonrisa. No sobreviviría sin él. Era demasiado sentimental. Estaba demasiado centrada en cosas sin importancia. Sentimientos. Alguien se aprovecharía de su riqueza, su dulzura.

–Aurora –saludó él, y la sonrisa de ella se ensanchó. Aún más brillante que antes.

Sebastian no sonrió. Frunció el ceño. ¿Recordaba cómo sonreír? ¿Quería recordar?

–¿Qué haces ahí dentro? –preguntó con excesiva dureza.

Ella abrió la puerta del todo. El vestido azul le llegaba a los tobillos, mostrando sus pies descalzos.

–Ven a verlo –lo invitó. Una invitación demasiado cálida, demasiado tentadora. Nunca una puerta se le había abierto tan rápidamente. Nunca nadie se había mostrado tan ansioso por invitarlo a entrar.

Sebastian dudó. Pero ¿no estaba allí por eso? ¿Para ver qué hacía?

Aurora se situó en el centro de la habitación. Él no recordaba haber puesto nunca un pie ahí dentro. Y su cuerpo lo urgió a acelerar el paso.

–¿Qué te parece? –Ella extendió los brazos.

Sebastian sabía que debía mirar la habitación que ella señalaba. Pero sus ojos se clavaron en ella, que se llevó las manos a la cintura, acunando el bulto.

–¿Y bien?

–Es amarillo –contestó, porque lo era. Pero no solo amarillo. Las paredes eran del tono de los rayos del sol. Y otros tonos, amarillos y naranjas, más intensos salpicados de rosa.

–Género neutro. –Aurora asintió, los cabellos negros de seda sueltos sobre los hombros.

Sebastian contempló los muebles blancos apoyados contra las paredes, algunos con estantes, otro con una esponjosa colchoneta encima, que reconoció como un cambiador. Todo era cálido, nuevo.

Observó otro mueble con una pequeña bañera extraíble encima. Y en un rincón había una alfombra con formas de colores, una cesta de peluches. Habría un bebé. Iba a ser padre. Pero…

Tragó nerviosamente, tratando de aflojar algo que le oprimía la tráquea. No sirvió de nada.

Ella le dio la espalda y se acercó a las ventanas buscando algo.

–Es tan pequeño. –Se volvió hacia él con las manos extendidas, sujetando una pequeña prenda.

Sebastian no podía respirar. Retrocedió, pero, a cada paso que daba, ella lo seguía.

–¿Estás bien? –La sonrisa de Aurora se borró.

Él no estaba bien, pero asintió, y ella asintió en respuesta.

–Ya están todos lavados. –Se acercó a la nariz el pelele blanco y cerró los ojos–. Huele tan bien.

El corazón de Sebastian martilleó. El olor de la cabeza de un recién nacido, demasiado visceral en su nariz. Un olor indefinible, propio de seres inocentes. Como Amelia. Recordaba haber apretado la boca contra su frente arrugada mientras la abrazaba para susurrarle: «Feliz cumpleaños».

–¿Quieres ayudarme a doblarlos? –preguntó Aurora.

–¿Ayudarte? –Él se atragantó.

No le habían pedido ayuda cuando su madre estaba embarazada de Amelia. La vida había continuado como siempre. No habían comprado peleles nuevos. No se prepararon bañeras pequeñas para

la llegada de Amelia, cuando el lavabo servía igual de bien. Él debería saberlo. La había bañado muchas veces después de que su madre pusiera a Amelia en sus brazos sin importarle si podía sostenerla con seguridad. A su madre solo le importaba que la mantuviera lejos de su vista.

–Dicen que nunca hay demasiadas mudas –continuó ella, aunque él seguía perdido en los recuerdos–. Tengo mucho que doblar –Aurora volvió a sonreír–, en estos cajones. –Enarcó sus cejas en una petición de ayuda.

Sebastian miró el *body* abierto en sus manos. Las pequeñas manos en forma de manopla…

El bebé estaba en camino, y su respiración se entrecortaba al comprender que no estaba preparado para recibirlo. Sus ojos se alzaron hacia la atenta mirada de Aurora.

–¿Por qué no le pediste a alguien que hiciera esto por ti?

–Hay muchas cosas que he pedido a otros que hagan –contestó ella–. Yo no decoré la habitación, ni la de casa. Elegí los colores, los muebles y la ropa. Y pagué a otros para colocarlo todo en su sitio.

–¿Y por qué eliges hacer esta tarea tú misma? –preguntó él–. Es insignificante.

–Me parece importante –contestó.

Fue una explosión en su mente, darse cuenta de que ella quería doblar esa ropita. No había encargado a nadie que lo hiciera por ella. No abusaba de su riqueza, de sus privilegios.

Y tampoco le importaba la riqueza de él, ¿verdad? Ni su nombre ni su fama. Solo quería doblar ropita para el bebé, y quería que él la ayudara a hacerlo.

Sebastian necesitaba irse, salir de ahí. Pero ella deseaba que se quedara…

Sentía los pies de plomo, pero obligó a su cuerpo a acercarse a ella. A la mujer que lo esperaba, sosteniendo el pequeño pelele.

Su corazón enfureció. Le ordenó que se diera la vuelta y huyera de la realidad de ella. De la realidad del bebé que llevaba dentro y que pronto estaría allí.

«Pero ¿qué puede pasar?», se preguntó. «¿Por qué no echarle una mano? ¿Por qué no ayudarla? También intentaste ayudarla hace seis

meses».

No volvería a ayudarla de esa manera, se dijo, pero su cuerpo lo llamó mentiroso. Quería hacerlo. Quería tomar los mechones de pelo que besaban su mejilla izquierda y recogerlos detrás de la oreja. Quería sujetar su cara, acunarla y atraerla hacia él.

Volver a saborearla sería un alivio para la opresión en el pecho. Perderse en su calor.

Qué fácil sería ignorar la agonía del pasado y tomar su boca. Introducir la lengua entre sus labios hasta que ella gimiera como había hecho en los jardines de Eachus House.

Sebastian se puso rígido. ¿Lo había olvidado? Esos impulsos no les protegerían.

No volvería a perderse. No se permitiría… sentir.

–Te ayudaré –asintió mientras tomaba el pelele, en vez de tomarla a ella.

–Gracias.

Era suave como el terciopelo. Nada que ver con los que Amelia había heredado, demasiado lavados, finos y desgastados. La agonía lo asaltó.

Pero no examinaría su dolor delante de ella. Se negaba a sentirlo. No sentiría nada.

Durante un milisegundo, antes de que bajara las persianas, Aurora lo vio escrito en su cara.

Miedo.

Y lo comprendió. Se volvió hacia las ventanas que daban a los bosques y valles verdes y otoñales de las tierras altas. Y contemplando las vistas, se dispuso a doblar.

–Así. –Le mostró ella con un pelele del montón. Primero dobló los brazos y luego las piernas, antes de juntar las dos mitades, mientras él observaba con atención cada movimiento de sus dedos–. Te toca –lo animó, y se quedó sin aliento mientras él extendía el pelele a su lado y copiaba lo que ella había hecho. Pero lo hizo más rápido, con la precisión de unas manos expertas. Como de memoria…

Aurora frunció el ceño. Quizá estaba equivocada…

Sus ojos se detuvieron en la tensión de los hombros y el grueso cuello.

No. No se había equivocado.

El silencio era denso. El aire estaba cargado de cercanía, vulnerabilidad.

–La primera vez que los vi, me asusté –susurró ella.

–¿Ver qué?

–Lo pequeños que son.

–¿La ropa del bebé?

–Esta ropita es tan pequeña. Tan delicada.

Sebastian se detuvo. Solo una pausa, pero ella lo vio. Y sus manos ansiaban alcanzar las de él.

–Hay bebés de todos los tamaños –observó él con desdén–. ¿Por qué te asusta un pedazo de algodón?

–Nunca he tenido un bebé en brazos.

Él no respondió.

–Suena estúpido, pero cuando me enteré de que estaba embarazada… –Aurora exhaló pesadamente–. Estaba en una burbuja. La vida que crecía en mi interior me parecía tan permanente.

–El bebé será permanente. –Él colocó un traje de rayas azules y blancas sobre el montoncito.

–No. –Ella se mordió el labio–. Es difícil de explicar. En cuanto sostuve ese trajecito sobre mi estómago, tratando de imaginar… que sería un bebé real con necesidades, Sebastian. Y…

No estaba segura de querer admitir que había deseado tener a alguien a su lado cuando la realidad del embarazo la golpeó. No quería estar sola, y él tampoco tenía por qué estarlo.

–¿Y? –la animó él con suavidad.

–Me asusté al darme cuenta de que el bebé vendría y yo no tenía experiencia con algo tan pequeño, tan precioso. Entonces recordé que no necesitaba esa experiencia. Yo fui una niña infeliz. Y…

–¿Harás las cosas de otra manera?

–No puedo hacer más. –Aurora señaló la habitación que había preparado para su bebé–. Mi hermano y yo teníamos una habitación como esta. Era una habitación fría, llena de miradas de

desaprobación. Esta habitación nunca será como la que compartí con Michael, con niñeras que nos mantenían limpios, alimentados y callados. –Aurora tragó saliva con fuerza–. Mis padres no habrían sabido por dónde empezar si hubieran tenido que cambiarnos de ropa o bañarnos. En su mundo no existíamos. Apenas nos veían, y más valía que no nos oyeran. Pero yo sabré dónde está todo, porque yo misma lo habré puesto ahí. Sabré con qué juguete le gusta jugar en la bañera. Cuál es su mantita preferida.

El pulso latió en la mejilla de Sebastian.

–Quiero decir –ella era consciente de que no se explicaba bien– que no pasa nada por tener miedo.

–¿Por qué crees que tengo miedo? –preguntó él.

–Porque lo vi en tus ojos.

–No somos iguales. No hemos vivido lo mismo. No sentimos el mismo miedo.

–Pero ¿tú lo sientes? –preguntó ella.

Él no respondió.

–Podríamos montar la cuna juntos. Nos ayudará. Cuantas más cosas prepare para el bebé, más segura me sentiré –explicó Aurora–. Tengo edredones de pato, sábanas de pato. Muchos patos.

–¿Dónde está la cuna? –preguntó Sebastian.

–Llegará pronto. –Ella señaló el espacio vacío reservado para la cuna–. Irá allí.

–¿Quieres decir que el bebé va a dormir aquí? –La mirada de él se oscureció–. ¿Lejos de ti?

–Al principio no, pero…

–El bebé debe estar siempre contigo. Tu trabajo es vigilarlo. Asegurarte de que duerme boca arriba y no de lado. No encerrarlo en otra habitación y olvidarte de él. –Sebastian giró sobre sus talones.

–¿Sebastian? –llamó ella, confundida.

–Juega con tus patos, Aurora –le dijo por encima del hombro.

Aurora no volvería a la vieja costumbre de hacer lo que los demás pensaban que debía hacer. A ser vista, pero no oída. No necesitaba la aprobación de nadie para decidir cómo vivir su vida. Pero…

–¿Por qué te molesta tanto que ponga aquí una cuna? Es una habitación infantil.

–No estoy molesto.

–Entonces, ¿por qué te marchas?

Él se detuvo en la puerta, pero no contestó. Aurora no entendía a ese hombre.

–Ya no quiero estar sola –le confesó.

Sebastian vaciló.

–Me secuestraste –continuó ella–. Me apartaste de la vida que me preparaba para vivir con el bebé y me llevaste a tu mundo. –Se acercó a él, invadiendo su espacio–. Y sigo sola. Aunque estés aquí.

Comprendía que al principio él necesitaría tiempo, como ella, para aclimatarse. Para asentarse. Ella se había asentado. Había abierto todas las puertas, mirado en todas las habitaciones, quitado las sábanas que cubrían unos muebles tan bonitos que le maravilló que hubieran estado ocultos.

–No debería estar sola, Sebastian –insistió ella, porque sabía lo que quería. Ese «más».

Quería un compañero que estuviera a su lado en las pequeñas tareas, y en las grandes, que estaban por llegar. Y ella también quería estar a su lado. ¿Por qué no aprovechar el tiempo que tenían antes de la llegada del bebé para cultivar algo que ambos necesitaban tan obviamente?

Amistad.

–Con el tiempo, nunca volverás a estar sola. –Sebastian se volvió hacia ella y miró su vientre.

–Pero yo quiero tu tiempo, Sebastian.

Él la miró a los ojos.

El calor se acumuló en el abdomen de Aurora. Podrían ser algo más que amigos.

Podrían ser amantes. Ella lo deseaba. Sus manos en su cuerpo. Su plenitud dentro de ella.

–¿Cenas conmigo? –insistió ella.

La mandíbula de Sebastian era una línea de piedra, y el silencio duró demasiado.

–A las ocho –contestó bruscamente mientras asentía.

Salió por la puerta sin mirar atrás. Estaba tan roto como ella. Ambos habían perdido demasiado.

Aurora se abrazó a sí misma, pero aun así temblaba.

Si al menos pudieran ser solo amigos… ella se iría.

Capítulo 7

Sebastian no regresó al cuarto infantil.

La confesión de soledad de Aurora había sido demasiado cruda para ignorarla o desestimarla.

Se había sentido solo en los primeros años de su soledad autoimpuesta. Y ya estaba acostumbrado. Pero ella no. ¿Y no tenía el deber de proporcionarle algún tipo de compañía? Asegurarse de que no se sintiera sola. Al menos hasta la llegada del bebé.

Así, todas las noches desde esa tarde, la esperaba en una habitación que nunca antes había usado. La mesa nunca se había preparado. Las sillas con asientos acolchados de terciopelo color vino nunca se habían usado. Pero las velas estaban encendidas y parpadeaban en el centro de la mesa.

El reloj dio ocho campanadas, y la puerta se abrió.

Esa noche llevaba oro. En la piel. En el pelo. En sus orejas, en aros colgantes. La tela del vestido se tensaba sobre sus pechos. Sebastian ansiaban tocarla. Recorrer el contorno de su cuerpo hasta la cintura, donde la tela se ensanchaba, acariciando suavemente su redondez.

Él nunca se había vestido para cenar, normalmente comía en su estudio, pero ella sí, convirtiéndolo en un espectáculo de colores y diamantes que brillaban a la luz de las velas. Y le había pedido que se uniera al espectáculo. Que sus cenas fueran un acontecimiento, algo que esperar con impaciencia.

Así, había encargado un vestuario solo para ella. Y cada noche pensaba en ella mientras se vestía.

Se retorció en su asiento. Ignoró el calor a su espalda. La chimenea de hierro estaba encendida, añadiendo un calor que no necesitaba. No la quería encendida. Pero cada noche, ella añadía algo, cambiaba algo… Incluyéndolo a él.

–Aurora –la saludó, con una voz ronca que no reconoció.

–Sebastián –saludó ella.

Él inclinó la cabeza, pero no se levantó. Esperó y observó. Cada noche, el ritual era el mismo.

Aurora recogió su plato y los cubiertos del extremo opuesto de la mesa y lo colocó junto a él.

–Así está mejor –afirmó ella con una sonrisa que no vaciló mientras le sostenía la mirada.

Cada noche, ella ordenaba que los sentaran juntos. Y cada noche él ordenaba al personal que volvieran a cambiarlo, solo para que ella misma moviera el cubierto.

Sebastian se levantó, apartó la silla y se colocó a su lado.

–¿Lo está? –preguntó mientras sujetaba la silla que ella no debía ocupar y la observaba ocuparla.

–Está perfecto –contestó ella.

–El dorado es el color perfecto para ti –sentenció él–. Estás preciosa. –Sebastian tomó asiento.

–Me gusta esto. –Ella levantó la mano y acarició el ante de su esmoquin marrón.

Él le agarró la muñeca y retiró delicadamente los dedos de su cuerpo.

Con qué facilidad lo tocaba. Como si fuera algo normal. Pero para él no lo era. Su tacto era cualquier cosa menos casual. Su cuerpo se tensó bajo los dedos de manicura perfecta.

–Gracias –murmuró, soltándole la muñeca y posando las manos sobre los muslos bajo la mesa.

–Hoy ha llegado la cuna –anunció Aurora–. ¿Te gustaría verla?

La sangre dejó de fluir a sus órganos vitales. Sebastian no había visto una cuna desde la fatídica noche en que acostó a Amelia, la arropó con la manta, besó su frente y salió de casa por última vez.

–No.

Los ojos de ella suplicaban continuar la conversación que habían dejado en suspenso la semana anterior. Pero él la había enterrado profundamente y no quería desenterrarla. Su reacción a que ella colocara una cuna en la habitación que estaba preparando para su hijo había sido injusta.

En algún momento tendría que ver dónde dormiría su bebé. Pero en ese momento era demasiado.

Parpadeó, rompiendo la intensidad de la mirada de ella, y bajó la vista al plato, fijándose en los pájaros pintados en un círculo. Nunca los había visto. Debían ser otro añadido de Aurora.

Exhaló despacio. La cuna no significaba nada. No necesitaba verla. No quería verla.

–No me gustaría verla –aclaró, viendo cómo la luz se apagaba en los ojos de Aurora.

El cuerpo de Sebastian se rebeló, instándole a retirar las palabras, a reclamar su mano donde la había abandonado… La luz de sus ojos. Sus dedos se apretaron bajo la mesa.

–Todavía no.

Aurora aprovechó el hueco que Sebastián había dejado abierto para ella.

–¿Mañana?

–No –respondió él.

–¿Pasado mañana? –insistió ella.

Él apretó los labios y negó con la cabeza. El pelo castaño acarició su mejilla, rozando el cuello de la chaqueta, y ella deseó apartárselo de la cara y preguntarle por qué. ¿Por qué todavía no?

–Entonces, ¿cuándo? –preguntó, manteniendo la voz suave, aunque todo en su interior quería empujarla a decirle por qué la cuna era un detonante para él…

–Pronto –prometió él antes de cerrar las puertas de la posibilidad. Y ella no pudo ver más que las sombras que oscurecían el verde de sus ojos. Pronto era demasiado tiempo.

Aurora inclinó la cabeza y contempló la vajilla que había movido para estar más cerca de él.

Aunque no lo bastante cerca.

Toda la semana se había mostrado sutil, ejecutando su plan de mostrarle pequeñas intimidades, mostrarle en qué podría convertirse su vida. Compartir las cenas era un comienzo, pero había más.

La impaciencia la tensó. Sentía ganas de apretar los puños, golpearlos contra la mesa y exigir saber quién le había hecho daño. Prometer que ella no haría lo mismo. Que su bebé iba a nacer pronto. El tiempo no estaba de su lado. Pero él necesitaba tiempo.

Tiempo para acostumbrarse a que ella estuviera allí, en su espacio. Para desearla cuando no estaba con él. Para esperar con ganas el momento en que se encontrarían y ella se sentaría a su lado.

Las puertas se abrieron. Aurora se giró hacia el personal que llegaba con el festín que les había pedido que prepararan. Manjares que se podían sujetar con los dedos y examinar, que tentaban la lengua, los sentidos. Comida de la que hablar y que incitaba a la conversación.

Durante toda la semana, a pesar de sus intentos, la conversación había sido unilateral. Ella quería entrar en su cabeza. Quería la honestidad que había visto la noche que se conocieron. La pasión.

Tragó saliva y contempló el pastelito que tenía delante, lleno de sabores, texturas y complejidades.

–¿Empezamos? –sugirió Aurora antes de abrir el pastel con una cuchara. Las capas se fundieron y se extendieron por el plato.

Eso quería ella, fundirse con él. Entrar en su mente y explorar sus complejidades. Sus capas.

Pero él no la dejaba entrar.

–He perdido el apetito. –Ella dejó caer la cuchara y se levantó de la mesa.

–Aurora…

Cada vez que él pronunciaba su nombre, ella sentía que todo su cuerpo se tensaba por la necesidad de sentir su aliento sobre ella, pronunciando su nombre contra su piel.

–Tienes que comer –añadió él–. Por el bebé.

–El bebé está bien. –Ella frunció el ceño y levantó la barbilla.

–Pero tú no.

¿Le importaba? ¿No sabía cómo hacerlo? ¿O le estaba siguiendo la corriente?

Aurora se sintió petulante. Impaciente. Inquieta. Y por una vez quiso permitirse ser todas esas cosas. Luchar contra la calma exterior de Sebastian. Lo quería todo, y lo quería en el momento.

Conocerlo, hacer el amor con él, llevar a su bebé dentro de ella, todo eso la había cambiado.

Él la había cambiado. Le había hecho comprender, reconocer, todos los momentos que ella había dejado pasar cuando podría haberlos reclamado, haberse hecho escuchar. Por Michael. Por ella.

–Estoy bien –mintió porque, independientemente de lo que quería, de cómo quería actuar en ese momento, él necesitaba que se tomara las cosas con más calma. Necesitaba tiempo.

Avanzó hacia él y acercó la cabeza a su oreja. Su pelo le susurró en la frente, y Aurora hizo lo que anhelaba hacer. Tocó los sedosos cabellos castaños y lo recogió detrás de la oreja.

–Buenas noches –susurró ella antes de apoyar los labios en su mejilla y besarlo.

Un gemido grave vibró en el pecho de Sebastian.

Aurora se apartó lo justo para tomar su rostro y girarlo hacia ella. Y las largas cerdas de su barba le pincharon los dedos, provocándole un hormigueo en la piel de todo el cuerpo, de pies a cabeza.

Sus miradas se fundieron. Los ojos de él eran un resplandor ámbar que reflejaba el zumbido de su cuerpo, que le pedía que se acercara. Probara sus labios. Su boca.

Ella se inclinó…

–¿Qué haces? –preguntó él en voz baja.

–Darte un beso de buenas noches. –Ella inspiró con fuerza a través de unos labios temblorosos.

–¿Por qué lo haces?

–Es lo que hace la gente. –Aurora se sonrojó.

–Nosotros no lo haremos. –Sebastian se levantó y se apartó de ella.

–¿Por qué no?

–Aurora… –le advirtió él en tono sombrío.

–Mis padres cenaban juntos –explicó ella–. Se arreglaban todas las noches. Pero nunca nos dejaban acompañarlos, de pequeños no. Solo cuando crecimos, pero todo era un espectáculo.

–¿Un espectáculo? –Él frunció el ceño.

–Desde fuera, parecían la pareja perfecta. –Ella asintió–. Se sentaban juntos, pero evitaban todo contacto. Apenas hablaban. Evitaban las discusiones que les harían sentirse incómodos. Nunca se tocaban. Ni se besaban. Ni siquiera dormían en la misma habitación.

A Aurora se le revolvió el estómago ante el recuerdo de la incomodidad de estar en la habitación con sus padres. El silencio. La expectativa de asentir. De sonreír. Cumplir con sus instrucciones cortantes o sus rechazos. Pero necesitaba contarlo. Necesitaba mantener esa conversación.

–He participado de este espectáculo a petición tuya. –Sebastian respiró hondo–. Como contigo, me visto para cenar. Para demostrarte que no estarás sola. Estaré a tu lado en todo esto. Nuestro embarazo, y la llegada de nuestro hijo. Para demostrarte qué implica estar conmigo. Estoy aquí por ti. Por los dos.

–No quiero un espectáculo –contestó ella–. No quiero formar parte de una relación que no sea más que una pátina de respetabilidad. No quiero algo tibio. Quiero honestidad y calidez. Pasión…

–No mantenemos una relación –interrumpió él.

–Pero podríamos hacerlo. Quiero que hagamos todo lo que mis padres no hicieron –insistió–. Quiero que nos respetemos. Que hablemos. Que nos toquemos. –Aurora examinó la noble nariz y se detuvo en los labios de él–. Que nos besemos.

–No.

–Admítelo –insistió ella–. Te gusta pasar tiempo conmigo. Piensas en mí, esperando la hora de cenar. Yo pienso en ti –confesó–. Todo el día. Y sé que te gusta que nos veamos aquí por las tardes.

Señaló la habitación, las flores que había hecho colocar, el fuego que caldeaba el ambiente.

–Esperas a que me siente a tu lado. Te gusta que mueva el plato y me acerque a ti –continuó, admitiendo lo que él no quería admitir–.

Me quieres más cerca, así que déjame acercarme, Sebastian. Déjame entrar. Dime por qué no quieres ver la cuna.

El pulso de la mejilla de Sebastian latía errático, pero su boca permaneció sellada.

–No quiero hacer esto sola –insistió ella–. Quiero que criemos juntos a nuestro hijo. Pero eso significa que tenemos que ser un equipo.

–Cumpliré con mi deber –respondió él, en un tono demasiado neutro, demasiado tranquilo–. Pero eso es todo lo que puedo darte, Aurora. Mi protección.

–No necesito tu protección. –Aurora sentía arder las costillas–. Tengo mi propio dinero, mi propia casa. Si quisiera, podría contratar a un equipo de vigilantes. Pero no quiero, ni necesito, un equipo de seguridad. Nuestro bebé te necesita. Yo te necesito.

Sebastian posó la mirada en su vientre. Pero ella no quiso analizar la expresión de sus ojos. Necesitaba que actuara, no miradas que no pudiera descifrar, por mucho que despertaran su deseo.

–Podríamos ser algo especial, Sebastian, pero si ni siquiera podemos hablar…

No quería forzarlo. Quería que él lo deseara.

Y sabía que él lo deseaba, que lo necesitaba tan desesperadamente como ella. Para explotar la conexión entre ellos y hacer que sus vidas juntos fueran plenas. Para ellos y para el niño en su vientre. Por la familia que podrían llegar a ser.

Aurora se dio media vuelta y salió de la habitación, obligándose a mantener la mirada al frente. No estaba jugando. Había puesto las cartas sobre la mesa. De nuevo.

Sabía que él la deseaba, lo sentía. Todas las cosas que ella le había ofrecido libremente, él las necesitaba. Quería que se quedara. Quería que fueran una familia. Pero no estaba preparado para admitirlo. Tenía que darle tiempo para que se diera cuenta por sí mismo. Y así lo haría.

Solo cuando estuvo fuera de su vista corrió a su habitación, cerró la puerta y se tiró en la cama.

Y sollozó.

Capítulo 8

Un mes después…

Las manos de Sebastian seguían rotas. Peor, ya no funcionaban. No se plegaban a su voluntad.

Contempló las uñas cubiertas de la arcilla gris con la que había intentado crear algo. Cualquier cosa.

Notó las venas marcadas en unas manos en las que siempre había confiado. Los músculos de los antebrazos le dolían. Y las muñecas. Y los nudillos.

Miró la monstruosidad que tenía delante. Seguía siendo un trozo de arcilla. Moldeado en nada reconocible por manos inexpertas. Sus manos.

Flexionó los dedos doloridos y agarró un puñado. Tiró de él y lo arrojó.

Se estrelló contra el suelo, al pie de la ventana. Un haz de luz del sol acarició la forma recién aplastada con el calor de lo que podría llegar a ser cuando se ablandara y fuera moldeada.

Se arrastró hasta la ventana. Se paró en el haz de luz, levantó la cabeza y le rogó que se infiltrara en su piel. Que le diera calor. Pero se burló de él.

El calor de los ojos de Aurora no podía moldearlo, ni sus palabras, su contacto fugaz. Pero la tentación de lo que podría llegar a ser si la dejaba entrar vibraba bajo su piel, instándolo a aceptar.

Aceptar todo lo que ella quería. Lo que nunca habían tenido. El calor de una familia que no estuviera atada a mentiras. Un espectáculo orquestado para ocultar lo que había bajo las sonrisas falsas y ropa bonita.

Él nunca se había puesto ropa bonita para cenar. Su vida había sido un espectáculo para los de fuera. Había tenido que mentir para mantener intacta la apariencia de respetabilidad. Quizá si no hubiera mentido, si no se hubiera esforzado tanto por protegerse y proteger a Amelia, ella seguiría viva. Veinticinco años después, seguía sintiendo como si le hubieran arrancado el corazón. Si no se hubiera permitido preocuparse, amarla tanto, si hubiera hecho lo impensable para mantenerla a salvo, tal vez seguiría viva. Si hubiera cumplido con su deber.

Con Aurora, cumpliría con su deber. La protegería, y a su hijo. Los mantendría a salvo.

Abrió los ojos, escrutó las copas de los árboles, las hojas marrones con la muerte del verano.

Una hoja cayó, y él la siguió con la mirada. La había evitado durante días. Semanas.

Se llevó la mano a la mejilla, aún ardiente. Habría sido tan fácil mentirle aquella noche, girar la cabeza y aceptar el ofrecimiento de su boca. Besarla como ella sabía que él deseaba. Introducir la lengua entre sus labios húmedos y cálidos y saborearla.

Porque lo había deseado. La reacción de su cuerpo era visceral. Más que deseo. Necesidad.

Y no podía permitirse necesitarla. Por mucho que su cuerpo rechazara la orden de quedarse quieto, de no reaccionar ante ella, reaccionó.

Entendía lo que ella quería, pero no podía hacerlo. Y por eso se había mantenido alejado. La vio engordar desde lejos en las semanas que llevaba allí. El bebé dentro de ella crecía. Casi real.

Vio a Aurora entre la maleza bajo la ventana por la que él miraba. Real. Se le cortó la respiración.

Necesitaba respirar su aire. Su puño se cerró, exigiéndole que atravesara el grueso cristal.

El pelo negro caía suelto sobre los hombros, susurrando sobre sus brazos desnudos. Con una mano extendida hacia delante para mantener el equilibrio, con la otra sujetaba la barriga bajo el fino vestido de algodón de tonos ámbar tostado que se fundían con su piel morena.

Aurora dio un paso. Levantó el pie descalzo y él vio lo que había en el suelo debajo de ella.

Instintivamente se llevó la mano al bolsillo trasero. Sacó el móvil, abrió la cámara y enfocó.

Los dedos de sus pies presionaron suavemente un diente de león. El único en el campo verde. Los deseos de plumas blancas se separaron de la flor, volando a su alrededor. Sebastian hizo un disparo tras otro, la cámara programada para capturar ráfagas de inspiración donde las viera.

Y las vio en ella. Sus manos jugaban con los deseos que la rodeaban. Manos delicadas. Suaves.

Era joven. Demasiado joven para él. Y, sin embargo, había arriesgado todo por ella. Todo había cambiado. Cambiaba cada día con las consecuencias de su elección de bajar la guardia.

Nunca debería haberlo hecho. ¿Pero cómo podía arrepentirse cuando ella florecía vibrante con la vida que llevaba dentro? La vida que él había puesto dentro de su cuerpo.

Aurora agarró un deseo. Lo rodeó suavemente con los dedos y se lo llevó a los labios, susurrando palabras que él no pudo oír, y luego lo dejó ir. Dejó volar su deseo.

Él no podía hacer realidad sus deseos. Él no podía ser el hombre que ella quería.

No estaba preparado para intentarlo. No sabía cómo hacer lo que ella le pedía sin encariñarse.

Unos ojos marrones enmarcados por largas pestañas miraron hacia arriba. Y ella lo vio. Todo se tensó. Cada músculo tenso por su voluntad de no moverse. De no atravesar el cristal.

Sebastian inclinó la cabeza, saludándola. Y luego dio un paso atrás, hasta que las sombras lo ocultaron de ella. La ocultaron de él. Dio la espalda a la vista, la única que sus ojos querían ver.

Caminó hacia el centro de la habitación. Lejos de la tentación, de la ventana. Cerró los ojos y se quedó allí. Paralizado. Solo los dioses supieron por cuánto tiempo. Minutos. Horas.

Su piel hormigueaba. Su mente se tambaleaba. Su cuerpo se sentía vacío, desnutrido, sin ella.

La había echado de menos. Echado de menos tenerla cerca. Pensaba en ella cada minuto de cada día… Se llevó las manos al pelo y se lo apartó de la cara. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Cerró los ojos con fuerza. Ordenó a su cerebro que le dijera a su cuerpo que respirara profundamente. Pero su corazón seguía martilleando. Su cuerpo seguía doliendo.

–¿Así que aquí es donde te has estado escondiendo?

–Aurora. –Sebastian abrió los ojos. Y encontró el origen de la pregunta. De la voz.

Ella se apoyó en el marco de la puerta, su pecho subiendo y bajando con cada respiración.

–¿Por qué no llevas zapatos? –Él contempló sus pies, sus tobillos.

–Me gusta sentir la tierra bajo mis pies –contestó ella sin reaccionar a su reproche, y entró en la habitación–. ¿Lo has hecho? –preguntó mientras recorría la habitación con la mirada.

–¿He hecho qué?

–¿Te has estado escondiendo? –Aurora inclinó la cabeza y se detuvo–. ¿De mí?

Ambos sabían que sí, pero Sebastian se encogió de hombros, fingiendo despreocupación.

–¿Has estado buscándome? –preguntó él, porque no podía dejar de preguntarlo.

–El castillo tiene muchas habitaciones –respondió ella, y volvió a mirar a las paredes. Al arte invisible para todos menos para él–. Y he estado en todas.

–Y ahora me has encontrado.

–Sí –admitió Aurora–. Y aquí estás, en la habitación más alta de la torre más alta.

–No deberías haber subido todas esas escaleras –observó él. La imagen de ella, cargada con su hijo, subiendo la escalera de caracol de piedra, tan estrecha, tan peligrosa, le produjo escalofríos.

–Pero lo hice. –Aurora rechazó su preocupación.

Él no podía protegerla de las escaleras, de ponerse en peligro innecesariamente. Porque ella no veía el peligro. No entendía que era un riesgo estar allí. Con él.

«¿Como aquella noche?». Sebastian se endureció donde no debía.

–Ninguna otra habitación es como esta –observó ella–. Esta habitación se siente como tú.

–¿Y ninguna de las otras lo hace?

–No.

–¿Y qué se siente? –preguntó él, con voz ronca.

Aurora acarició uno de los abrigos de piel con capucha que colgaban de unas astas que había encontrado en el bosque, y que parecían pertenecer allí. Acarició el abrigo y dejó que el pelaje se moviera entre sus dedos. Se volvió hacia él. Y le robó el poco aire que tenía en los pulmones.

–Infinito.

–¿Infinito?

–Eres una fortaleza –explicó ella–. Tienes muchas puertas. Algunas están abiertas. Algunas dejan entrar a la gente, pero no es donde vives. –Siguió paseando, rodeándolo como una depredadora, hasta que llegó a la ventana. Se volvió hacia él.

La luz bailaba en su pelo, besaba su piel. La hacía brillar, como una diosa al sol.

–Pero lo he encontrado –anunció ella, extendiendo los brazos.

–¿Qué has encontrado?

–Tu corazón. –Aurora señaló las paredes, la arcilla, las salpicaduras esparcidas por el suelo a sus pies–. Aquí es donde vives. –Dejó caer las manos–. Tu arte es tu corazón.

–Aquí ya no queda corazón –gruñó él.

–Está en todas partes –objetó ella.

Sebastian intentó ver el estudio a través de sus ojos. Un espacio activo y vivo con pensamientos inacabados. El arte en las paredes era de hacía mucho tiempo, de una época en la que ese arte era todo lo que era, todo lo que podía ofrecer. Pero las piezas inacabadas llenaban cada esquina.

Se volvió hacia ella, que esperaba su respuesta, silenciosa en su espacio. Ingenua. Porque tan ingenua era que había tropezado con la verdad. Su arte era su forma de respirar, su vida. Su manera de devolver algo a los olvidados. Y ella se lo había arrebatado.

–Mis manos están rotas. –Sebastian le mostró sus manos porque quería que ella lo viera.

–¿Cómo que están rotas? –Ella contempló las manos manchadas de arcilla.

–No funcionan.

Aurora se acercó. Sebastian sabía que debía apartarse. Pero no pudo. Se quedó clavado en el sitio.

–¿Por qué no? –preguntó Aurora, levantando las manos y tomándolas suavemente entre las suyas.

Sebastian no se merecía esa suavidad, pero la había echado de menos. Sentirla sobre él, su tacto, tenerla cerca, lo había echado de menos cada día desde que ella estaba allí. Lejos de él.

–Aurora… –Él intentó recuperar sus manos.

–Déjame ver. –Aurora las llevó a la altura del bebé que llevaba dentro. Sus ojos recorrieron los nudillos cubiertos de arcilla. Le tomó la mano derecha y pasó suavemente los dedos por la palma.

Era agonía, placer. Todo lo que él no debía permitirse sentir. Pero no podía, no quería, apartarse.

–Ven conmigo. –Lo llevó de la mano hasta el lavabo de porcelana de la pared izquierda.

Y él se dejó llevar. No podía hablar. No podía respirar, porque el fuego lo devoraba desde el interior.

–Toma. –Aurora abrió el grifo, sin soltarle la mano mientras el agua caía a borbotones.

Tomó el jabón y se lo puso entre las manos. Cerró sus manos sobre las de él, envolviéndolas en las suyas, mucho más pequeñas, unidas bajo el agua. Las enjabonó y dejó que la espuma se deslizara entre sus dedos. Y lo limpió. Sus manos. Sus nudillos. Su piel.

Sebastian sentía los pulmones oprimidos. Nadie lo había lavado nunca. Nunca nadie había limpiado la suciedad de su piel. Incluso de

joven, hasta donde podía recordar, se había ocupado de sí mismo. Y cuando llegó Amelia, cuidó de ella. Pero nadie, ni siquiera su madre, había cuidado de él.

–Ya está. –Ella cerró el grifo–. No están rotas. Solo estaban sucias.

Sebastian permaneció mudo ante su suposición de que la suciedad no iba más allá de la superficie.

–Es más que eso –consiguió decir finalmente.

–¿Más que qué? –Ella se levantó el vestido y le secó las manos.

–Es más que suciedad. La razón por la que no funcionan –admitió él.

–Entonces, ¿qué es? –preguntó ella, mirándolo con el ceño fruncido–. ¿Por qué no funcionan?

Sebastian no se merecía su preocupación. Su amabilidad.

–Cuéntamelo –insistió–. ¿Por qué crees que tienes las manos rotas?

Siempre había sido sincera con él. Desde su primer encuentro en Nueva York. En su casa. Allí.

–Por tu culpa. –Él le ofreció lo mismo.

–¿Por mi culpa? –repitió Aurora, viendo, sintiendo, cuánto le costaba admitirlo.

–Yo… –Sebastian se tensó. Cada músculo vibraba con una energía contenida–. Yo no…

–¿Tú no, qué? –Aurora clavó los dedos en su piel y apretó suavemente sus manos.

–Desde Nueva York, desde ti, no he hecho nada nuevo. –Sus manos se tensaron, y ella percibió la lucha que mantenía para no cerrar los puños–. Mis manos no me dejan. Me rechazan.

–He visto tu trabajo en el periódico. –Ella frunció el ceño–. ¿No fue después de… mí?

–No era nuevo. –Él sacudió la cabeza–. Era una plantilla de una obra antigua. Pintura por números.

–Era precioso.

–No lo entiendes. –El pulso martilleaba en la mandíbula.

–Cierto. –Ella sacudió la cabeza–. No soy artista. Así que explícamelo.

–Desde que te toqué… –Él respiró hondo–. Mis manos no funcionan igual. No sienten igual.

El corazón de Aurora se aceleró. Pero mantuvo los labios sellados. Esperó. Le esperó.

–Lo he intentado todo –se quejó él con voz ronca–. Toda mi vida, mis manos… lo son todo. Son lo que soy. Todo lo que tengo que ofrecer. Pero no las siento bien, Aurora. Y no puedo arreglarlas.

–Eres más que tus manos –aseguró ella.

–No es verdad –rugió él.

El dolor de cada palabra rebotó en el pecho de ella hasta aterrizar en su corazón. Y le dolió por él.

E hizo lo que sabía que no debía. Se llevó una mano a los labios y le besó los nudillos.

–Aurora… –murmuró Sebastian, aunque no le pidió que parara.

Así que ella hizo lo mismo con la otra mano. Besó cada nudillo, cada articulación que no funcionaba como él quería. Como él sabía que solían funcionar.

Aurora no era artista, pero era humana. Una mujer que tenía que aprender a cambiar, a adaptarse a su cuerpo en crecimiento. Enseñar a su mente a pensar diferente, a reaccionar diferente, porque ella había cambiado, estaba cambiando, físicamente, emocionalmente, todo el tiempo…

Levantó los ojos hacia los suyos y dijo lo único que podía decir:

–Si no funcionan igual, si tus manos no sienten lo mismo, han cambiado, Sebastian. Escúchalas.

–No han cambiado –protestó él–. Son mis manos, desde hace cuarenta años. Siempre serán igual.

–No –respondió ella–. Nueva York nos pasó a los dos. Yo he cambiado gracias a ello –su mirada se posó en los labios de él–, gracias a ti. Quizá tú hayas cambiado también, gracias a mí.

–No es lo mismo. Estás embarazada.

–No estoy hablando del bebé. Hablo de aquí dentro. –Llevó la mano izquierda de él al pecho, sobre su corazón–. Después… después de estar juntos –continuó–, sabía que nunca volvería a ser

la Aurora que decía «por favor» y «gracias» por todas las cosas que no quería. Nunca más me mordería la lengua por miedo a ofender a alguien. O ser alguien que no soy. Escuché a mi cuerpo, a mi mente –continuó, queriendo hacerle comprender que no estaba roto. Que nunca lo estuvo. Estaba cambiando–. Dejé que los cambios sucedieran. Dejo que se produzcan ahora mismo, aquí, contigo.

–Yo no quiero cambiar. No puedo.

–Sí puedes.

–No. No puedo. –Él retiró la mano–. Llamaré a alguien para que te acompañe abajo.

–¡No voy a ninguna parte! –No se iría. Todavía no.

–Bien. Te bajaré yo mismo –contestó él.

–No dejaré que vuelvas a echarme –aseguró Aurora, aunque su necesidad de verla a salvo, que se preocupara por ella, la conmovió–. Háblame –lo instó–. ¿Por qué no aceptas el cambio? Tu cuerpo lo pide. Tus manos lo necesitan. –Un temblor se apoderó de su interior.

–No lo permitiré –insistió él–. No cambiaré. No por mis manos. No por ti.

–¿Por qué te resulta tan difícil pasar tiempo conmigo? –preguntó ella, olvidando que se había prometido a sí misma no presionarlo demasiado–. ¿Por qué sigues resistiéndote a mis intentos de crear un vínculo? ¿Por qué luchas contra la química entre nosotros? No tienes por qué hacerlo.

–Sí tengo –rugió él con todo el cuerpo.

–Porque no quieres que te vuelvan a hacer daño –concluyó Aurora por él–. ¿Porque tu familia murió? La gente muere, Sebastian. Mi hermano y mis padres están muertos. La muerte no significa que tengas que apartar a la gente. No tienes que apartarme a mí.

–Tengo que hacerlo –aseguró él con brusquedad, cerrando los puños.

–¿Por qué? Dímelo –suplicó ella–. Hazme entender por qué no nos dejas ser lo que sé que podríamos ser. Juntos, de todas las maneras en que las parejas pueden estar juntas. ¿Por qué te resistes tanto?

Aurora luchó con cada fibra de su ser para no inclinarse hacia él. Para mantener la distancia.

–Porque si no, no puedo mantenerte a salvo, ni al bebé. A ella no pude mantenerla a salvo.

–¿A quién?

–A Amelia.

–¿Quién es Amelia?

–Mi hermana. –Él asintió–. Tenía tantas ganas de pintar –continuó–, necesitaba tanto una salida para mi dolor que la dejé. En casa. La encerré en su habitación para mantenerla a salvo y luego me escapé. Pensé que estaría a salvo si cerraba la puerta. Si los mantenía fuera.

–¿A quién? –preguntó ella, pero Sebastian no la oyó.

–Pensé… me prometí a mí mismo que solo estaría fuera una hora, y así fue. Pero cuando volví… ella ya no estaba. El fuego se lo ha llevado todo. Podría haberlo parado. Podría haberla protegido si hubiera estado allí. Si no hubiera sido tan egoísta.

–¿Tu hermana murió en un incendio?

–Sí –confirmó él.

–Sebastian… –A Aurora se le partió el corazón por él. Perder a sus padres había sido duro. Había sufrido. Pero perder a Michael había sido un dolor diferente. Más profundo.

–Ahora mis manos hacen lo que yo les ordeno –continuó él–. Ahora creo para los demás. Para la gente que necesita ver luz más allá de su propia oscuridad. No creo para mí. Es para ellos. Para ella.

–¿Para Amelia?

–Sí –siseó él–. Por antinatural que parezca, mantendré mis manos bajo control. Bajo mi control.

–¿Te estás castigando?

–Me lo merezco –aseguró Sebastian–. Toda mi familia está muerta porque no los protegí. Y también te fallé a ti. Te alejé de mí en Nueva York. Te dejé sola y embarazada.

–No me fallaste –aseguró ella–. Eres un regalo.

–No soy un regalo –gruñó él–. Y no volveré a fallar. No te fallaré. No cometeré el mismo error –dio un paso atrás, alejándose de ella–. Mantendré las distancias contigo. Mantendré las manos alejadas. Mantendré la cabeza fría. El peligro nunca os encontrará, ni a ti ni a nuestro hijo.

–¿Por qué nos encontraría el peligro? –Ella dio un paso adelante, lo siguió–. Estamos a salvo. Tú nos mantienes a salvo. Aquí no hay nadie más que nosotros. Nadie quiere hacernos daño… –Le temblaba el cuerpo y le temblaba la mano que llevó al pecho de Sebastian–. Estoy aquí. Estoy a salvo.

Él inhaló profundamente y tembló también.

Aurora le tomó una mano y él se lo permitió. Dejó que la apoyara sobre lo que habían hecho juntos.

Algo hermoso. Vida.

–El bebé está a salvo –aseguró ella–. Aquí no hay peligro. Solo estamos nosotros. Una familia. Una madre y un padre aquí por su hijo, y el uno por el otro. Amigos. Más.

–¿Crees que, porque vivo en una casa, con una cama, soy civilizado? –murmuró Sebastian–. ¿Crees que estoy a salvo? Me crie en la calle desde los quince años. No soy civilizado. No estoy a salvo.

–¿Fue entonces cuando ocurrió? –preguntó ella–. ¿El incendio?

–No importa cuándo ocurrió. Ocurrió. Sigo siendo ese hombre. Ese chico nacido en la depravación, criado en las calles. Tú no me conoces, Aurora. No sabes de lo que soy capaz. No quieras que sea tu amigo. O amante. No soy capaz de ninguna de las dos cosas.

–Yo creo que sí lo eres –replicó ella con voz temblorosa–. Sé que eres un hombre de principios. Finges que nada te importa, pero te importa. Te preocupaste lo suficiente en el jardín la noche que nos conocimos para ayudarme a superar mi dolor. Te preocupaste por tu hijo nonato lo suficiente como para secuestrarme. Donas los beneficios de tu arte a la caridad. Te guste o no, te importa.

–Te equivocas.

–No –insistió Aurora–. Nunca he estado más acertada. ¿Por qué no lo aceptas, Sebastian? ¿Por qué no abrazas este cambio, a nosotros?

–Por favor, vete, Aurora –suplicó él, aunque su mano permaneció sobre el vientre de ella.

Necesitaba más tiempo para aceptar el cambio que se estaba produciendo entre ellos.

–De acuerdo. –Ella se puso de puntillas–. Un beso y me voy. Si aún quieres que me vaya.

Aurora sabía que ambos recordaban cómo aquella noche un beso no había sido suficiente.

Sebastian no dijo nada, pero no la detuvo mientras se inclinaba y se apoyaba en sus hombros. Esa vez, ella acercó los labios a su boca. Al beso que necesitaba recibir. Dar. A él.

Cerró los ojos y lo besó con todo lo que tenía. Le hizo saber que estaba allí. Con él.

Interrumpió el beso, abrió los ojos y se encontró con los de él.

–Escúchalo –murmuró ella–. Tus manos, tu cuerpo. Confía en ello y tócame como quieres. Bésame como quieres besarme.

–No sé cómo. –Sebastian cerró los ojos, el rostro contorsionado mientras apretaba la frente contra la suya–. No confío en mí para tomar solo lo suficiente, para no hacerte daño.

–Yo sí confío en ti –aseguró ella. Confiaba en él como no había confiado en nadie.

No solo con su cuerpo o sus deseos, también con sus vulnerabilidades, con la verdad. Por mucho miedo que le diera, él siempre le había permitido decir su verdad. Le había permitido ser sincera con él sobre sus deseos, sus necesidades. Y en ese momento lo necesitaba, y él a ella.

–Confía en ti mismo, Sebastian –susurró ella–. Bésame –continuó–. Bésame ahora.

–Será más de un beso. –Él levantó la cabeza y la miró fijamente a los ojos.

–Lo sé.

–Será… más.

–Quiero más –aseguró ella.

Sebastian emitió un rugido de victoria y derrota, y apretó sus labios contra los de ella.

Y Aurora se abrió para él, engulló su dolor. Y reconoció el sabor. Era el eco de su propio grito devuelto a ella. El grito que había proferido cuando pensaba que estaba sola en los jardines la noche en que se conocieron. Pero no había estado sola. Igual que él no lo estaba en ese momento. Y ella lo oyó, no solo con sus oídos, no solo con su cuerpo. Sino con el corazón.

Capítulo 9

Sebastian. –Con el corazón desbocado, Aurora susurró contra los labios que la besaban como ella había deseado ser besada durante semanas, meses. Sin vacilaciones. Sin resistencia.

Él tomó su rostro entre las manos ahuecadas y lo inclinó con delicadeza, mientras su lengua entraba en su boca. Y ella ronroneó cuando él la saboreó y empujó su lengua contra la de él.

–¡Oh! –gimió Aurora mientras él poseía su boca, reclamándola como suya. Y era suya. Solo había conocido su lengua. Su sabor. Lo ansiaba, lo anhelaba desde aquella noche. A él. Solo a él.

Sebastian le apartó el pelo de la cara, deslizó las yemas de los dedos por la garganta, por los hombros desnudos, los brazos, y ella sintió un hormigueo en todas partes. Apartó los labios de los de ella, pero Aurora sabía que esa vez volvería a ella sin necesidad de persuasión.

Él era suyo. Y ella suya. Eso, ellos, estaba predestinado.

–No será como la última vez –advirtió él, estrechándola entre sus brazos.

–Lo sé. –Ella le acarició la mejilla. Sabía que estaba a salvo con él.

Sebastian se volvió hacia la ventana, hacia el sol que arrojaba suaves rayos sobre el suelo oscuro. Sus labios rosados se entreabrieron lo suficiente como para que ella sintiera su aliento sobre la piel.

–Quiero mirar. Quiero verte entera.

–Entonces mira –lo animó ella.

Con cuidado, él la dejó de pie ante la ventana, al calor del sol. Y le dio la espalda.

Aurora no habló. Lo observó acercarse al lavabo con sigilo y arrancar un tapiz de fieltro de la pared. Luego se dirigió a la otra pared y descolgó el abrigo marrón.

El estómago de Aurora dio un vuelco. Un profundo dolor se instaló entre sus muslos. Se llevó la mano a los tirantes del vestido y los deslizó de los hombros.

–No –masculló él–, todavía no.

Aurora dejó caer las manos, y su corazón se aceleró cuando él se arrodilló a sus pies y extendió el tapiz. Ella vio que era una piel suave y corta.

–Ven. –Él se volvió y le tendió la mano–. Siéntate conmigo.

Aurora permitió que su mano, cálida y grande, se cerrara en torno a la suya y él la ayudó a sentarse.

Se sentaron uno frente al otro en la cama improvisada. La luz del sol bailaba en el pelo de Sebastian, que caía hasta los hombros. Ella se quedó sin aliento al contemplar su rostro esculpido.

–Eres hermoso –murmuró ella, porque era cierto.

–No. –Él sacudió la cabeza.

–Sí –lo corrigió–. Lo eres. –Acarició su pelo castaño con reflejos grises y rojos. Era como la seda entre sus dedos. Suave como una pluma.

–La noche que te vi en los jardines –Sebastian acarició el pelo de Aurora–, pensé que no eras real, sino una visión enviada para torturarme.

–¿Torturarte?

–Con tu belleza –contestó él con voz ronca–. Quería verte, acercarme a ti. Una sirena llamándome a mi perdición. Mi ajuste de cuentas. Acudí voluntariamente, y aun así me torturas. Porque quiero ver más. Quiero tocarte toda.

–Entonces acaba con esta tortura. –Ella respiró temblorosa–. Y tócame.

–Nunca acabará. Ahora lo sé. –Sebastian se arrodilló y ambos se miraron–. Solo querré más. Más de tu presencia. De tu tacto. –La

empujó hasta apoyar su cabeza en la almohada que había improvisado con las pieles–. Como cada día, cada momento, desde que nos conocimos. –La besó.

–Más –exigió ella–. Quiero más.

Sebastian susurró besos en su barbilla, sus mejillas, los párpados. La miró y se quitó la camiseta. Y ella contempló los anchos hombros. La fuerza palpitaba en su torso musculoso. A Aurora se le secó la garganta. Abrió la boca y buscó con la lengua los pezones tensos y rosados. Sus ojos recorrieron la prominente V que bajaba desde sus caderas, salpicada de vello, y desaparecía en sus vaqueros.

–Te daré más. –Él se quitó los vaqueros junto con los calzoncillos. Hasta quedar desnudo a sus pies. Orgulloso y palpitante–. Despacio –le prometió.

La desnudó sin prisa. Deslizó el ligero vestido elástico hacia abajo y sobre el bulto que sobresalía entre ambos. Por encima de los muslos. Hasta que solo quedaron las braguitas blancas.

–Quiero verte entera –gruñó mientras, agonizantemente despacio, se las bajaba.

–¡Oh! –Ella gimió, electrizada.

–Dobla las rodillas –le ordenó, y ella obedeció–. Aurora –gruñó Sebastian, deslizando la mirada por cada centímetro desnudo de su piel. Sus pechos, sus aureolas oscurecidas, sus pezones tensos. Y hacia abajo, por sus anchas caderas, el vientre redondo. Sus ojos se posaron en el oscuro triángulo de rizos entre sus piernas. Y ella sintió cómo la humedad cubría sus labios íntimos–. Eres la belleza misma.

Y ella se sintió preciosa. Una obra de arte solo para sus ojos, su cuerpo, sus manos. Solo para él.

Él se colocó entre sus rodillas. Y se agachó. Presionó sus labios contra su tobillo y lamió.

–¡Sebastian!

Él no respondió. Se deslizó hacia arriba besando su pantorrilla, su rodilla. El interior del muslo.

Hasta besarla allí. En su centro. Ella chilló e intentó bloquear sus caderas.

–Quiero probarte. –Sebastian le sujetó las caderas, la atrajo hacia su boca y la lamió.

–Sí –jadeó ella, cerrando los ojos. El placer era abrumador. Su boca sobre ella, besándola. Lamiendo.

–¡Ah! –Aurora hundió los dedos en su pelo mientras él atrapaba el bulbo hinchado entre sus labios. Ella le empujó la cabeza contra su cuerpo. Él chupó hasta que ella solo sintió calor y deseo.

No notó que él apartaba la mano de su cadera, pero supo que lo había hecho cuando su dedo la penetró. Ella se apretó a su alrededor, balanceándose sobre el dedo. Él le metió otro dedo más.

Aurora estaba desesperada. Lo arañó, tirándole del pelo, hasta que solo pudo contener la respiración y dejarse ir. El calor, tan embriagador, era el calor ilícito que él le arrancaba del interior. Drogada, ella se sintió impotente cuando la luz estalló en su abdomen. Detrás de sus ojos. Y cerró los muslos sobre su cabeza. Y gritó.

La presión se desató en cada uno de sus músculos. La aflojó, hasta que sus piernas cayeron, sus dedos se desencajaron. Y se quedó sin aliento. Jadeante. Sintiéndose…

–¡Maravilloso! –Abrió los ojos y lo encontró sobre ella, mirándola, con los ojos encendidos–. ¡Eres un regalo! –exclamó mientras una risita salía de sus labios.

–¿Otra vez? –preguntó él, y ella recordó la pregunta.

–Otra vez –respondió Aurora, dándole permiso para tomar lo que quisiera. Lo que ambos deseaban. Más. Le rodeó la cintura con las piernas–. Te deseo –susurró–. Te necesito dentro de mí. Ahora.

La mirada de Sebastian se oscureció mientras colocaba su sedosa longitud en la entrada de ella.

–Te deseo una y otra vez, hasta que no te quede nada que dar –le dijo ella–. Y te lo quitaré todo.

–Te haré daño.

–Puedo soportarlo –aseguró Aurora–. Lo quiero todo de ti. Y yo te daré lo mismo. Todo de mí –prometió, y esperó. Lo observó luchar, como había luchado desde la primera vez que la había dejado besarlo, y él la había besado. Pero era una lucha que no podía ganar. Solo cabía la rendición.

De ambos. Del uno al otro.

–Aurora –gruñó él mientras se empujaba dentro de ella. Estaba tan llena. Completa.

Y ella se rindió. Le entregó todo lo que era y todo lo que llegaría a ser.

Y sintió que él hacía lo mismo. Entregarle a ella todo lo que era. Todo lo que sería.

Su estrechez envolvió a Sebastian en un puño de seda.

Por fin lo entendía. El dolor. El placer.

Era su castigo.

Y lo soportaría. Por ella.

Agarró sus caderas y empujó.

–¡Sebastian! –exclamó ella, y él apretó los dientes. Vio cómo abría los ojos. Vio el placer reflejado en ellos. El placer que él le estaba dando. Un placer sin fin.

Era un justo castigo por su crimen. Por tomarla en sus brazos, por utilizarla, tomar lo que necesitaba y abandonarla con su semilla dentro de ella.

Sus ojos se posaron en el vientre abultado. La había abandonado, vulnerable y sola.

Nunca volvería a dejarla sola. Ella nunca se sentiría sola.

–Más profundo –suplicó ella–. Te necesito más profundamente.

–Si te resulta incómodo –suavemente, Sebastian le agarró los tobillos y los levantó–, dímelo.

–¿Qué? –Ella jadeó.

–Esto –Él le apoyó las piernas sobre los hombros y adelantó las caderas.

–¡Vaya! –Aurora alargó el cuello, estiró los músculos, y se retorció sobre la almohada improvisada.

El cuerpo de Sebastian se tensó, endureciéndose dentro de ella hasta que la agonía no tuvo fin. Estaba hundido más profundo de lo que nunca había deseado estar dentro de otro ser humano. Y era… todo. Estar tan dentro de ella. Darle lo que ella quería, cuando él ya había tomado tanto.

Pero ya no tomaría más.

–Por favor –gritó ella–. Muévete.

Y él lo hizo. Se movió dentro de ella. Salió hasta la entrada y volvió a hundirse. Se deslizó dentro y fuera de ella, una y otra vez. La erección era tan dura que dolía. Y aceptó el dolor.

–¡Oh, Sebastian! –Los pechos de Aurora subían y bajaban. El calor acentuaba su piel rosada.

Era una diosa, y él la adoraría como tal.

–¡Oh, por favor! ¡Oh, por favor!

Ella nunca tendría que volver a suplicarle. Ni por compañía. Ni por sus besos. Ni por placer. Ella se merecía todo lo que le había pedido, y él se lo daría. Pero siempre se contendría. Nunca la lastimaría con la fuerza de su deseo. Nunca tomaría. Solo daría.

Era su compromiso. La única manera de mantenerla a salvo. Para protegerla, y a su hijo. Para poder estar con ella. Usaría sus brazos y su cuerpo para sostenerla, mantenerla cerca, pero nunca la dejaría entrar. No se encariñaría. Solo sentiría una necesidad física que saciaría en el cuerpo de ella.

–¡Aurora! –Sebastian rugió su nombre mientras ella le exprimía el placer y encontraba el suyo.

Sebastian volaba. La euforia pura le hacía sentirse ingrávido.

Era un placer que nunca había conocido, que no sabía que podía existir, y lo elevaba más y más.

–¡Sebastian!

Él abrió los ojos, y allí estaba ella, debajo de él, llamándolo con los brazos abiertos. Para amortiguar su caída. Se había permitido volar demasiado alto. Si caía en su suavidad, en sus brazos, la aplastaría con su fuerza, con su impacto.

Se liberaría, saldría de ella. Caería solo.

–Otra vez –pidió ella–. Estoy…

–¡Aurora!

Ella basculó las caderas y lo tomó aún más profundo, masajeándolo fuertemente con su corazón.

Y Sebastian no pudo evitarlo. Cayó.

Aurora lo atrapó en sus brazos. Y lo único que él pudo hacer fue respirar. Respirarla.

–Ha sido increíble –suspiró ella al cabo de minutos, o de horas.

Se levantó sobre los codos y rezó para que las fuerzas regresaran. Pero era débil.

¿Cómo podía ser un castigo cuando se sentía tan bien entre sus brazos?

A pesar de sus audaces palabras, la tentación se burlaba de él. En su mente, en algún lugar de su pecho, lo acariciaba. Las palabras de ella, sus promesas de tener lo que él nunca tuvo. Una familia. Que no tenía que estar solo.

Pero ella no lo conocía. Solo conocía la química que compartían. Ella no entendía que él no podía darle la clase de familia que ella quería. Que no podía ser el hombre que ella necesitaba.

–Gracias. –Aurora sonrió mientras le acariciaba la mejilla.

Sabía que solo había una respuesta. Esa vez tenía que decir más, algo más que un lastimero agradecimiento a cambio de lo que ella le había dado.

–Lo intentaremos a tu manera –balbuceó él–. Estaremos juntos como tú quieres. Como has sugerido.

–¿De qué manera?

–Hablaremos. –Sebastian se inclinó–. Nos tocaremos.

–¿Y nos besaremos? –añadió ella, acortando la distancia entre sus labios hasta dejarla reducida a milímetros. Sus alientos calientes se mezclaron. Y él deseó que la brecha se cerrara del todo.

–Sí. Nos besaremos.

–Haremos todo lo que hace una pareja de verdad –susurró Aurora contra su boca.

–Lo haremos –contestó él, empujando su promesa en la boca de ella con la punta de la lengua.

Le daría todo lo que ella quisiera. Todo menos amor. No tenía amor que dar. No merecía el de ella.

Profundizó el beso y ella gimió en su boca. El cuerpo de Sebastian palpitaba, se hinchaba, con el placer que le daba a ella. El placer que seguiría dando hasta que no pudiera más.

Sebastian abrazaría… el cambio. Y lo haría por ella.

Capítulo 10

Un trueno retumbó.

Aurora abrió de golpe sus ojos somnolientos.

Una luz blanca y amarilla crepitaba e iluminaba el cielo. El agua corría como un río por los cristales. Las pesadas cortinas estaban abiertas y el siguiente rayo iluminó la habitación. Dentro, todo permanecía quieto, imperturbable. La habitación se oscureció cuando los relámpagos retrocedieron, pero la inquietud de Aurora permaneció. No era el viento ni los truenos lo que la perturbaba. Era…

Lentamente, giró la cabeza sobre la almohada blanca, mellada por la presión de su cabeza, después de que Sebastian se hubiera metido en la cama esa noche. Había apretado su cuerpo desnudo contra el de ella, proporcionándole liberación. Una y otra vez, hasta que su cuerpo lánguido se aferró al suyo y ella cayó en un sueño profundo y sin sueños. Pero ya no estaba pegada a él. No dormía.

Y no era la tormenta lo que la había despertado. Era él.

–No… –murmuró Sebastian, con la cabeza echada hacia atrás–. Por favor… ¡No!

–Calla –lo tranquilizó ella, poniendo una mano en su pecho. Tenía los músculos muy tensos.

–Amelia… –El sudor le bañaba la frente. El pelo, negro por la humedad que le empapaba el cuerpo.

–Estás soñando. –Ella le despejó la frente con la palma de la mano.

–Lo siento… –Unos temblores recorrieron su cuerpo–. Lo siento mucho… –balbuceó en un sollozo apenas contenido que rompió algo dentro de ella.

Cuando Michael había muerto, ella había tenido muchos sueños. Sueños de todas las cosas que debería haber hecho y no había hecho. Se despertaba empapada en lágrimas y sensación de culpa. Completamente sola. Pero él no estaba solo.

Aurora no veía qué lo causaba. Qué lo lastimaba. Pero podía detener lo que fuera que invadía su sueño, hacer que desapareciera.

–Sebastian. –Aurora se sentó a su lado y acarició sus anchos hombros–. Despierta.

Sus ojos se abrieron, grandes y atormentados. Levantó la vista hacia ella, pero no habló. Con el rostro demacrado, la miró fijamente, la respiración profunda e irregular.

–¿Cómo era? –Aurora sintió la emoción en el pecho, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

–¿Quién? –rugió él con brusquedad.

A Aurora se le escapó una lágrima sin poder evitarlo.

–¿Por qué lloras? –Sebastian carraspeó y le acarició la mejilla, atrapando la lágrima con el pulgar.

–Por ti –contestó ella–. Y por Amelia.

–¿Qué he dicho? –Sebastian dejó caer la mano al costado.

–Estabas soñando –explicó ella.

–Hace más de una década que no sueño con ella. –Él frunció el ceño y se pasó una mano por los ojos. Ocultó las sombras que habían entrado en sus ojos al oír el nombre de su hermana.

Pero ella no se lo permitió.

Llevaban dos semanas juntos, compartiendo cada comida. Se habían tocado. Se habían besado. Cada noche, él se había metido en su cama, había aprendido su cuerpo y ella el suyo.

¿Pero hablar? Habían compartido palabras, hablado del bebé, compartido bromas sobre sus comidas… pero ella aún no había pasado de la superficie de Sebastian. Y quería entrar.

–No. –Aurora le apartó la mano de sus ojos y la sujetó.

–¿No qué? –Él cerró los ojos.

–No te escondas de mí.

–Estoy aquí. ¿Dónde he estado cada día, cada noche, desde hace dos semanas? Aquí. Contigo.

Ella le soltó la mano y se sentó apoyada contra el cabecero de madera.

–Ven. –Él se volvió hacia ella y abrió los brazos–. Ven aquí.

El trueno retumbó más flojo. La tormenta se movía. Pero Aurora entendió que tenía una opción. Podía meterse entre sus piernas, sentarse en su regazo y dejar que él despertara su cuerpo cansado.

O podía invitar a la tormenta a entrar.

–No. –Ignorando el calor en su pelvis, tomó una decisión.

Sebastian se apartó de ella y encendió la lámpara de la mesilla. La habitación se llenó de una suave luz artificial ambarina. No volvió a acercarse a ella. Dejó caer las manos sobre su regazo.

–¿No?

–No. –Aurora inhaló profundamente y se irguió.

–¿Por qué no?

–Porque estás sufriendo.

–No siento dolor.

–Pero lo sentiste –observó ella–. Y tu cuerpo lo recuerda, aunque no quieras reconocerlo. Todavía te duele lo suficiente como para que se infiltre en tus sueños.

–Solo es un sueño. –Él le quitó importancia con un gesto despreocupado de la mano.

–Es tu mente, consciente o inconscientemente –insistió ella con firmeza–, y te está diciendo…

–No me dice nada que ya no sepa.

–Pero yo no lo sé –le recordó Aurora–. Y quiero saberlo. Quiero saber cómo era tu hermana.

–¿Qué importa cómo era? –gruñó él, enseñando unos dientes perfectamente blancos–. Está muerta.

–Pero tú no. Y tu hermana vive dentro de ti. En tus sueños. –Quería hacerle saber que ella lo comprendía, pero no sabía cómo hacerlo–. ¿Hablas de ella alguna vez? –preguntó.

–No.

–Yo tampoco hablo de Michael. Pensé que dolería demasiado. Me dolió en los jardines cuando te conté un poco de él, de nuestra relación y lo que le pasó. Pero no te lo conté todo, y… creo que duele más no contarlo. No hablar de él, y no solo de su muerte.

–¿Quieres hablar de él ahora?

Ella asintió.

–Cuéntame –la animó él–. Háblame de Michael.

–Era… –Aurora respiró hondo–. Era mi hermano mayor y lo quería. Lo admiraba. Lo envidiaba.

–¿Por qué lo envidiabas?

–Siempre fue tan… libre.

–¿Libre?

–Nunca pretendió ser otra cosa que lo que era. Descarado, travieso. Interrumpía al hablar. Gastaba bromas. Cosas inofensivas, en realidad.

–¿Tú también hacías travesuras? –preguntó él con dulzura.

–Una vez. –Aurora sintió la opresión en el pecho.

–¿Y qué pasó?

–Una tontería –recordó ella–. Puse gusanos del jardín en la cama de la nueva niñera. No me gustaba.

–¿Te hacía daño?

–Solo con palabras. Pero nuestros padres supusieron que había sido Michael, y yo dejé que lo creyeran. Dejé que él asumiera la culpa, y lo hizo. Ni una sola vez les dijo que no había sido él. Y empecé a apoyarme en eso. Quería que me quisieran –confesó–. Aquel día fingí ser la niña de oro y se convirtió en mi papel. Me dediqué a ello. A ser perfecta.

–Eres perfecta.

–No lo soy –negó Aurora–. No lo era. Me aproveché del mal comportamiento de Michael para amplificar mis virtudes, porque quería su aprobación. El comportamiento de Michael empeoró…

–¿Cómo? –susurró Sebastian–. ¿Cómo empeoró?

–Al principio con cosas sin importancia –contestó ella–. Fiestas. Fumar. Cannabis. –Tragó saliva–. Decía que era algo ocasional. Luego prometió que solo lo hacía cuando necesitaba relajarse,

cuando tenía que volver a casa con ellos. Mintió. Fumaba. Yo lo olía. Pero le creí. Creí que no progresaría.

–¿Pero lo hizo?

–Empezó a tomar cosas más fuertes, hasta que no pude verlo detrás de sus ojos rojos y brillantes. –Aurora se apretó la nariz para contener el ardor–. Mis padres nos presionaban mucho. Y él escapó de ellos con el juego y las drogas. Pero el Michael con el que crecí, el que me protegía de los desprecios de nuestros padres y los tomaba todos para sí, se había ido mucho antes de que mis padres lo abandonaran. Antes de que yo lo hiciera. Se fue antes de morir. Ahora me doy cuenta.

El dolor le atravesó el pecho.

–La noche que mis padres lo echaron, me suplicó que creyera que podía cambiar, que cambiaría. –Aurora dejó caer una lágrima–. No le creí. Lo dejé irse, porque no quería arriesgarme a la ira de mis padres, a su disgusto. Quería ser buena. Que me quisieran. Ser la niña de oro. Y entonces Michael murió. Solo, porque me habían manipulado para que fuera la hija que ellos querían –siseó, asqueada por aquello en lo que se había convertido por complacer a sus padres. Que, comprendió, nunca habrían estado satisfechos con ella. Ni con la Aurora obediente ni con la rebelde.

–No llores.

–¿Cómo no voy a llorar? No le di una oportunidad, ni siquiera una última oportunidad de cambiar, porque tenía demasiado miedo de estar a su lado y fracasar con él. ¿Y qué conseguí no abogando por él una última vez? Nada. Me convertí en la heredera del nombre y la fortuna de los Arundel porque era la única que quedaba. Y pensaron que yo cuidaría del legado cuando ellos murieran. Pero después de ti… después de Nueva York, me di cuenta de que no tenía que hacerlo a su manera. Podía vivir mi vida como quisiera.

–¿Y qué decisiones tomaste para tu vida?

–Elegí seguir siendo la persona en la que me convertí la noche que te conocí –confesó ella–. Valiente y audaz en las decisiones que tomo. –Aurora lo miró a los ojos y solo vio sombras.

Si él no la dejaba entrar, se metería dentro. Hablaría con las sombras que él no reconocía, y que aún ocupaban demasiado

espacio en su mente. En sus sueños.

Aurora se arrodilló y se arrastró sobre el regazo desnudo de Sebastian.

–Aurora… –Él levantó las manos mientras ella se acomodaba, con los muslos a ambos lados de los suyos. El bebé, grande y redondo, entre ellos–. ¿Qué haces?

–Tienes que hablar de ellos, como hice yo. Tienes que hablar de ella. Amelia. Necesitas enfrentarte a tus demonios, y…

–Mis demonios son míos.

–No puedes controlarlos.

–Sí puedo.

–No, no hasta que te enfrentes a ellos –insistió ella, dándose cuenta de que era la verdad–. O te poseerán. Mente, cuerpo y alma. Para siempre.

Casi podía tocarlo, verlo, interponiéndose entre ellos. Un demonio, bloqueando la conexión entre ambos, que podría ser mucho más fuerte si él lo dejara fluir. Si hablara con ella. Hablara de verdad.

–No. Aurora, no puedo darte esto. Te he dado todo lo demás, pero esto no puedo. –Sebastian le acarició el pelo. Enroscó los dedos en él y tiró para que ella sintiera la tensión, la fuerza, en sus manos–. No meteré en tu cabecita las imágenes que atormentan mis sueños. No volcaré mis traumas en tu inocente mente. No quiero que lo sepas.

–Pero quiero conocerte, y lo que haya pasado forma parte de ti.

–No es una parte que necesites conocer.

–Entonces, ¿te lo guardarás todo para ti? –preguntó ella sin inmutarse–. ¿Seguirás encerrándote en ti mismo? Yo podría haber hecho lo mismo que tú. –Estuvo a punto de gritar–. Encerrarme en Arundel Manor con mi dolor y mi culpa. Pero no lo hice. Estoy aquí, contigo, porque no lo hice.

–No somos iguales. No sabes… –Sebastian encajó la mandíbula.

Ella lo miró a los ojos, a esas profundidades de ámbar y verde. Y quiso derribar los muros que lo rodeaban, pero solo él podía hacerlo.

–Entonces, cuéntamelo –lo animó–. Cuéntamelo todo.

Y esperó…

¿No acababa ella de revelar su propia herida? ¿Su propia culpa? ¿No habían intentado ambos ser algo que no eran, algo que no deberían haber tenido que ser, para otras personas?

Sus historias eran parecidas, y a la vez diferentes. A Sebastian se le formó un nudo en la garganta.

Ella hacía que pareciera tan fácil tomar otra decisión. Para él no había opciones diferentes. Pero ella estaba ahí, tan suave, tan decidida a… ayudarlo.

Nunca nadie había querido ayudarlo. Esther… él era dinero para ella, puro y simple. Con el tiempo, se había vuelto leal. Lo quería… tal vez. Pero Aurora… ella no tenía ninguna razón para exigirle eso, aparte de que ella pensaba ingenuamente que cambiaría algo en él.

Pero no cambiaría nada. Entonces, ¿por qué no decírselo?

«Podría hacer que se marchara».

Se le revolvió el estómago. Si no se lo decía, también podría irse.

De cualquier manera, era un riesgo que no correría. Era solo una historia…

–No hay una historia oficial de mi vida antes de… –Sebastian no sabía por dónde empezar.

–Cuéntame la no oficial.

–No se la he contado a nadie. Nadie conoce el antes.

–¿Nadie?

–Para el mundo –él sacudió la cabeza– soy Sebastian Shard, nacido en el momento en que mi agente, Esther, me descubrió en las calles. Ya siendo un hombre.

–Pero eso no es cierto.

–No. –Sebastian asintió–. Fui joven, una vez. Pero nunca tuve una infancia, nunca me la permitieron. Nunca me dejaron jugar con otros niños. Me encerraron en un sótano.

–¿Un sótano? –Aurora entornó los ojos.

–Lo decoré. –Él asintió de nuevo–. Dibujé, pinté, en cualquier superficie que pude desde que supe hacerlo. Lo convertí en nuestro lugar secreto. –Recordó el mural de un horizonte interminable de rojos profundos y naranjas quemados–. Mío y de Amelia. Hasta que

el sótano desapareció, hasta que nos mudamos a una casa con un hombre. Un hombre que me dijo que lo llamara papá.

–¿Tu padrastro?

–Nunca fue un padre para mí. Apenas era un hombre. –Sebastian se aferró a la colcha–. Era el proxeneta de mi madre –escupió.

–¿Tu madre era prostituta?

–Sí –admitió él. Dolía que ella supiera la vergüenza que sentía–. Vivíamos en una casa compartida… Había mujeres por todas partes. Supe qué era a los siete años, quizá ocho. Tal vez menos. Esas mujeres no eran mis tías. No era una casa compartida. Era un burdel. Regentado por mi madre.

–¿Era una *madame*? –Aurora lo miró con ojos muy abiertos.

–Sí.

–Alguien tenía que saberlo. ¿Un profesor? ¿Un médico? ¿Alguien que podría haberte sacado de allí? ¿Ponerte en acogida? ¿Un hogar familiar?

–Era una especie de familia. –A Sebastian le hervía la sangre–. Antes de él.

–Alguien tenía que saber que había niños dentro de un burdel.

–No hay ningún registro mío. Mi nacimiento en casa no fue registrado, al igual que el de Amelia. Nadie lo sabía. Oficialmente no existíamos.

–¿Pero una comadrona? –insistió ella–. Seguro que hubo una para ayudar a tu madre a dar a luz.

–Cuando era niño, siempre había mujeres más o menos vestidas –explicó él–. Había suficiente experiencia colectiva como para no necesitar ayuda externa.

–¿Cómo es posible? –Aurora frunció el ceño–. No estamos en la Edad Media. Los niños no son… Su existencia no es… desconocida.

–Hay niños que se le escapan al sistema todo el tiempo, Aurora. Y su existencia es obsoleta porque no está en ningún ordenador –explicó él con dureza.

Estaba enfadado con ella por presionarlo, enfadado consigo mismo por contárselo. Pero una parte de él deseaba contar la historia que nunca había contado a nadie. A ella. Para que lo entendiera a él.

–No es una historia bonita. No sé cómo contarla sin las partes feas. No quiero que las partes feas estén en tu cabeza… no quiero hablar de ello mientras estás sentada en mi regazo. –Sebastian acarició sus suaves brazos, calmó el dolor de sus dedos contra su piel sedosa–. Eres tan suave. Tan inocente.

–Entonces cuéntame primero las partes bonitas.

–No había cosas bonitas en mi vida –contestó él–. Hasta que llegaste tú.

–Háblame de Amelia. –Ella sonrió con tristeza.

–Murió –explicó él con voz ronca–. Cuando tenía tres años.

–¿Y los tres años que vivió?

–Ella… –La emoción le obstruyó la garganta.

–Está bien recordarla. –Unos dedos, ligeros como plumas, le acariciaron la mejilla.

¿En serio? ¿Estaba bien pensar en sus deditos? Deditos que se habían aferrado a él, que habían confiado en él. Y la había dejado sola para que muriera. Sebastian cerró los ojos.

No defraudaría la confianza que Aurora depositaba en él. Jamás.

–Dolerá. –Los labios, suaves y tersos, besaron su mejilla–. Dolerá recordarla feliz –continuó ella, volviendo a besarlo–. Dolerá saber que, aunque fuera feliz, murió. Pero tienes que recordar algo más que su muerte, Sebastian.

Aurora le besó los párpados. Y Sebastian se estremeció.

–Debes recordar. –Ella le acarició la frente con los labios–. Recordar cómo vivió. Cómo formó parte de tu vida. Cómo sigue haciéndolo. Enfréntate a la culpa y sigue adelante. Perdónate.

Él abrió los ojos de golpe y le agarró las muñecas. No la dejaría acunar sus mejillas e introducirle la inocencia en su piel con sus suaves dedos. Él no era inocente. La sujetó por la cintura.

–¡Sebastian!

Sebastian la ignoró. No podía tenerla en su regazo. No podía sentir su calor cuando tenía la sangre tan fría. La levantó y la sentó en la cama a su lado.

–Sebastian –repitió ella–. Por favor.

Dolía oírla suplicar. Lo obligaba a romper su promesa de no permitirle suplicarle nada. Pero, esa vez, se equivocaba. No podía

cambiar lo sucedido. No podía deshacer lo que había hecho.

–Nunca me lo perdonaré –siseó–. Ella era hermosa. La inocencia personificada, la definición de la inocencia, con su pelo negro rizado, su pequeña nariz de botón, sus grandes ojos azules. Y se reía todo el tiempo. En la habitación que compartíamos. Una habitación con todo lo que necesitábamos, una cocina, un baño. Yo la alimentaba, la hacía eructar. ¡La amaba!

–Lo sé. –Aurora respiró pesadamente.

–Tú no lo sabes. No sabes cómo es recibir algo precioso, tan inocente que no puedes evitar amarlo.

–Estoy embarazada –le recordó ella–. Pronto nos será dado a ambos algo precioso. Algo que los dos amaremos. –Se puso la mano en el vientre–. Siento al bebé todo el tiempo. Sus manitas. Sus pies. Entiendo ese tipo de amor. Cómo te consume. Entiendo cuánto la querías.

Sebastian se mesó los cabellos, apartándolos de la piel erizada de odio a sí mismo. Asco.

Cerró los ojos, dejando fuera a Aurora con sus grandes ojos marrones empañados. No merecía su compasión. Le explicaría por qué. Después, abriría los ojos para ver desaparecer sus lágrimas. Vería la vergüenza de ella reflejada en su mirada con las feas imágenes que iba a meter en su hermosa, decidida, ingenua y testaruda mente. Él no era ingenuo.

–El amor nunca es suficiente –siseó, con los ojos aún cerrados–. Me dieron una responsabilidad. Cuidar de ella. Y la cuidé. La abracé. Cubrí todas sus necesidades desde el momento en que nació. Porque las otras habitaciones… llenas de mujeres con hombres, bebiendo, teniendo sexo, consumiendo drogas… no eran seguras para ella. En nuestra habitación estaba a salvo. Conmigo.

–¿Cuántos años tenías?

–Yo tenía doce, y ella era un bebé. –Él se pellizcó el puente de la nariz–. Ella confiaba en mí. Y durante tres años, la protegí. Hasta que una noche, mientras dormía en su cuna, yo…

Se lo contaría, aunque le costara admitirlo. Para grabarle las palabras en los oídos y que lo supiera.

Tenía derecho a saber con quién había hecho el amor en Nueva York.

Tenía derecho a saber quién era el hombre con el que compartía su cama en ese momento.

Abrió los ojos y no le ocultó nada. Dejó que lo mirara a los ojos y viera el hombre que era. Indigno.

–La casa estaba llena, todas las habitaciones ocupadas, y los que no tenían habitación llenaban el salón, la cocina. –Sebastian dejó que las imágenes cobraran vida en la cabeza de Aurora. El sexo abierto. La depravación–. Nuestra habitación estaba en la parte superior de la casa –continuó–. Era una casa preciosa en un barrio pintoresco donde nadie esperaría que hubiera tanta fealdad. Todo era pintoresco, menos nuestra casa. Nuestra habitación tenía cerradura. Y yo quería salir. Quería respirar el aire de la noche… Necesitaba pintar, dibujar, hacer algo con mis manos.

Sebastian se contempló las manos temblorosas.

–Necesitaba crear imágenes que nunca encontré en la vida. Imágenes de suavidad, de esperanza. Y la dejé. Dejé a Amelia durmiendo en nuestra habitación. Cerré la puerta para que nadie pudiera hacerle daño, para mantenerla a salvo. Me fui, y me llevé la llave…

–Sebastian… –Aurora lloraba, las lágrimas goteando de la punta de su hermosa barbilla.

–Me quedé fuera una hora, no más… –Él tenía que detener sus lágrimas. No quería su compasión.

–El incendio –murmuró ella, y las lágrimas cayeron más rápido.

–Cuando volví, la casa había desaparecido. No había más que humo y cenizas. Algunos sobrevivieron. Estaban con los bomberos o sentados dentro de las ambulancias. Pero Amelia se había ido. La parte superior de la casa todavía humeaba. Ella estaba… muerta.

–Ven aquí. –Aurora se secó las mejillas con el dorso de las manos. Y luego lo miró. Levantó los brazos y los abrió.

–No lo haré.

–Ven –repitió ella, y a él le dolió el cuerpo por su resistencia a caer en sus brazos.

–No quiero tu compasión –gruñó–. No la merezco.

–Te lo mereces todo –lo corrigió ella.

–¿No has oído nada?

–Lo he oído todo. –Aurora seguía con los brazos abiertos–. Eras un niño cuidando de tu hermana en una casa que nunca debería haber existido con niños dentro. Pero existíais. Los dos existíais. E hiciste esa existencia soportable para tu hermana porque la querías. Y querías un momento para ti, e hiciste lo que creíste correcto. Intentaste mantenerla a salvo.

–Y fracasé.

–Tu madre os falló. Desde el momento en que naciste, desde el momento en que puso a Amelia en tus brazos. No fue culpa tuya. Perdónate, Sebastian.

–Nunca.

–Voy a abrazarte. –Ella se puso de rodillas.

–No quiero que lo hagas.

–Pero voy a hacerlo –insistió Aurora–. Voy a abrazar al niño que necesitaba que alguien lo abrazara. Voy a abrazarte a ti, al hombre que necesita que lo abracen porque lleva demasiado tiempo solo, aislándose durante años porque se culpa de algo que nunca fue culpa suya… –Se le quebró la voz.

–Fue culpa mía. –Algo se desgarró en el pecho de Sebastian.

–No lo fue –lo contradijo ella, arrodillándose frente a él–. Ya te has castigado bastante.

–Nunca será bastante.

–Déjame abrazarte. –Aurora lo miró con ojos suplicantes.

–No quiero tus brazos a mi alrededor –mintió él, porque solo deseaba abrazarla.

–Apaga la luz.

–¿Por qué? –preguntó él.

Aurora se quitó el camisón por la cabeza y lo arrojó al suelo.

–¿Qué haces? –gruñó él.

–Meterme en la cama. –Y se acostó.

Él la miró tumbada a su lado.

–Abrázame –insistió ella–. Necesito que nos abraces.

El cuerpo de Sebastian rugió. ¿Cómo podía negárselo? Le había prometido satisfacer todas sus necesidades. Al menos físicamente.

Su cuerpo no obedeció a su exigencia de quedarse quieto. De mantener las manos lejos de ella.

Apagó la luz y se giró, amoldando su cuerpo a la forma de ella.

Ella le agarró las muñecas, las manos, y las colocó sobre su cuerpo.

–Aurora… –Sebastian cerró los ojos.

–No hables. No tienes que decir nada más. Solo abrázame. Estoy aquí contigo, lo estamos.

Los ojos de Sebastian se llenaron de lágrimas. Lágrimas que no iba a derramar.

–Mañana encontraremos la manera de honrar al niño que fuiste. A los niños como tú –susurró ella–. Mañana, encontraremos una manera de honrar a Amelia.

–No hay honor posible.

–Duerme, Sebastian.

Sebastian cerró los ojos. Su mente solo la escuchaba a ella. Su respiración. No analizó la intimidad que ella le estaba dando, pero sabía que era el momento más íntimo que había vivido nunca. En ese momento, estaba más cerca de ella de lo que nunca había estado de nadie.

Aurora sabía que él no dejaría que lo calmara, y por eso le había pedido que la calmara a ella. Y sabía que él no rechazaría su petición, porque… lo conocía.

Sabía lo que era, lo que había hecho, y aun así lo quería allí.

La revelación lo destrozó. Estaba en carne viva, roto, y lo único que evitaba que se viniera abajo era ella. Su cuerpo apretado contra el suyo. La pausa rítmica de su respiración calmó algo dentro de él. Sus manos suaves y pequeñas sobre las suyas. Ella abrazaba a su bebé… con él.

Era todo lo que no debía tener, todo lo que no se merecía. Pero allí estaba. Allí estaban.

Su familia.

Ambos en sus grandes y codiciosas manos. Porque era un glotón. Egoísta.

Pero no podía soltarla. Nunca los dejaría ir. Estaba tan cansado…

La oscuridad lo reclamó. Y Sebastián durmió un sueño sin sueños, abrazado a Aurora.

Abrazado por ella.

Capítulo 11

Las cocinas bullían de actividad y mil olores.

Aurora supervisaba al personal que trabajaba diligentemente en la pequeña cocina preparando las bandejas de plata para servir. Las copas de champán brillaban y los canapés tenían el tamaño perfecto para los invitados que empezaban a entrar en el gran comedor.

–Vigilad vuestras espaldas –llamó una cocinera al entrar en la segunda cocina, más grande.

Ella se detuvo ante las humeantes bandejas de asado. El olor de las pequeñas codornices, bañadas en hierbas y mantequilla, la asaltó, pero resistió el impulso de meter los dedos en el jugo y lamerlos.

Pronto las comería en la mesa principal con Sebastian.

–¿Señorita Arundel?

Aurora se volvió hacia la coordinadora de eventos, Tina, una bendición de brillantes ojos azules. Sin ella y Esther, no lo habría conseguido ni en una semana. Pero juntas lo habían hecho en una tarde.

Hacía bien en precipitarse con Sebastian. Ya no quedaba tiempo. El bebé llegaría en tres semanas…

–¿Qué sucede? –preguntó Aurora cuando Tina la miró llena de preocupación.

–Nada. –Tina apartó de los labios el micrófono de los auriculares y sonrió.

–Algo va mal. –Aurora no se dejó engañar–. La sala no está lista, ¿verdad?

–El comedor está listo. Los invitados están llegando y el personal está sirviendo los canapés…

–Entonces, ¿qué pasa?

–Esther Mahoti está aquí.

–¿De verdad?

Aurora estaba deseando conocerla en persona. La eficiente mujer que había proporcionado todo lo que Aurora necesitaba para que el evento fuera un éxito. Había confeccionado la lista de invitados perfecta, desplegado al personal necesario para preparar el castillo. Había planeado, con su equipo, el traslado de los invitados, organizado al equipo artístico para instalar las obras de Sebastian en el comedor y enviado personalmente a Aurora los zapatos de seda para sus pies.

–Así es. –Tina tragó nerviosamente–. Y exige ver al señor Shard.

–Pues llévala con él.

–No lo encuentro –contestó angustiada–. Debería saber dónde está todo el mundo. Y Esther…

–Estará bien –la tranquilizó Aurora, que también empezaba a sentir un nudo en la garganta.

–No volverá a utilizar nuestra empresa de eventos si pierdo a la estrella de la gala.

–Lleva a Esther a la sala. Que vea lo que has conseguido en tan poco tiempo.

–No será suficiente. Si no encuentro al señor…

–Yo lo encontraré. –Aurora tomó a Tina del brazo y la acompañó por donde había llegado.

El estómago le dio un vuelco. ¿Estaba Sebastian preparado? ¿Le había exigido demasiado?

–Haz lo que mejor sabes hacer. –Ella sonrió–. Pronto estaremos contigo –prometió.

Tina volvió a colocarse los auriculares y se marchó, hablando en voz baja.

Aurora giró sobre sus talones y salió por la puerta lateral que daba al fondo del patio.

Su corazón galopaba. Esa mañana, Sebastian le había besado la frente y le había dicho que se iba a dar un paseo. Solo. No era raro. Desde la noche en que le había hablado de Amelia, cada vez se tomaba más tiempo para él. Pero siempre regresaba al anochecer y se metía en la cama con ella.

Aurora salió por la puerta lateral. Un helicóptero descendió por las montañas bordeadas de árboles. Más invitados. Dejó caer la mirada hacia los árboles a la entrada del bosque y se dirigió hacia ellos. Lo encontraría. Se adentró en el bosque. Las ramas crujían bajo sus pies.

–¿Sebastian? –llamó, pero solo respondieron los pájaros a los que había asustado.

Unos rayos de luz blanca brillaban entre las ramas, salpicadas de hojas otoñales. Cerró los ojos y escuchó. Oía correr el agua. Abrió los ojos, escuchando, buscando la dirección correcta. Y se dirigió hacia el sonido del agua.

Sus pies se detuvieron en lo alto de una pendiente. Abajo corría un perezoso río. Una escalera natural de raíces conducía a él entre los árboles. Ella las bajó paso a paso hasta el río.

–Aquí estás. Te he encontrado –murmuró Aurora, deteniéndose.

Sebastian, arrodillado junto al río, se levantó. Y ella vio cómo el sol jugaba con los mechones de pelo que caían sobre los hombros. Su camisa blanca de cuello abierto dejaba ver la gruesa garganta cubierta de vello. Su mirada ascendió hasta la barbilla sombreada de barba, para detenerse en el grueso labio inferior. Y de ahí hasta las profundidades verdes y ámbar de sus ojos, que la miraban.

–No me he perdido –señaló él.

En Nueva York, ambos habían estado perdidos. ¿Iba a decirle lo mismo que entonces? Que él no era suyo para encontrarlo. Aurora se acercó con el corazón acelerado y el cuerpo tenso

–¿Qué haces aquí abajo? –Aurora carraspeó.

–Pensar.

–¿En qué? –preguntó ella, sonriente, pero sin conseguir mostrar la tranquilidad que quería proyectar.

–En ti. –Los ojos de Sebastian se posaron en su vientre, evidente bajo el vestido–. Y el bebé.

–¿Qué pasa con nosotros? –Ella se detuvo ante él, sobre el blando suelo cubierto de musgo.

–Han traspasado los muros –contestó él–. Las puertas están abiertas de par en par. Entran, en mi casa. –Sus ojos se clavaron en los de ella–. Tú los has invitado a entrar.

La mirada no era acusadora. La voz era suave. Y aun así ella se sintió como una traidora.

–Hablamos de esto. –Lo habían hablado la mañana después de que él le contara lo de Amelia. Tumbados en la cama. Abrazados–. Decidimos hacerlo por Amelia –le recordó–. Hoy.

–No soy un orador, Aurora –protestó él–. No me muestro en grandes salones ni en escenarios, frente a gente como ellos, y hablo. No hablo de mí mismo.

–Esto no trata de ti. –Aurora sabía que era una verdad a medias. La única razón por la que Sebastian haría eso era por Amelia. Pero él lo necesitaba mucho más que Amelia.

–No les importa –se burló él–. Quieren lo que crean mis manos. Quieren mi trabajo. No les importa lo que sufrió Amelia. La gente como ellos, privilegiada y elitista, ignora lo que ocurre en casas como en la que yo crecí. Fingen que dentro de esas casas no pasa nada. Pero lo saben, Aurora. ¿Cómo no iban a saberlo? Temen lo que vive en la oscuridad, así que eligen la ignorancia.

Aurora quería tocarlo. Tenderle la mano. Pero él tendría que confiar en ella para aceptarla.

–Ojalá yo me hubiera subido a un escenario –aseguró ella–. Ojalá hubiera hecho que mis padres me escucharan una última vez. Convencerlos de que Michael necesitaba ayuda. Amor incondicional…

Su corazón se aceleró. Amor. Estaba en su mente. En su lengua. Y lo sentía.

Estaba enamorada de él. Pero apartó el pensamiento. En ese momento no se trataba de ella.

–Ojalá hubiera hablado antes. Ojalá me hubiera dado cuenta antes de que la vergüenza que me hacían sentir por Michael, su estado, sus adicciones… no era nada de lo que avergonzarse. Era una oportunidad para exponer las atrocidades que experimentan los ricos, y los menos afortunados.

–No les importa, Aurora.

–Pues haz que les importe –Ella tomó aire–. Enfréntate a ellos como Sebastian Shard y diles que las causas para las que donan dinero valen la pena. Que la gente que las sufre vale la pena.

«Que tú vales la pena», añadió en silencio, porque él no querría oírlo. Ni lo aceptaría.

Tenía que creer que ese día era para Amelia.

–¿Cómo voy a hacerlo? –Sebastian apretó los labios.

–Sin avergonzarte –contestó ella, tragándose la emoción que amenazaba con obstruirle la garganta–. Tú, Amelia… los niños que han vivido, que aún viven, lo mismo que vosotros no tienen nada de qué avergonzarse. No es culpa suya que el mundo sea feo, que les exponga a cosas indescriptibles.

–Pero fue culpa mía que ella muriera –la corrigió él–. ¿Tengo que decirles eso? ¿Que yo la encerré?

Sí. –Ella asintió–. Si quieres contarles tu historia, la de Amelia, cuéntasela. No has hecho nada malo.

–¿Y qué? –gruñó él–. Ponte ahí y avergüénzate. Dile al mundo que el bebé que llevas dentro fue puesto ahí por un hombre que abandonó a su familia…

–No abandonaste a nadie –interrumpió ella bruscamente–. No nos has abandonado.

–Quiero que sepan que serás mi esposa.

–Sebastian… –El corazón de Aurora bailó. Era lo que ella quería. Ser su esposa. Pero no así.

–Cásate conmigo. –Sebastian hundió la mano en el bolsillo y la sacó, extendiéndola hacia ella. En la palma tenía un anillo de plata trenzada, en cuyo centro estaba la piedra más azul que ella hubiera visto jamás–. Es del mismo color que tu vestido la noche que nos conocimos. Azul sirena.

Ella levantó la mano sin poder evitarlo y tocó el anillo que la uniría a él. En nombre.

El corazón se estrelló contra sus costillas. Quería algo más que plata trenzada.

Dejó caer la mano y levantó los ojos, llenos de lágrimas, hacia los de él. Quería…

Quería su corazón. Ser su corazón. Ser amada como él amaba su arte. Como había amado a Amelia.

–Póntelo, Aurora –la instó Sebastian–. Nuestro bebé no será indocumentado. Nunca se perderá en la oscuridad. Hazles saber que soy tu protector. Hazles saber que Sebastian Shard, el enigma que se arrastra en la oscuridad y crea imágenes que los atormentan, te protege, y a nuestro hijo.

Ella quería más. Más que protección. Lo quería todo. Todo lo que él no estaba dispuesto a dar.

–No hablemos hoy de matrimonio. –Cerró los dedos de Sebastian sobre el anillo–. Pero… estaré a tu lado, digas lo que digas, y estaré orgullosa de que sepan que eres el padre de mi hijo. Ya no tienes que esconderte en la oscuridad, Sebastian.

–Aurora… Ellos temen la oscuridad, los ruidos que surgen de las sombras –añadió con fiereza–. Yo soy la oscuridad, y ellos me temerán.

–No. –Ella dejó caer las manos a los costados–. Amelia y tú fuisteis creados para permanecer en las sombras. Para esconderos. No permitas que Amelia se esconda más.

–Está muerta, Aurora –respondió él, sin veneno, solo aceptación–. Entiendo lo que has intentado hacer hoy, pero abrir las puertas me vuelve débil.

–No eres débil –lo corrigió ella–. Amelia y tú merecéis existir. Ser vistos. Ponte delante de ellos, Sebastian –lo instó–, y diles lo que creas correcto. –Sabía que lo estaba presionando–. Cuéntales la historia de Amelia. Que la conozcan. Que la vean. Que su muerte signifique algo, que pueda cambiar la vida de otros niños invisibles e indocumentados.

Él respiró profundamente.

–Tienes la oportunidad no solo de donar tu arte a causas en las que crees, sino de ser su rostro. Tu cara, sin máscara, sin esconderte detrás del arte que creas. –Ella tragó saliva–. Hoy están todos aquí. Así que ponte delante de ellos como eres. Por Amelia. No te escondas más, Sebastian. Hazles ver…

–¿A mí?

–Sí. –Aurora asintió y esperó. La gala estaba a punto de comenzar, pero él necesitaba más tiempo.

–Por Amelia. –Sebastian asintió y se guardó el anillo–. Y después…

–¿Después?

–Llevarás mi anillo. –Sebastian entrelazó sus dedos con los de ella.

Aurora le apretó la mano con más fuerza y dejó que la guiara por la escalera de madera.

«Y después…», su corazón se aceleró.

Se casaría con él. Por ella. Por los motivos correctos. Por amor.

Sebastian la condujo fuera del bosque. Despacio. Controló las ganas de regañarla otra vez por subir unas escaleras demasiado empinadas y desiguales para encontrarlo. Pero ella no lo escucharía.

Ella bromearía diciéndole que, a pesar de su juramento, a pesar de su decisión de no preocuparse por ella, de no importarle nada ni nadie, le importaba.

Y tenía razón. Le importaba. Profundamente.

Se había abierto a ella, no solo físicamente, sino de formas que nunca antes había hecho. No había utilizado las bonitas imágenes que creaba para expresarse. Con Aurora, había usado palabras, le había ofrecido imágenes horribles que lo atormentaban, había expresado sus… pensamientos y confesado sus crímenes. Le había mostrado el hombre que se escondía bajo su nombre.

Y ella le había demostrado que podía cambiar.

Salieron del bosque y los árboles se agitaron con el viento, empujándolos hacia adelante. Él se detuvo al borde de la arboleda y observó cómo el aire levantaba la seda negra de sus cabellos.

–Estás impresionante, Aurora –gruñó.

–Gracias –respondió ella–. Me siento hermosa. –Sonrió y él no pudo evitar sonreír también.

–Muy muy hermosa. –Sebastian asintió.

Y supo que él no era el único en abrazar el cambio. Aurora había cambiado. Ya no era la criatura rota que gritaba a los árboles. Era vibrante. Confiada. Y resultaba tan fácil alimentarse de su juventud, de su inquebrantable confianza en que su camino era el correcto.

La claridad despejó las últimas dudas en su mente. La niebla se disipó, y también algo dentro de él.

Ella tenía razón. Ella era su despertar. Esa diosa vestida de seda roja, era su redención.

–¿Listo? –Aurora ladeó la cabeza.

Él asintió. Lo estaba. Por ella. Su Aurora…

Avanzaron juntos hacia el castillo, uno al lado del otro. De la mano, salieron de las sombras y entraron en la luz de un sol demasiado brillante.

Sebastian no estaba solo, y no sentía debilidad al tenerla a su lado. Sino poder. Ella era su poder y lo había fortalecido en su decisión de reclamar la oportunidad que ella le había dado. Una oportunidad de ser él mismo y sacar a Amelia de las sombras. De dar su nombre y su rostro a una organización benéfica que fundaría para ayudar a niños como ella. Niños olvidados.

Y lo haría. Ese mismo día. No dejaría que los ricos y la élite siguieran siendo ignorantes.

Les haría ver algo más que su bonito arte. Y reconocerían lo que temían.

Lo reconocerían a él. Todo lo que era y todo en lo que se había convertido a pesar de ellos.

Juntos, Aurora y él, entraron en el castillo. Juntos caminaron por el pasillo hasta llegar a las puertas de roble y hierro. Sebastián y Aurora entraron en el gran salón. Juntos.

Tomados de la mano, recorrieron el pasillo central entre las mesas hasta la parte delantera de la sala.

Subieron a la tarima, pero ella no le soltó la mano. Mientras él miraba a los invitados que Aurora había convocado, ella le apretó la mano.

Sebastian no la miró. Mantuvo la mirada en ellos, en los ojos que lo miraban expectantes.

Pero la sintió. Le devolvió el apretón y supo que ella también lo sentía. Y que lo que estaba a punto de decir no la escandalizaría ni la horrorizaría. Ella lo había aceptado. Tal como era.

No quiso examinarlo más a fondo, cómo la comprensión hacía que el dolor en su interior palpitara con algo extraño. Algo que no quería

reconocer. Tomó lo que ella le ofreció. Su aceptación.

Eso era todo lo que quería, no a esos impostores en su casa. No necesitaba que lo aceptaran. Solo necesitaba que supieran que existía, que existiría, con o sin ellos. Y también Amelia.

–Soy Sebastian Shard –comenzó, y esperó para que todos sintieran el peso de su nombre. Su poder.

Había ascendido por encima de todos ellos desde los lugares oscuros que había llamado hogar. Y se presentaba impávido ante ellos como el hombre en que se había convertido el muchacho olvidado.

–Soy Sebastian Shard –repitió, más alto. Los obligaría a contemplar el sucio secreto que ellos habían preferido ignorar–. Y mi madre era prostituta. Una *madame*. Una proveedora de placer para todos los que entraban en su casa y en su cuerpo.

Se produjo un respingo en la sala, y él se alimentó de su conmoción.

–Yo era, soy, esos niños de vuestros barrios –continuó, abriendo sus ojos ignorantes–. Un niño que vivía en una casa de depravación oculta bajo vuestra respetable fachada. –Y por primera vez, no se sintió avergonzado por su pasado. Se sintió… fuerte.

–Hay muchos niños como el que yo fui. Viviendo en espacios oscuros. Viendo cosas indescriptibles. Cosas feas. Y no podemos olvidarlos. Yo no los olvidaré.

Inhaló profundamente. Había dicho lo suficiente, les había contado lo suficiente. Hizo un gesto con la mano libre al personal junto al escenario. A su señal, rodearon la tela blanca de tres metros.

Él asintió, y docenas de manos tiraron de la tela hasta dejar al descubierto el metal retorcido en todo su esplendor. Era demasiado alto para su estudio, así que lo había construido en el bosque.

–Soy yo… –susurró Aurora, y él oyó el asombro en su voz. Al mirarla, todo lo demás desapareció.

–Eres tú –confirmó Sebastian. Sus manos no habían querido crear otra cosa desde la mañana en que la había visto bajo la ventana de su estudio. Con mil deseos a sus pies.

–Sebastian… –Aurora clavó los ojos en los de él y luego volvieron a su creación. El metal doblegado a su voluntad. Había moldeado un momento. Un momento privado que solo él había visto.

–Construí mil deseos a tus pies –explicó, solo a ella–. Porque ahora sé, comprendo, que, si Amelia hubiera tenido un deseo, te habría deseado a ti, Aurora. Tu espíritu, tu determinación de vivir, de ser quien eres sin avergonzarte de ser… Amelia habría deseado que me hicieras comprender. Ahora lo entiendo –concluyó–. Serás el rostro de nuestra fundación para apoyar a niños como ella… como yo.

Sebastian se volvió hacia los invitados y levantó la mano libre hacia las paredes, hábilmente iluminadas para mostrar su arte en todas sus formas.

–Las obras de arte de las paredes están en venta –anunció. Aceptaría su dinero. Se lo llevaría todo–. Pero esto –señaló detrás de él– es el símbolo de nuestra nueva obra benéfica. «El deseo de Amelia».

La voz se le quebró.

–Disfrutad de la comida –graznó. Y se llevó a Aurora por donde habían llegado, entre las mesas.

Vaciló y dio un pequeño paso en falso, pero Aurora lo sujetó mientras todos… Aplaudían.

Aplaudían su discurso crudo y feo. Aplaudían lo que era y lo que haría. Por Amelia.

Tomados de la mano, Aurora y Sebastian salieron del gran salón.

–Cerrad las puertas –ordenó bruscamente, encerrando sus miradas, que no quería sobre él.

Solo quería los ojos de Amelia. La quería a ella. Solo a ella.

–Aurora –llamó cuando las puertas de hierro y roble se cerraron tras ellos.

–¿Por qué no estamos ahí dentro? –balbuceó ella–. Estuviste increíble. Amelia…

–No necesito estar ahí ahora. Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

–Ella estaría muy orgullosa de ti. Yo estoy orgullosa de ti. –Aurora sonrió temblorosa.

–Gracias. –Él le pasó el pulgar por el labio. Sabía que esa única y sencilla palabra bastaría para ella.

Ella le besó el pulgar, se encontró con su mirada y la mantuvo prisionera. Y él se dio cuenta de que era un prisionero dispuesto, su cautivo. Permanecería con ella. Siempre. La protegería con la fuerza que ella había desatado dentro de él.

–Ven a la cama conmigo, Aurora.

–¿Por qué?

–Quiero llevarte a la cama –respondió él–. Necesito estar contigo. Desnudo. Quiero abrazarte. Solo a ti –anunció su verdad. Sus necesidades. Sus deseos–. Me equivoqué –admitió–. Tenemos algo especial, Aurora. Esto, nosotros, puede funcionar. –Y la palabra «nosotros», no le pareció robada–. Podemos intimar. Podemos ser amigos, amantes. Marido y mujer. Podemos ser un equipo y formar una familia. La familia que ambos queremos y que nunca hemos tenido.

–Yo también me equivoqué –admitió ella.

–¿Sobre qué? –Él frunció el ceño.

–Sobre nosotros.

–¿Qué pasa con nosotros?

–Nos lo merecemos todo. –Los delicados tendones de su garganta se tensaron.

–Te ofrezco todo lo que deseas –señaló él–. Nunca estarás sola ni te sentirás sola. Seremos amigos. Seremos íntimos. Seremos una familia.

–Quiero más.

–No hay más.

–Sí lo hay. –Aurora se irguió–. Hay amor.

–Aurora…

–Te amo, Sebastian. –Ella sacudió la cabeza, y se le empañaron los ojos–. Y necesito que me ames.

Capítulo 12

El suelo se abrió bajo los pies de Sebastian. Un paso en la dirección equivocada, un paso hacia ella, y caería. Directamente al infierno. Le soltó la mano, y dolía saber que nunca volvería a agarrar su mano. Nunca sentiría la suavidad de su impecable piel bajo sus palmas mucho más ásperas.

Porque tenía que soltarla. Tenía que soltarla.

–No lo hagas. –Ella apretó con fuerza los dedos de él. Dedos que él no quiso cerrar–. No me dejes fuera –suplicó–. No… Por favor. Sebastian…

Otra promesa rota. Había jurado que ella nunca más le suplicaría. Pero ella suplicó. Con sus grandes ojos marrones. Con sus dedos aferrándose fuertemente a los de él.

A Sebastian le dolía el corazón. El errático golpeteo era una bestia furiosa dentro de él. Porque allí estaba ella, suplicando su amor, y él no podía dárselo. No quería. El tipo de amor del que ella hablaba había vivido dentro de él una vez, había sido su propósito. Y lo había destruido.

Aunque no era tan ingenuo. Volvía a sentirlo, en ese momento, amor. Pero decirlo en voz alta, reconocerlo, era diferente. Y él la amaba demasiado. Demasiado.

Era lo mismo y a la vez diferente. Era una oleada de calor, de deseo, de necesidad. Y sus manos ansiaban agarrarla y no soltarla. Pero si lo hacía, apretaría demasiado. La aplastaría.

No la aplastaría.

–Háblame –le exigió Aurora–. Grítame. Dime que esto no es lo que acordamos, que ninguno de los dos lo quería. Pero ha sucedido. Esto es amor –susurró, empapando a Sebastian con algo pesado. Un peso reconfortante. Una mentira.

Su amor era peligroso, y aceptar el de ella… Darle el suyo a cambio… Sería una maldición.

–Por favor, no me dejes fuera.

–Esto ha sido un error, Aurora. –La bilis subió a la garganta de Sebastian–. Nunca debí haberte escuchado gritar. Nunca debí salir de las sombras. Nunca debí mostrarte…

–¿Mostrarme quién eres? –lo interrumpió ella–. ¿Nunca debiste mostrarme al hombre bajo esa máscara? ¿Nunca debiste traerme aquí y mostrarme que el hombre que hay entre los muros de este castillo es un hombre que merece ser amado? Mereces ser amado, Sebastian. Y yo te…

–Para –ordenó él, pero la exigencia sonaba hueca, endeble.

–No pararé. –Aurora agarró la muñeca de él con la otra mano–. Los dos merecíamos ser amados. Estamos hechos el uno para el otro. Tú estás hecho para que yo te ame.

El pecho de Sebastian colapsó. Si ella estaba hecha para él, si él estaba hecho para ella, ¿por qué dolía tanto?

Porque el amor era dolor. Su amor era agonía. Y él no se lo daría. Todo ese amor dentro de él. No la ahogaría en sus sentimientos, en su apego. No la mataría a ella también.

–Aurora, suéltame.

–No.

Tendría que obligarla. Conseguir que lo odiara, que huyera de él sin mirar atrás. Era la única manera de mantenerla a salvo, porque, desde que ella había nombrado el amor que ambos sentían, él no podía protegerla. La vida, el amor, podían ser arrebatados en un instante. La destrozaría como lo había destrozado a él.

Lo mataría perder su amor. Perderla en las mismas manos del destino que se habían llevado a Amelia. Pero mejor perderla en ese momento que hundirse más.

Dio un paso hacia ella, respirando su aroma, cálido y puro. Inocente. Y ella lo miró.

Él la había llevado allí y la había encerrado. La había apartado del mundo y hecho su prisionera porque pensó que era la única forma de mantenerla a salvo. Pero no la había mantenido a salvo. No la había protegido. Se estaba protegiendo a sí mismo.

El mundo estaba en ese gran salón, y él la había arrastrado fuera, cerrando las puertas. Si la mantenía allí, siempre estaría sola, porque él no pertenecía a la gente, a los grandes salones. Ella sí.

–Sebastian…

Él se inclinó hacia ella hasta que las oscuras pestañas se cerraron y sus labios se entreabrieron.

Le sería tan fácil cerrar los ojos a él también. Inclinarse esos últimos milímetros y reclamar su beso. Reclamarla. Mantenerla allí con él. Pero sabía que no podía.

Ella se lo merecía todo. Todo lo que él no podía darle. ¿Qué clase de vida tendría con él? ¿Qué clase de vida tendría su hijo? Merecían vivir su vida plenamente. Libres. Y él solo los encadenaría. Los mantendría al margen, fuera de la vida. Donde él pertenecía, pero ellos no. Ella no.

–Nunca te amaré –susurró las palabras sobre los labios entreabiertos de ella.

–Sebastian… –Aurora abrió los ojos de golpe.

–¿Crees que esto es amor? –se burló de sí mismo. Porque la amaba. La necesitaba como al aire–. Nunca fue amor. Nunca podría serlo. No entre nosotros. Te traje aquí para encarcelarte por mi bebé. Nunca por ti. Tú no significas nada para mí.

–¡Mentiroso! –le escupió ella.

Era un mentiroso. No había sido por el bebé. Siempre había sido por ella. Pero Sebastian mentiría mil veces para salvarla de una vida con él. Porque no sería la vida que ella merecía.

–No te quiero –insistió él, cada palabra quemándole la garganta, el cuerpo, su mente.

Pero sería la única verdad que ella conocería. La única que él le daría.

–Para mí solo eres –añadió, y su corazón protestó con furia– una incubadora para mi heredero.

Ella dio un respingo, y él sintió su agonía. Pero no era nada comparado con la agonía que ella experimentaría si él le decía la verdad. Que su amor la asfixiaría.

Aurora lo soltó, y él sintió su pérdida en lo más profundo, como si sus pequeños y delicados dedos fueran lo único que lo mantenía en pie. Pero él hizo lo mismo. Quitó la mano de su cara, dio un paso atrás y se apartó de ella. No la llevaría con él.

–¿Todo fue un juego para ti? –preguntó ella, con los ojos llenos de lágrimas de rabia que se quitó de un manotazo–. ¿Jugaste conmigo para conseguir el bebé?

–Sí. –Él asintió mientras su cuerpo le reclamaba que se arrodillara y suplicara perdón. Pero no podía.

–¿Todo era mentira?

Y la respuesta en la boca de Sebastian surgió instantánea.

Que ella era la única verdad que había conocido. Que ella era todo lo que él deseaba.

Pero, en lugar de decírselo, se alejó otro paso de ella, y supo lo que le esperaba mientras se preparaba para contar otra mentira. La única mentira que la protegería de él.

–Sí. –El agujero se abrió detrás de él–. Todo mentira –confesó la mentira que ella necesitaba oír.

Sebastian dio el último paso y se zambulló. Directo al infierno. Llevándose su amor con él.

Aurora sintió un escalofrío desde lo más profundo de su abdomen, hasta que todo su cuerpo palpitó de rabia y confusión.

Le había parecido tan natural confesarle su amor. Era el paso lógico. La progresión natural en su relación. Y sin embargo… miró a Sebastian. Tan cerca y tan lejos de ella. Allí, ante ella. Parecía él mismo, pero no era él mismo. Era frío, distante. No era el Sebastian del que estaba enamorada.

–No tiene sentido –se dijo a sí misma en voz alta, pero él respondió.

–¿Qué no he dejado claro, Aurora? ¿Qué no entiendes? –Sebastian encajó la mandíbula–. Cometí un error. Estábamos condenados desde el principio. Yo… nosotros… somos demasiado diferentes. Fue un error por mi parte. Un error fatal bajar la guardia en Nueva York. Dejarte… dejar que esto ocurriera. –Sacudió la cabeza–. Me equivoqué. No podemos funcionar. Y yo no puedo seguir fingiendo. No puedo seguir representando esta… pantomima.

Aurora lo miró a los ojos, vacíos, salvo por el color verde y ámbar. Y, de repente, cayó en la cuenta.

–Tú eres el chico del cuadro, ¿verdad? –preguntó–. En Nueva York. *Divinity*.

–¿Eso qué tiene que ver? –Él frunció el ceño.

–Te veo.

–Estoy aquí mismo.

–No –lo corrigió ella–. No lo estás. Esto… –lo señaló con la mano– no eres tú.

–Aquí no hay nadie más que tú y yo.

–Solo éramos tú y yo en Nueva York. En tu estudio. En mi cama –insistió Aurora–. En el bosque, junto al río… –Señaló las puertas cerradas–. En ese escenario… eras tú. –Lo volvió a señalar–. Esta persona que tengo delante no es más que una cáscara del hombre que amo. Una copia de ti, portando una máscara hecha para engañar. Pero a mí no me engañas.

–Te engañas a ti misma –contestó él–. No me conoces. Solo sabes lo que he querido que sepas.

–Te conozco. Lo sé. Estas palabras crueles que me has dicho son… –Ella buscó cómo explicar que sabía lo que él estaba haciendo y que no lo aceptaría–. Tus palabras no son más que una defensa. Flechas que decides dispararme –resumió para él y para sí misma–. Pero solo han provocado heridas superficiales. No tengo miedo. No voy a huir.

–Entonces eres más ingenua de lo que pensaba.

–No soy ingenua –protestó ella–. Te veo.

Aurora no aceptaría a ese falso Sebastian cuando el auténtico estaba ahí, bajo un cruel exterior de indiferencia. Él no era

indiferente. Amaba, profundamente. Intensamente. Desesperadamente.

Sabía que la amaba. Estaba tan segura como de que su bebé crecía dentro de ella.

–El cuadro en Nueva York… Un chico en harapos, su piel cubierta de mugre… Pero sus ojos brillaban. Vívidos. No ocultaban nada. Permitían que quienes lo miraban entendieran lo que quería. Lo que necesitaba. Si tan solo pudieran mirar más allá de su reacción inicial ante su estado. Si pudieran mirar más allá de las ojeras bajo sus ojos cansados. Bajo la suciedad. Estaba ahí para que cualquiera lo viera. Para que cualquiera se lo diera. Ellos no lo vieron. Pero yo sí. Lo reconocí.

–No había nada que ver en ese cuadro. Nada que descifrar –insistió Sebastian bruscamente–. Nada más que lo que ofrecía. ¡Un cuadro!

–Tienes miedo, ¿verdad? –preguntó ella–, y sabes que lo sé, ¿verdad?

–No sabes nada.

–Sí, lo sé. Ahora lo entiendo todo. Todavía lo necesitas, lo mismo que ese pobre chico, pero te da miedo admitir que el niño que fuiste aún vive dentro de ti. Y todavía lo necesita, más que cualquier otra cosa. Lo está buscando. Suplicando por ello. Lo vi en sus ojos. Y lo veo en los tuyos.

–¿De qué estás hablando, Aurora? –siseó él–. Hablas con acertijos que no quiero entender. No necesito que entiendas lo que el cuadro significaba para mí. ¡No significa nada!

–Lo tienes delante de ti –continuó ella, ignorándolo. Ella lo sabía. Lo comprendía más en ese momento de lo que nunca lo había hecho. Su búsqueda había sido la misma que la de ella. El deseo bajo la fachada de sus sonrisas. Su voz silenciada. Ambos lo querían. Y podían tenerlo todo–. Estoy justo delante de ti. Solo tienes que extender la mano y reclamarlo. Y es tuyo. Yo soy tuya.

–Ya te he tenido, y he tomado todo lo que tenías que ofrecerme.

–Esto no.

–¿Qué no? –gruñó él.

–Aceptación –balbuceó ella.

–No necesito tu aceptación.

–La tienes.

–No la quiero.

–Extiende la mano, Sebastian. Te la estoy dando. Aceptación. Amor. Amor incondicional.

–El amor nunca es suficiente.

–Será suficiente para nosotros. Tendremos amor. Tendremos todo lo que nunca hemos tenido.

–No te quiero. No quiero tu amor. ¿Qué tengo que hacer para que lo entiendas?

–No permitiré que lo hagas, Sebastian. –Ella temblaba–. No permitiré que te quedes ahí fingiendo que no te importa. No permitiré que finjas…

–Todo era una farsa –interrumpió él–. No me importas. No te quiero.

–Sí me quieres –replicó Aurora sin aliento–. Te importa. Amas. Me amas.

–No. –Él pasó a su lado–. Ya está hecho. Hemos terminado. Se acabó.

Aurora, sus manos, su cuerpo, su corazón, anhelaba alcanzarlo, abrazarlo, hasta que comprendiera que estaba allí con él. Lo conocía. Lo amaba. Pero él ya se alejaba por el pasillo. Dejándola atrás.

–¡Sebastian! –lo llamó, pero él no se volvió, no se detuvo.

Se quitó las zapatillas echó a correr tras él. Lo vio atravesar la entrada del castillo y bajar los escalones de piedra. Y lo siguió. Sebastian cruzó el campo verde. Atravesó los muros de artillería.

El piloto lo saludó. La boca de Sebastian se movió. Ella no pudo oírle. Pero sintió las palabras salir de su boca. Una áspera cáscada de demandas.

Abrió la puerta del helicóptero. El mismo helicóptero en el que había llegado con él. Y entonces se giró. La esperó. Su cuerpo de piedra. Sus ojos oscuros. La mandíbula encajada.

Aurora aminoró la marcha. Sin aliento y jadeando, intentó recomponerse, sentir la hierba corta bajo sus pies descalzos. Pero

solo sentía un agujero en el pecho. Y se extendía, vaciándola por dentro.

Se detuvo frente a él, con la respiración entrecortada y acelerada.

–El piloto te llevará de vuelta a Arundel Manor.

–Sebastian, por favor.

–Sube, Aurora.

–No lo haré.

–Ya no hay nada aquí para ti –aseguró Sebastian–. Fue un error traerte. Volverás adonde perteneces. –No la tocó, no la besó. Simplemente se alejó. Le dio la espalda. A todo lo que podrían tener.

–Te pertenezco –gritó ella a su espalda–. Y tú a mí.

–Todo lo que te pertenece –él se detuvo– te será devuelto. Pero yo no estaré entre tus pertenencias. No te pertenezco. No pertenezco a nada ni a nadie.

–¿Y el bebé?

–Estará más seguro contigo –carraspeó Sebastian y su voz se quebró–. Será más feliz contigo.

–Aquí no hay peligro. No eres un peligro para el bebé –insistió ella, y algo se rompió en su interior–. No puedes seguir castigándote por algo que hiciste siendo solo un niño.

–Mi castigo no lo decides tú. –Él se puso rígido y siguió caminando.

–No te tengo miedo.

–Deberías tenerlo.

–No tengo miedo de subir a este helicóptero –gritó Aurora–. No tengo miedo de irme.

–Entonces sube –contestó él.

–Me echarás de menos –gritó ella a su espalda.

–No te echaré de menos –susurró Sebastian. Sus palabras la alcanzaron solo gracias al viento.

–Vendrás a buscarme –aseguró ella, pero él ya estaba demasiado lejos para oírla.

Ya no podía alcanzarlo. Él no quería ser alcanzado. No quería oír. No quería ser amado.

El piloto la condujo al interior del helicóptero, y ella le permitió abrocharla y cerrar la puerta.

Las aspas del helicóptero cobraron vida. Y ascendieron sobre la línea de árboles. Sobre el castillo.

Ella lo vio subir los escalones de piedra. Esperaba que levantara la vista y la viera. Pero no lo hizo.

Cerró las puertas. Se encerró dentro sin ella.

A Aurora se le agarrotó el pecho. Sus pulmones se bloquearon. Prefería estar dentro, encerrado con ellos, que con ella. El helicóptero giró, alejándose del castillo. De él.

Una lágrima rodó por su mejilla, y ella dejó que goteara sobre su vestido. Y reconoció su tristeza. Reconoció que la última flecha de Sebastian había atravesado sus costillas y entrado en su corazón.

Estaba sangrando. Su corazón estaba destrozado. Roto. Se les había acabado el tiempo.

Todo lo que habían tenido juntos había terminado.

Capítulo 13

Dos semanas después…

Aurora acarició la delicada ropa de cama amarilla de la cuna. Pellizcó la suave funda que protegería al bebé de la madera. Los diminutos patos, bailando con sus picos abiertos cosidos a mano en la ropa de cama, se burlaban de ella con su felicidad.

Se dio la vuelta. Pero era inútil. En cada rincón de su dormitorio color melocotón estaba él. Dentro de los pequeños jarrones. En las cajas que no había guardado, llenas de la vajilla de aves rapaces.

Sebastian había sido fiel a su palabra. Los camiones habían llegado al día siguiente.

Había devuelto… todo, hasta el jarrón más pequeño. O la vajilla más grande. Los zapatos de seda que se había sacudido fuera del gran comedor. Todo. La última caja había llegado ese mismo día.

Se miró la mano, los hilos de plata trenzados que formaban el anillo alrededor del dedo corazón.

La nota decía que había sido encargado para ella, que le pertenecía y que él no lo quería.

Él no la quería.

Estiró los dedos, los flexionó. El peso le resultaba extraño. Equivocado. Y supuso que lo era. Estaba en la mano equivocada. No pertenecía a ese dedo. Le apretaba demasiado, pero no soportaba llevarlo en el dedo adecuado. Las garras de plata que sujetaban la

piedra azul en el centro pellizcaban, le hacían muescas en la carne como un hierro candente.

La marca de Sebastian. Más profunda que la marca que desaparecería cuando se quitara el anillo.

Él la había cambiado. La había marcado como suya desde la primera noche. Y seguía siendo suya. Lo anhelaba en todos los sentidos. Sintió un pinchazo en el estómago.

–Todavía no, bebé –susurró–. Unos días más, por favor.

Sabía que el bebé estaba listo. Pero aguantó, dándole a Sebastian un tiempo que no había pedido. Tiempo que no tenía por qué darle. Porque no iba a aparecer. Nunca.

–¡Ay! –Aurora se dobló y se llevó las manos al estómago. La contracción de Braxton Hicks era más fuerte de lo habitual. Tanto que la dejó sin aliento.

Solo era una contracción de prueba. Pasaría. No estaba preparada. No sin él. Sebastian llegaría. Tenía que llegar. No habían terminado.

Iban a tener un bebé. Estaban enamorados.

«Él no te ama».

–¡Ahh! –El dolor le desgarró la pelvis.

Apretó los dientes y respiró. Él la amaba. Amaba al bebé que llevaba dentro.

«¿Y por qué no está aquí?».

El dolor disminuyó. Pero una presión se acumuló en su espalda. Un peso en la columna.

Se sentó en el borde de la cama.

Cada día era lo mismo. Una batalla entre su corazón y su mente. Él no la quería. La había echado… ¿Y qué había hecho ella? Dejar que la empujara a un helicóptero, que acabara lo suyo. Sin luchar.

Cerró los ojos. Quería que él luchara… por ellos.

Quería que él entrara en su habitación, como había hecho semanas atrás, y se la llevara.

Abrió los ojos y miró por encima de la cuna donde colgaba el cuadro de Sebastian. Sus ojos la observaban. Cuando naciera el bebé, cuando durmiera en esa cuna, le recordaría qué lo importante era el amor. El amor incondicional.

Un dolor agudo le subió por la columna vertebral.

–¡Oh, oh! –jadeó con fuerza. La presión era tan intensa en su espalda que le palpitaban las sienes. Su mirada se nubló.

Deseó tener una máquina del tiempo. Deseó poder derribar las puertas del sótano y salvarlo antes del nacimiento de Amelia, antes de que conociera tanto dolor. Y arrepentimiento. Y culpa.

¿Quién había luchado por él? Nadie.

Seguía solo en su castillo, en la habitación más alta de la torre más alta…

Podía llorar. Podía gritar. O podía aceptar el final de lo suyo. Pasar página. Criar a su hijo sola. Viviría, existiría, con o sin Sebastian.

No podía hacerle tomar la decisión correcta. Que la amara. Que aceptara su amor.

Pero podía luchar. Podía luchar contra los demonios que aún peleaban por él. Podía protegerlo con su amor. Podía amarlo. Más fuerte de lo que él jamás había conocido.

Un gemido escapó de sus labios. Pero no era el dolor físico que aplastaba sus caderas. Era el dolor de darse cuenta de su estupidez. Era estúpida. Ciega. Ella no necesitaba ser rescatada. Él sí.

Toda su vida, Aurora había aceptado las cosas. Cómo se suponía que debía comportarse. Qué decisiones debía aceptar. Y toda su vida, había estado fuera de su propia vida. Esperando el amor y la aceptación de sus padres. Había sonreído a pesar del dolor, asentido aunque no estuviera de acuerdo con las decisiones que había tenido que aceptar por miedo a luchar por lo que creía.

Pero creía en ella y en Sebastian. En su amor.

¿A qué esperaba? ¿Al permiso para amarlo? Sebastian nunca se lo daría sin pelear.

Se dio cuenta de que ella había luchado por ellos desde la noche en que se conocieron. Luchado por todo lo que podían ser juntos. En los jardines. En el castillo. Y todas las pequeñas luchas habían llevado a la batalla final que tendría que ganar. ¿Qué armas tenía? Solo a sí misma. Solo su amor.

Él era la bella durmiente. Y ella lo despertaría.

Buscó su teléfono junto a la cama. Pero no tenía su número. Esther sí. Esther la ayudaría.

Llamó al número que había marcado tantas veces durante la semana de la gala. Y esperó.

–Aurora.

–¿Puedes conseguirme un helicóptero?

–¿Por qué estás sin aliento? –preguntó Esther.

¿Lo estaba?

–Tengo que ir a verlo. –La cabeza le daba vueltas–. Ahora.

Se produjo un silencio y el corazón de Aurora palpitó.

Podría conseguir un helicóptero, pero nunca había usado uno para ella, ni tenía uno en el jardín. Esther podría arreglarlo más rápido.

–Por favor –sollozó Aurora–. Está solo. No debería estar solo.

–No, no debería –convino Esther–. Puedo conseguirte uno. ¿Estás en casa? ¿En la mansión?

Las lágrimas regresaron, pero su sonrisa era nueva. Y le sentó bien sonreír. Pronto estaría con él.

–Sí.

–No cuelgues –respondió Esther–. Te diré cuánto tardará.

–Que sea pronto –suplicó ella.

–En cuanto pueda –prometió Esther, y Aurora quiso saltar de alegría, pero estaba demasiado cansada, hinchada y embarazada para hacerlo.

Tenía que prepararse. Puso la mano a un lado de la cama y empujó… y se le heló la sangre.

–Esther…

–Sigo aquí.

Aurora se llevó la mano al vestido azul claro, manchada de rojo intenso.

–Estoy sangrando. –Acercó los dedos a la cara.

–¿Sangrando? –preguntó Esther–. ¿Por dónde?

Ella no podía respirar. Estaba confusa. Una niebla caía sobre ella, haciéndolo todo pesado. Débil.

–El bebé –exhaló con labios temblorosos–. El bebé, Esther…

Y ya no pudo hablar más. El teléfono cayó… Y Aurora también.

Sebastian tenía frío. Sabía que nunca volvería a entrar en calor. Se merecía tener frío. Sentarse allí, en el gran comedor abandonado, solo, y congelarse. Probablemente lo haría.

Se subió el cuello de su piel marrón de invierno. La misma sobre la que había apoyado la cabeza de Aurora mientras la besaba, encontraba placer en ella, le hacía el amor.

Cerró los ojos y dejó fuera las mesas vacías. La habitación vacía. Los había echado a todos, y se habían ido. Esther se había llevado todo su arte. Todo vendido en el momento en que había abandonado el escenario con Aurora.

También se había llevado su escultura. La había colocado en la entrada del edificio que Esther había adquirido para él como sede de la organización benéfica de la que era imagen. Y su rostro sería un símbolo de esperanza para todos aquellos que la necesitaban.

El Deseo de Amelia sería un éxito. Una organización benéfica que debería haber creado mucho antes. Se había dado cuenta gracias a ella. A Aurora.

No importaba lo fuerte que cerrara los ojos. Ella siempre estaba ahí. Grabada en sus retinas desde la primera vez que giró la cabeza y posó su mirada en ella.

Ella no le generaba esperanza. Era su tormento. Su tortura infinita. Su castigo. Y eso era el infierno.

Le dolía el corazón. No había dejado de dolerle desde que ella se había ido… Desde que la había obligado a irse. Y soportó el dolor, porque era suyo para soportarlo.

La había librado de compartir su destino. La había salvado a ella, y a su hijo, de vivir una vida con él. No merecían compartir su sentencia de muerte en ese lugar desolado donde solo había dolor.

Era lo único bueno que había hecho.

No había hecho lo que había querido. No la había aplastado con su amor. No la había asfixiado con su codicia por tenerla, por retenerla. La había liberado.

Pero apenas podía respirar. El aire era demasiado escaso sin ella. Se moría por sentir su suavidad. Su cercanía. Nunca volvería a estar cerca de ella. Nunca la tocaría. No volvería a respirar su aroma.

El trabajo de Aurora había terminado. Le había hecho reconocer sus malas acciones. Las había llevado al presente, y él se había enfrentado a ellas. Y pagaría por lo que había hecho.

Ella lo había despertado de un profundo y oscuro sueño de autocompasión. Y siempre sería consciente de lo que había hecho. De lo que casi le había hecho a ella también. Encerrarla, como se había encerrado a sí mismo. Mantenerla en la oscuridad con él. Pero ella merecía la luz. Toda.

Él se merecía la oscuridad. No sabía cómo vivir entre otras personas con ella.

Su bolsillo trasero vibró furiosamente. Una y otra vez. Sebastian sacó el teléfono del bolsillo.

–Esther –saludó.

–No entres en pánico.

–¿Por qué iba a entrar en pánico? –contestó él–. Yo no entro en pánico.

–Ella está bien. –Su agente lo ignoró–. O lo estará. Sangraba mucho. Está ingresada. Voy para allá.

–¿Dónde está? –A Sebastian le rugía la sangre.

–Cirencester. Hospital privado.

–Estoy en camino –dijo él. Su cuerpo se movió por instinto para llegar a ella. Para estar con ella.

Había sido demasiado débil, demasiado asustado para luchar por ella. Por su amor. Y de repente…

El nudo en su garganta amenazaba con aplastar sus vías respiratorias.

–El helicóptero debería estar aterrizando –continuó Esther–. ¿Lo ves?

Lo veía. Lo veía todo. Su miedo. La fuerza de Aurora. Su amor mutuo. Raro y divino. Ella era todo lo que él siempre había querido. Y podría perderlo todo. Podría perderla a ella.

Capítulo 14

Sebastian irrumpió en el hospital con su largo abrigo de piel marrón y sus grandes botas negras.

Se armó de valor, preparado para el humo, las llamas, el caos. Pero no podía prepararse para eso. Para la pérdida. No podía perder a Aurora.

Su respiración se entrecortó. Todo estaba en silencio. La gente estaba sentada en sofás color crema, hablando en suaves susurros. Otros caminaban por el pasillo como si no pasara nada. Como si su Aurora no estuviera sangrando. Como si su amor, su único amor, no estuviera muriendo. Sin él.

–¡Aurora! –soltó un bramido, más fuerte, más crudo, que el que había gritado a los cielos, a los dioses, la mañana en que Amelia había muerto. Aurora no moriría. No lo permitiría.

Renunciaría a los dioses. Haría que la llevaran de vuelta.

Todos los ojos se volvieron hacia él. Las bocas se cerraron. Un hombre de negro se acercó.

Un guardia no lo detendría.

–¿Dónde está? –preguntó Sebastian.

–Viene conmigo. –Esther apareció detrás del hombre. Caminó hacia él. Lo miró a la cara, que seguía mirando al hombre que le cerraba el paso. Estaba allí, en una de las habitaciones. Y la encontraría.

–Viene conmigo. –Esther lo agarró el codo–. Es el padre. Aurora Arundel. Está en recuperación.

La rabia que nublaba la visión de Sebastian se disipó. Dejó caer los hombros y miró a Esther.

–¿Recuperación? –preguntó, como si fuera una plegaria–. ¿Está viva?

–Está viva. –Esther asintió.

–Llévame con ella. –Viva… no la había perdido.

–Necesita un poco de tiempo. –Esther sacudió la cabeza.

No había tiempo. Él llegaba tarde. Ella sufría. La había enviado lejos para protegerla, pero no lo había hecho, no podía… No podía respirar. Le había fallado.

–Llévame con ella –exigió–. Ahora.

Necesitaba verla. Abrazarla. Respirarla y caer de rodillas para suplicar su perdón.

Se había equivocado, completamente, al enviarla lejos. Pero, desde ese momento, la seguiría a todas partes. La seguiría hacia la luz y dejaría que el sol lo abrasara, si así podía estar con ella.

–Hay alguien a quien deberías conocer primero. –Esther le apretó el codo.

–¿A quién?

–A tu hijo.

–¿Mi hijo? –repitió él.

Amelia apareció en su mente, tan clara como el día en que nació. Sus deditos. Sus ojos inocentes. La había amado al instante. Y no pudo ignorar el miedo en sus entrañas. ¿Y si no podía darle lo mismo a su bebé? ¿Y si no podía amar a su hijo?

–Por aquí. –Esther lo condujo por el pasillo–. Está aquí.

Abrió una puerta. La cama estaba vacía, pero al lado había una cuna. Una manita de dedos diminutos asomaba por el borde. Sebastian corrió hacia la cuna y se asomó. Y… su corazón estalló.

Era la perfección. Tenía el pelo negro de Aurora, espeso y demasiado largo para un recién nacido. Tenía una pequeña nariz y labios regordetes. Pero sus ojos eran los de Sebastian.

Y él juró que esos ojitos nunca verían los horrores que había visto su padre.

Tomó a su hijo. Lo reclamó. Lo acercó a su pecho. Lo acunó, lo mantuvo caliente.

Fue instantáneo. El amor. El amor incondicional.

–Tengo un hijo. –Sebastian se volvió hacia Esther con los ojos llenos de lágrimas.

–Así es. –Ella sonrió, los ojos también llenos de lágrimas–. Felicidades, Sebastian. Eres padre.

Sebastian cerró los ojos. Y lloró todas las lágrimas que no había podido llorar. Por el niño que había sido. Por Amelia. Por su hijo. Por Aurora. Y también lloró por amor. Por el amor en su corazón. El amor a su alrededor, en su hijo, en Esther, que solo le ofrecían calidez. Aceptación. Nunca volvería a tener frío. Lo querían. Y se dio cuenta de que los amaba a todos.

¿Había roto Aurora la maldición? ¿Lo había liberado?

Aurora abrió los ojos y contempló el espacio, la habitación, tan grande como la de un hotel. En la esquina de la habitación había una lámpara de lava. Observó cómo las burbujas se elevaban y dejó que sus ojos se adaptaran a estar allí. A seguir viva. A haber sobrevivido. Respiró hondo. Sus dedos agarraron algo suave, familiar. Una manta marrón de pelaje suave cubría su cuerpo.

Estaba viva. Pero… Con el corazón acelerado, se volvió hacia donde debería estar la cuna. Donde debería estar su bebé. Y su corazón se hinchó.

Allí estaba su hijo. Sobre el pecho de su padre. La cabecita negra acunada en una mano grande y ancha. Una mano que lo sostenía cuidadosamente, delicadamente, contra su corazón. El corazón que no quería entregarle a ella.

Sebastian apoyaba la cabeza contra el cuero verde del sillón de respaldo alto, con el pelo cayendo sobre su hombro. Ambos plácidamente dormidos.

–Perdóname. –Él abrió los ojos. Sus iris verdes haciendo brillar el ámbar interior.

–Estás aquí –susurró ella, sufriendo por él. Ya se había castigado bastante–. Nos has encontrado. No hay nada que perdonar.

–Hay todo que perdonar. –Sebastian se incorporó.

–No lo hagas –le advirtió ella–. Lo despertarás.

–No lo haré. –Él se levantó y se acercó a su cama sin despertar al bebé mientras lo colocaba en los brazos de Aurora–. Debería estar en tus brazos. A salvo.

¿Cómo hacerle entender que no era un peligro para ninguno de ellos?

–Es tan pequeño –observó ella–. Tan precioso. –Abrazó a su hijo, el bebé que había llevado dentro de ella durante meses. El bebé que le había devuelto a Sebastian. El bebé que los convertiría en una familia. Posó los labios en su cabeza y lo besó con todo el amor que había guardado para él. Solo para el bebé. Pero tenía más amor que dar, para compartir con Sebastian. Su verdadero amor–. Él está a salvo contigo. –Aurora lo miró a los ojos–. Los dos lo estamos.

–Lo sé. –Él asintió.

–¿Lo sabes?

–Sé muchas cosas –respondió Sebastian–. Gracias a ti.

–¿Qué más sabes? –preguntó ella.

Él se sentó en el borde de la cama. Y Aurora quiso gritarle que lo eligiera todo. Pero no gritó. Le dio tiempo. Esperaría a que él estuviera listo. Esperaría una eternidad.

–Mentí –confesó Sebastian, sosteniéndole la mirada–. Amelia no te deseaba. Fui yo. Hace veinticinco años, pedí a los dioses, les supliqué, tenerte, y cumplieron mi deseo. Te entregaron a mí.

–Siento haber llegado tarde. –A Aurora se le rompió el corazón por esos años que había pasado solo.

–No estaba preparado. –Él sacudió la cabeza–. Pero ahora sí. Estoy listo para cambiar. Por ti. Por nuestro hijo.

–No quiero que cambies.

–Pero lo haré –insistió Sebastian–. Abriré las puertas. Dejaré que entre el amor, sin sofocarlo. No lo mataré. Lo atesoraré.

–Necesito algo más que delicadeza, Sebastian. Necesito tu amor. Quiero tu corazón.

–Y es tuyo. Siempre fue tuyo –confesó él–. Lo supe desde el momento en que te vi. Tenía demasiado miedo a llamarlo amor. A nombrarlo, reclamarlo. Miedo de que, si te amaba como a Amelia,

tendría que encerrarte en una habitación para protegerte. Te sofocaría con mi amor. Así que te envié lejos. A los dos. –Respiró hondo–. Pero te amo, Aurora. Más que al aire en mis pulmones. Siento haberte alejado cuando lo único que querías era abrazarme. Déjame abrazarte ahora, déjame amarte.

Aurora sostuvo al bebé contra su pecho con una mano y abrió la otra para que él se les uniera.

–Ven –lo llamó, y a él le brillaron los ojos cuando lo hizo.

–Siempre te amaré, Aurora. –Sebastian se inclinó hacia ella–. Estás hecha para que yo te ame. Y te amaré con todo lo que soy durante el resto de mi vida. –Rozó sus labios contra los de ella–. Si todavía quieres que lo haga… Si todavía puedes amarme.

–Siempre te amaré, Sebastian. –Ella le acarició la cara–. Estás hecho para que te ame. Yo estoy hecha para que me ames.

–Aurora…

Ella le sujetó el rostro, lo acunó. Su amor. Su corazón.

–Te amo –susurró él en su boca. Y ella comprendió que el tiempo se había reiniciado.

Lo suyo acababa de empezar.

Epílogo

Seis meses después…

El espacio estaba iluminado por lámparas de metal negro. El rocío se pegaba a las hojas. Los brotes recién nacidos se alzaban al encuentro del sol y las luciérnagas bailaban en las paredes.

Sebastian lo había reproducido a la perfección. Sin embargo, era diferente. No se encontrarían en la oscuridad. Tenía todas las luces encendidas. Las puertas de hierro estaban abiertas de par en par.

No se escondía entre las sombras de la columnata. Estaba en el camino de piedra y la esperaba.

La vería. Ella lo vería. Y se encontrarían allí, en los jardines, donde todo había comenzado.

Sebastian dejó vagar su mirada por el jardín amurallado de flores silvestres, recortadas para permitir la distribución de sillas blancas con lazos de plata en el arco de flores bajo el que se reunirían. Pero seguía siendo salvaje. Reconoció su belleza. En todo lo salvaje había quietud. Armonía.

Aurora era su quietud, su armonía. Él era la calma. No llevaba otra piel que la suya. Y no se sentía salvaje o domesticado. Se sentía… completo. Se le hizo un nudo en la garganta.

Sus ojos se posaron en Esther y su esposa, sus únicas invitadas, sosteniendo a su hijo. Lo protegían con su amor por él, su amor mutuo y su amor por… Sebastian. Y él aceptó la lealtad de Esther, su

amor. Y se lo devolvió multiplicado por diez. Ella era… ellas eran… su familia.

Era amado, y amaba, profundamente. Por fin aceptaba lo que no había sido capaz de aceptar durante veinticinco años: que no estaba condenado a matar con su amor. No estaba cegado por los sentimientos. Sus sentimientos lo hacían más fuerte. Su amor era el precursor de todo lo que nunca había tenido, pero que tendría, con Aurora. Una familia.

Todo el aire abandonó sus pulmones en un siseo. A través de las puertas de hierro, ella se acercaba.

Unas perlas salpicaban su pelo negro, recogido en un moño suelto a un lado de la cabeza. Algunos mechones de seda caían hacia delante y besaban sus mejillas. De sus orejas colgaban hilos de perlas más pequeñas. La capa de piel blanca sobre sus hombros se movía al compás de sus zapatos de satén blanco. El vestido, esculpido a la medida de su cuerpo, hecho con perlas iridiscentes del mar.

Su sirena había vuelto, y él se iría con ella. Porque, dondequiera que ella estuviera, él estaría en casa.

Ella era su hogar. Ella era su familia. Aurora era el amor. Su amor.

Él había nacido para amarla. Nacido para ella. Todo por lo que había pasado, todo lo que había soportado, lo había preparado para lo intensamente que podía amar.

Y la amaba intensamente. Ella era suya, le pertenecía, y él a ella.

Y allí, en el camino de piedras rotas donde se habían conocido, intercambiaron sus votos y se unieron en matrimonio. En el amor incondicional.

Para siempre.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollins.es

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Si te ha gustado este libro…